NÉMESIS

DIVIDIDOS NOS MANTENDREMOS.
JUNTOS CAEREMOS.



MARIA FRANKLAND

LA SÉRIE DES CŒURS NOIRS - LIVRE TROIS

NÉMESIS

DIVIDIDOS NOS MANTENDREMOS. JUNTOS CAEREMOS

MARIA FRANKLAND

AUTONOMY
PRESS

Publicado por primera vez por Autonomy Press 2025

Copyright © 2025 por Maria Frankland

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, escaneo o de otro modo sin el permiso escrito del editor. Es ilegal copiar este libro, publicarlo en un sitio web o distribuirlo por cualquier otro medio sin permiso.

Esta novela es enteramente una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes representados en ella son obra de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es totalmente coincidencial.

Maria Frankland afirma el derecho moral de ser identificada como la autora de esta obra.

Primera edición

Diseño de portada por David Grogan www.headdesign.co.uk

La versión inglesa es propiedad intelectual de Maria Frankland. Solo la traducción se realizó con la ayuda de inteligencia artificial.

Para mi amiga de toda la vida, mi hermana, Tracy Sherlock

TAMBIÉN DISPONIBLE EN LA SERIE CORAZONES OSCUROS

Falsos Amigos
La Caída

PRÓLOGO

Es imposible saber de dónde viene el alboroto. Definitivamente algún tipo de pelea. Por los sonidos, son mujeres.

Los turistas se agolpan en el vestíbulo del hotel, estirando el cuello hacia arriba para ver qué está pasando. Al principio, me pregunto si estoy alucinando. ¡Joder! Si no me equivoco, una de las mujeres está colgando del borde. Mi corazón se me sube a la garganta, pero no puedo apartar la mirada.

Cuando nos dirigíamos a nuestra habitación la primera noche aquí, le comenté a mi mujer lo bajos que eran esos bordes en cada planta. —Si alguien estuviera realmente borracho —le dije— y se metiera en una pelea, podría ser letal. Ella se había reído de mi imaginación desbordada.

Cuento los pisos hacia arriba: uno, dos, tres, cuatro, cinco. Fácilmente diez metros. Si esa mujer...

Todo se ha ralentizado. Lo único que puedo ver son piernas agitándose. Es imposible ver si la están forzando a caer del borde o si las otras mujeres están intentando subirla de nuevo. Mi mujer me agarra del brazo, clavándome los dedos en la piel. Desde luego que ahora no se está riendo. La tensión es palpable mientras los que estamos reunidos contenemos la respiración colectivamente.

Mi atención se desvía hacia un estruendo de botas cuando la policía carga por los laterales del vestíbulo hacia los ascensores. Les siguen los que deben ser empleados del hotel. Mi mirada vuelve hacia arriba. Dios. Mío. No puedo imaginar que vayan a llegar a tiempo para evitar lo que parece estar en marcha.

Un jadeo se eleva entre la multitud. Gritos de algunas de las mujeres —mi mujer entre ellas. Los niños son apartados. Mientras tanto, alguien ha apagado la música.

Entonces, un grito que sobrepasa a todos los demás. Que hiela la sangre. Que recorre la columna. Un sonido que probablemente resonará en mi mente el resto de mis días.

No debería estar mirando. Ni siquiera debería mirarla. Es una visión que nunca podré borrar. La mujer, quienquiera que sea. Fuera. Golpeando el suelo con tanta fuerza y velocidad, que solo puedo esperar que su corazón se detuviera en la caída.

La sangre se filtra por todos los ángulos de su cuerpo destrozado. La gente se precipita hacia delante, la policía irrumpe y los contiene. Otros no se mueven. Están en estado de shock, probablemente.

Miro hacia arriba de nuevo. Las otras mujeres han desaparecido. Después de unos momentos, las voces comienzan a llenar el silencio.

—¿Qué ha pasado? ¿Se ha caído? ¿La han empujado?

¿Quién es ella?

PARTE I

CHARLIE

1

AHORA - CHARLIE

—Abre esta maldita puerta. Ahora mismo —No sé qué me duele más, si el puño de tanto golpear o la voz de tanto gritar.

La vecina de enfrente está en su puerta, con los brazos cruzados, simplemente mirándome fijamente. Antes me saludaba a mí y a mamá. Ahora lo único que hace es quedarse ahí mirando. Es como si pensara que todo lo que ha ocurrido en esta casa pudiera ser contagioso.

—No me voy a marchar —Golpeo la puerta otra vez—. Esta vez no. Vas a tener que salir tarde o temprano.

Yo sé que esa zorra está ahí dentro. Su coche está aparcado en la calle, justo fuera, y si pego la cara al cristal, puedo ver el resplandor de la luz del pasillo. Cómo echo de menos mi casa. Y lo que daría por que todo hubiera sido diferente.

Me aparto y miro hacia arriba. La persiana sigue bajada en su dormitorio. ¿De qué estoy hablando? Su dormitorio. Esa es la habitación de mi madre. Liz no tiene ningún derecho a dormir ahí. Podía medio entenderlo cuando mi padre aún vivía aquí. Pero él parece haber desaparecido de la faz de la tierra.

Este repentino pensamiento sobre él hace que mi energía combativa se desvanezca. Frotándome la mano dolorida, retrocedo tambaleándome hasta el muro del jardín. Luego me siento,

contemplando la casa, imaginando la música, las risas y la unión que existía allí cuando éramos mi madre y yo. Esta fue una vez el único hogar que jamás había conocido. Furiosamente, intento parpadear para contener las lágrimas que se acumulan en mis ojos. No le daré a Liz la satisfacción de verme llorar. Eso solo hará que me desprecie más de lo que ya lo hace. Si es que eso es posible.

Pero hablaba en serio. No pienso moverme ni un ápice. Aunque tenga que quedarme aquí sentada toda la noche. Ya es suficiente. Y ahora que la abuela ha hablado con un abogado, al menos sé con certeza que tengo la ley de mi lado. Podemos echarla de ahí, solo es cuestión de tiempo.

Me giro y miro fijamente su coche. Otra cosa que probablemente ha sido comprada con el dinero de mi madre. La abuela dice que tendré suerte si queda algo de ese dinero. Liz incluso se llevó a Helen, la de al lado, a un crucero hace poco. Me hierve la sangre si me permito pensar en ello durante demasiado tiempo. Pero luego me siento culpable por sentirme así. Especialmente después de cómo acabó todo.

Miro hacia la casa de al lado, la que era de Helen. Me había acostumbrado a verla ir y venir con los perros. Estaba habituada a que siempre estuviera por aquí. No es que llegara a conocerla bien, pero como vecina, era bastante amable, solo un poco entrometida. Todavía no puedo creer que esté realmente muerta.

Continúo vigilando la casa. Si me girara para mirar detrás de mí, seguramente vería todas las persianas de los vecinos temblando. Pero yo solo estoy interesada en observar la persiana de lo que solía ser la ventana del dormitorio de mi madre. En cualquier momento, Liz se asomará para comprobar si me he rendido.

Otro coche aparca delante del suyo. Entrecierro los ojos bajo el sol, tratando de distinguir quién es, mientras el motor se desvanece en el silencio de la calle. Quizás Liz ha llamado a la policía. Tal vez sea uno de esos coches sin distintivos. Como si pudiera. Tengo un millón de veces más derecho a estar aquí que ella. ¿Qué pueden

decir? ¿Estás detenida por llamar a tu propia puerta y sentarte en el muro de tu propio jardín?

—¿Estás bien? —Una mujer sale del coche y luego abre el maletero. Dos perros saltan y corren hacia mí. Me inclino para acariciar al que se parece exactamente a Coco, el perro que solía ser de Helen. Esta calle debe estar maldita. Si me quedo aquí, quizás tampoco viva más allá de los cuarenta. Eso si alguna vez logro volver a entrar en esa casa.

—¿Ese es...? —Señalo al perro.

—Sí, es Coco. Me estoy quedando aquí con ella —La mujer señala la casa de Helen.

—Ah, vale. Yo vivo aquí —Asiento hacia mi casa—. Bueno, se supone que vivo aquí. Estoy intentando volver a entrar.

—Deduzco que Lou era tu madre —La mujer se sienta a mi lado, con algo en su voz que se suaviza. Es igual con todos. Soy la chica cuya madre murió, el océano donde fluye toda la compasión.

Asiento, secándome una lágrima al oír su nombre. Aunque hayan pasado más de diecinueve meses desde que mamá murió, no creo que nunca supere su pérdida. La abuela dice que los seres queridos se llevan un pedazo de ti y tiene toda la razón. Dicho esto, es un milagro que quede mucho de la abuela. Sus propios padres murieron hace años, también su hermana, luego el abuelo, y ahora mamá. Probablemente por eso es tan sobreprotectora conmigo. Quizás me queje de que me vuelve loca, pero entiendo que soy la única familia que le queda ahora. Y si papá no vuelve, ella también es la única familia que me queda a mí.

—Debes de ser Charlie. Helen te mencionó un par de veces.

—¿Ah sí? ¿En serio? —No sé por qué me sorprende. Mamá no la llamaba la vecina entrometida por nada.

La mujer extiende su mano hacia mí. —Soy Jenna, la hermana de Helen. Como te dije, me estoy quedando allí. Por ahora, al menos —Asiente hacia la casa y sigo su mirada. Mirando el lugar, no tengo ni idea de por qué alguien querría vivir ahí. Siempre ha parecido tan deteriorada. Solo puedo imaginar que Helen no tenía mucho dinero

para arreglarla. Marcos de ventanas desconchados, cortinas raídas y una puerta que parece tener la madera podrida. Nunca he estado dentro. Me invitó a entrar una vez, poco antes de morir, pero estaba tan enfadada y disgustada con mi padre que no confiaba en no desahogarme con ella. Incluso si estaba siendo amable conmigo.

—Siento lo de tu hermana —Me giro hacia Jenna mientras Coco se coloca a mis pies. Es como si me hubiera validado al mencionar a su antigua dueña—. Por lo que pasó, quiero decir.

—Sí, bueno —Su mirada me abandona y se dirige hacia mi casa esta vez—. Tengo la sensación de que ella, encerrada ahí dentro, sabe mucho más sobre lo que le pasó a Helen de lo que deja entrever. La policía la ha estado buscando, ¿sabes?

—¿En serio? Nadie me ha dicho eso. ¿Por qué?

—No estoy del todo segura, pero tengo mis sospechas. De todos modos, quizás por eso no abre la puerta —El otro perro se tumba a sus pies—. Debe saber que la policía la está buscando. Han venido varias veces ya.

—Qué va. No abre la puerta porque sabe que soy yo.

—Bueno, desde luego parece que se está escondiendo ahí dentro, ¿no crees? Ya sea de ti o de la policía —Jenna se cruza de brazos.

—Quizás de ambos.

—Apuesto a que acabarán tirando la puerta abajo.

—Eso espero. Así quizás pueda volver a entrar.

—¿Y qué pasa entre vosotros dos?

—Bueno, si no fuera por Liz, quizás aún podría ver a mi padre... si ella no lo hubiera ahuyentado —Mis puños se cierran sobre mi regazo. Cada vez que pienso en papá, me entran ganas de golpear algo. Estoy tan enfadado por cómo me ha tratado. Me estiro para acariciar al perro. Necesito distraerme—. ¿Cómo se llama?

—Penny —Baja la mirada hacia ella.

—Qué mona.

—Liz está realmente casada con tu padre, ¿verdad?

—Sí, por desgracia —Me agacho para acariciar a Coco ahora—. Lo que oficialmente la convierte en mi madrastra.

—Malvada.

—Sí —A pesar de nuestra compartida miseria, ambos nos reímos. Jenna parece entender muy bien la conexión entre todos por aquí... sin duda Helen la habrá puesto al día. En realidad, Helen era bastante maja. Al menos salía para asegurarse de que estaba bien cuando montaba un número fuera de la puerta, como he hecho hoy. A veces he acabado en un estado lamentable cuando me han ignorado aquí fuera. Especialmente la primera vez, cuando mi llave no funcionó y me di cuenta de que Liz debía haber cambiado las cerraduras. Y en Navidad tuve una crisis total. De todos los días, pensé que Liz podría haberse apiadado de mí y haberme puesto en contacto con mi padre.

Podía entender por qué a mamá no le gustaba Helen. Era como si no tuviera nada mejor que hacer que vigilar nuestra casa todo el tiempo. Pero a mí no me molestaba tanto como a ella.

—Ojalá pudiera dejar de pensar en mi madre —Busco en mi bolsillo un pañuelo. La abuela es de la vieja escuela y a menudo los dobla y los mete en mis bolsillos—. ¿Te pasa lo mismo a ti? Con Helen, quiero decir. ¿Apenas puedes pensar en ella sin llorar?

Jenna asiente lentamente. —Formamos parte de un club al que nadie querría unirse, ¿verdad?

—Probablemente por eso la gente no puede dejar de mirarnos —Me giro y señalo con el pulgar hacia la cotilla de enfrente; ahora se le ha unido otro vecino. Me pregunto qué estarán diciendo de nosotros. ¿Qué hay que decir? Mamá siempre decía que esta era una calle agradable. Pero si fuera tan agradable, esperaría que los vecinos ofrecieran guisos y condolencias, no que cotillearan entre ellos y nos ignoraran completamente como si tuviéramos alguna enfermedad terrible.

—¿Cuánto tiempo hace que no ves a tu padre, Charlie?

—Siete meses.

Jenna parece sorprendida por la rapidez de mi respuesta. Pero podría enumerar la cantidad de semanas, incluso el número de días que han pasado. —Se suponía que iba a verlo en el primer aniversario de la muerte de mamá. Íbamos a llevar unas flores al crematorio y después a comer, pero nunca apareció. La historia de mi vida con él, en realidad. Nunca solía aparecer.

—Lo siento mucho. Pero sé cómo te sientes, de verdad —Intenta tomar mi mano y yo la retiro. Acabo de conocer a esta mujer y se siente un poco raro que intente cogerme de la mano.

—No quiero ofender, pero no creo que puedas. Saber cómo me siento, me refiero.

Su rostro se entristece y me siento mal por un segundo. Pero no me importa. Nadie podría imaginar cómo ha sido todo para mí durante los últimos dos años. —Intenta tener una madre que fue asesinada —continúo—, y un padre que no quiere saber nada de ti.

—Helen y yo teníamos unos padres muy peculiares, en realidad —Jenna me dirige una mirada extraña, aunque su voz es tranquila—. Nuestra madre solo ha tenido algo que ver con nosotras para guardar las apariencias.

—¿Qué quieres decir?

—Sabemos de ella en Navidad y poco más. Oh, me has oído... sigo hablando en presente como si Helen todavía estuviera aquí. No consigo dejar de hacerlo.

—A mí me pasaba lo mismo. Durante mucho tiempo. Luego, si hablaba de mi madre en pasado, me sentía culpable. ¿Y tu padre?

—Está muerto.

—Oh, lo siento —Siempre se me ha dado bien meter la pata. Mi padre es muchas cosas, pero al menos sigue vivo en alguna parte. Y quizás algún día, vuelva a por mí—. ¿Erais cercanos?

Ella niega con la cabeza. —En absoluto. Así que estoy acostumbrada a valerme por mí misma, aunque soy mucho mayor que tú. Tanto Helen como yo tuvimos que hacerlo desde muy pequeñas.

Ahora la miro más detenidamente. No se parece en nada a Helen. Es más guapa y tiene ojos más amables. Incluso me recuerda un poco a mamá. Cierro los ojos con fuerza. Mamá, ¿cuándo voy a dejar de pensar en ti todo el tiempo? Es como si estuviera obsesionado. La echo tanto de menos que me he dado cuenta de que intento moldear a las mujeres para que se parezcan a ella, como estoy haciendo ahora con Jenna. Lo hago con las madres de mis amigos, incluso con las profesoras. La abuela se disgustaría mucho si le hablara de esto.

—¿No tienes todavía una llave? —Jenna señala la puerta—. Para volver a entrar, quiero decir.

—No. La zorra cambió las cerraduras. Lo siento. —Miro hacia mis pies—. No quería decir palabrotas.

—No tienes que disculparte conmigo. Estoy de acuerdo. Es una zorra total. Entonces, ¿qué pasó entre vosotros dos? ¿Por qué te trataría tan mal?

—Siempre me ha odiado. Y digo odiado. Probablemente habría estado contenta si mi cuerpo hubiera aparecido en ese jardín junto al de mi madre. —Señalo a lo largo del camino de entrada.

—Pero ¿por qué? ¿Cómo podría odiarte? Eres encantador.

—Gracias. —Siento que me sonrojo—. Supongo que me veía como una especie de competencia por la atención de mi padre. O quizás le recordaba a mi madre. Eso es lo que dice mi abuela. Aparentemente me parezco mucho a mi madre.

—¿Tu abuela? ¿Es ahí donde tienes que quedarte?

—Sí. Tenía que ir a algún sitio, ¿no? Un minuto mi padre me quería y decía que iba a cuidar de mí; al siguiente no, y se largó. —Mi voz tiembla. Odio a papá por cómo me ha hecho sentir, es decir, ¿qué tipo de hombre elige a una impresentable de mujer por encima de su propia hija? A veces no sé a quién odio más. A él o a ella, la de ahí dentro. La abuela dice que necesito dejarlo pasar. Que solo me estoy haciendo daño a mí misma al permitir que todo este dolor me rodee.

—Entonces, ¿dónde está tu padre ahora?

—Trabajando fuera. —Suspiro—. Eso es todo lo que sé, para ser honesta. Debo haberle intentado llamar un millón de veces. —Ni siquiera estoy mintiendo. Es cierto lo que le conté a Helen el mes pasado. A veces llamo a su buzón de voz solo para escuchar su voz.

Hola. Darren Rhodes al habla. Excepto que no estoy. Deja un mensaje después del tono.

Ciertamente no está ahí. No para mí, de todos modos. Solía hacer lo mismo con el número de mamá, escuchar su mensaje de buzón de voz una y otra vez, pero la línea ha sido completamente desconectada ahora. Al menos mamá me quería. Si alguna vez me

hubieran dado a elegir entre mis padres, quizás diría que debería haber sido él quien fuera asesinado esa noche, no mi madre.

—Lo siento. —Jenna me aprieta el brazo—. Es una mierda.

—Difícilmente es culpa tuya que me esté ignorando.

Nos sentamos durante unos momentos. Lado a lado, todavía mirando la casa, escuchando a los pájaros cantar y voces distantes de los vecinos, probablemente aún observándonos. Después de todo, obviamente no tienen nada mejor que hacer.

—¿Estás totalmente seguro de que está ahí dentro? No parece haber mucho movimiento. —Jenna mira de una ventana a otra.

—Probablemente esté en la cocina. Escondiéndose de mí. O quizás todavía esté en la cama. —Levanto los ojos hacia la ventana del piso superior; me duelen con la luz brillante que rebota en el cristal—. Es una auténtica vaga. Ni siquiera va a trabajar. Mi madre solía trabajar y trabajar y trabajar. Tenía que hacerlo, siendo madre soltera. Mi padre no le daba mucha ayuda.

—¿Entonces qué vas a hacer ahora? Supongo que será mejor que continúe con todo esto. Tengo muchísimo que organizar. —Jenna se pone en pie.

—¿Como qué?

—Bueno, planeo quedarme. Por el momento, al menos. Quizás la venda eventualmente. Tendré que ver cómo me va, y si puedo soportar vivir allí después de lo que ha pasado. —Dirige su atención a la casa de al lado mientras habla—. Helen me la dejó, junto con un seguro de vida que había arreglado. Aunque el lugar necesita mucho trabajo. Como probablemente puedas ver.

—Parece que podríamos ser vecinos entonces. —Le sonrío—. Cuando regrese al interior, claro.

—¿Es eso lo que estás planeando? ¿Volver a mudarte? —Su voz se eleva, como si aprobara esta idea—. Pero ¿cómo vas a sacarla?

—Ya ha recibido una carta del abogado. Mi abuela lo arregló.

—Ah, ya veo.

—Le daba siete días para mudarse. Pero desde donde estoy sentado, no parece que vaya a moverse.

Nos sentamos en silencio por un momento, luego el cuerpo de Jenna se sacude, como si de repente se le hubiera ocurrido algo.

—Podría valer la pena que tú te pusieras en contacto con la policía. Es tu casa. Podrían entrar por la fuerza para ti, especialmente porque la están buscando de todos modos.

—¿Por qué la están buscando? ¿Te han contado algo?

Ella toma un respiro profundo. —Mira, realmente no quería hablar de esto contigo. Parece que ya has tenido más que suficiente con lo que lidiar.

—Puedo soportarlo. Tengo casi dieciséis años, ¿no? —Estoy harto de que todos anden de puntillas a mi alrededor, diciendo que soy demasiado joven para saber la verdad sobre las cosas.

—Bueno —continúa—, me han dicho que el cuerpo de Helen aún no puede ser entregado. Ni siquiera podemos darle sepultura. Y me han dicho por qué.

—Fue así con mi madre. —Me estremezco al recordar esas semanas. Fue una pesadilla viviente y la abuela solía quejarse constantemente de que no podíamos tener cierre—. ¿Por qué?

—Están tratando las circunstancias alrededor de la muerte de Helen como sospechosas. Y esa mujer de ahí dentro sabe algo. —Su voz adquiere un tono afilado—. Estoy segura. —Señala con el dedo a la casa—. Y hay algo más también.

—¿Qué? —Me giro para mirarla, preguntándome qué demonios podría ser.

2

ENTONCES - CHARLIE

El asiento en el mirador siempre fue mi rincón favorito, aunque no tuviera buena vista del televisor. Tampoco llegaba bien el calor de la chimenea hasta allí. Pero de niña, prefería leer a ver la televisión. Mamá mandó hacer cojines especiales para el asiento y en invierno, cuando el frío se colaba por los bordes del marco de la ventana, me echaba una manta sobre los hombros.

Me da escalofríos pensar en las horas que pasé mirando fijamente aquella calle. Podría haber descrito el color de cada puerta principal, cada coche que iba y venía, e incluso recuerdo la sensación de que los vecinos me notaban, sentada allí, simplemente observando mientras el día se desvanecía en la noche, y todos cerraban sus cortinas.

Y aun así mi padre no llegaba. Una y otra vez. Mamá intentaba convencerme para que me alejara de la ventana, tratando de distraerme con la posibilidad de un juego o algún tipo de golosina o salida. Pero yo me negaba a moverme. Él vendría, por supuesto que sí. Había dicho que vendría. Solo llegaba tarde.

A papá le gustaba mi pelo en trenzas, así que le pedía a mamá que me lo trenzara una hora antes de que él llegara. Como el verde es su color favorito, siempre intentaba asegurarme de que mi jersey

verde preferido estuviera limpio cuando había quedado en recogerme.

Una vez mamá y yo hicimos cuentas. De las últimas diez ocasiones en que se suponía que iba a recogerme, solo había aparecido en tres de ellas.

Una vez oí a mamá gritándole por eso. Se había llevado el teléfono al jardín, pero aun así podía oírla. Probablemente toda la calle podía. Le estaba llamando inútil, diciéndole que no volviera a aparecer por la puerta.

Le grité a mamá cuando regresó. Sería su culpa si él nunca volvía a aparecer, le dije. De hecho, probablemente era culpa suya que él no hubiera aparecido en primer lugar.

3

AHORA - CHARLIE

—¿Dónde demonios has estado, Charlotte? Debo de haber intentado llamarte media docena de veces —me escabullo del abrazo de la abuela y me dejo caer en el sillón donde mi madre solía sentarse siempre. Quiero a mi abuela, por supuesto que sí, pero a menudo necesita que le recuerde que ya no soy una niña de seis años. Y ojalá dejara de llamarme Charlotte. Hasta mis amigos se burlan de mí cuando la oyen.

—Chaaarlotte —me cantan con voces fingidamente pijas, hasta que normalmente me veo obligada a reírme con ellos.

—Me llamo Charlie, como te he dicho mil veces.

—Te bautizaron como Charlotte —se sienta en el borde del sofá, frente a mí—. Además, Charlotte es mucho más bonito que Charlie. Parece que te llamaras como un periquito.

Niego con la cabeza. Una sonrisa juguetea en sus labios ante su broma que no tiene ni pizca de gracia. Hoy definitivamente se parece más a su antiguo yo. Es muy agradable verla así. Se ha arreglado el pelo y parece que se ha puesto algo de maquillaje. Hacía mucho que no hacía eso.

—En fin. Todavía no has respondido a mi pregunta. ¿Dónde has estado toda la tarde? —se acomoda contra el cojín.

—Lo siento. Se me ha agotado la batería del móvil —lo alcanzo. Seguro que Joel también ha estado intentando escribirme.

—Sabes que no me gusta que salgas sin que yo sepa dónde estás. Después de lo que le pasó a tu madre, yo...

—A mí no me va a pasar nada, abuela. Ya vale —ahora me regañará por poner los ojos en blanco.

—Eres lo único que me queda, ¿sabes?

—Sí, sí —suspiro y cojo el mando de la tele—. No puedo decirte adónde voy si no estabas aquí para contártelo.

—Podrías haberme dejado una nota. Solo estaba con la psicóloga —sigue mi mirada hacia la televisión—. ¿Es necesario que tengamos ese trasto atronando? ¿No podemos simplemente tener una agradable charla?

—Vale, perdón por no avisarte, abuela —a veces es mucho más fácil ceder con ella—. ¿Cómo ha ido? —ignoro su comentario sobre la tele y cambio de canal. En cualquier momento, eso le dará otro motivo para quejarse de mí.

—¿Cómo ha ido el qué? —mira del mando a mi cara, con esa expresión irritada que yo esperaba escrita en la suya. Definitivamente se encuentra mejor. Hace un par de meses, habría estado demasiado ausente para que le importara. Se quedaba mirando la pantalla o la misma página de un libro o revista durante una hora entera, sin siquiera pasar la hoja. Yo estaba sufriendo, sin duda, pero ella parecía sufrir aún más.

—¿Hablar con la psicóloga?

Se ha vuelto más fuerte y feliz desde que empezó a ir. Durante mucho tiempo, se había negado, diciendo que no cambiaría nada, que no iba a hacer que mamá volviera. Pero había días en los que ni siquiera se levantaba de la cama. Era horrible.

Yo tuve terapia psicológica a través del instituto durante meses. Todavía no estoy segura de cuánto me ayudó, pero al menos me libraba de Educación Física. Hablar de mamá era difícil, pero, curiosamente, al mismo tiempo, me encantaba hablar de ella. La mayoría de mis amigos parecían incómodos si me extendía demasiado. Se miraban entre ellos de esa manera que dice pobre Charlie, o cambiaban de tema como si intentaran animarme. Una vez

que empezaba, podría haber hablado de mamá hasta que se pusiera el sol. Pero la abuela tenía razón: nada iba a traerla de vuelta.

—Oh, ya sabes. Estuvo bien. Difícil. Pero bueno, si entiendes lo que quiero decir. Ayuda —la abuela se frota los ojos. Parece mucho mayor de lo que era hace solo un par de años. La muerte de mamá la ha envejecido. Nos ha cambiado a las dos. En mi caso, fue como si mi infancia terminara una semana antes de cumplir los catorce.

—Me alegra que te esté ayudando.

—Eres una niña tan buena, Charlotte —no importa cuántas veces le diga que no me llame Charlotte; no podría parar ni aunque su vida dependiera de ello—. Tienes una cabeza tan sensata para ser tan joven. Como le dije a la psicóloga antes, te has visto obligada a madurar demasiado rápido.

—En fin, para responder a tu pregunta, volví a la casa. Ya sabes, a casa —la palabra casa hace que algo se desplome dentro de mí. A juzgar por la expresión de la abuela, parece provocarle el mismo efecto.

—Como te he dicho antes, cariño, creo que realmente necesitas tener paciencia. Echaremos a esa mujer por los canales adecuados —hace una pausa, aunque está claro que tiene algo más que decir —. Para ser sincera, no estoy segura de que sea seguro para ti estar cerca de ella. Parece una persona muy desagradable. Preferiría que te mantuvieras alejada. Bien alejada.

—No es como si estuviera en la casa con ella, ¿verdad? —La imagen de la puerta cerrada aparece en mi mente. He estado allí tantas veces durante los últimos meses que conozco cada centímetro cuadrado de esa puerta. Cada grieta y protuberancia en la madera.

—¿Por qué fuiste? Está claro que tu padre ya no está allí. —Pone la cara que siempre hace cuando dice las palabras tu padre, y el tono de su voz se vuelve más fuerte.

—Solo quería ver si ella ya se había marchado. Después de la carta del abogado, quiero decir. —Miro fijamente la tele, ni siquiera estoy segura de por qué la encendí. Pero desde que murió mamá, odio el silencio. Incluso tengo que dormirme con música últimamente.

—Y... —La abuela coge su taza de la mesa de café—. ¿Se ha ido?

—No. Todavía seguía allí. Me está volviendo loca.

—Desearía que no usaras expresiones como esa.

—Perdonaaaa.

—¿Qué tenía que decir al respecto? —La cara de la abuela se ve delgada y tensa. Como siempre que tocamos este tema. Nunca ha entendido cuál es el problema de Liz conmigo. Y entiende aún menos la desaparición de papá. No quiero ni pensar en lo que le dirá cuando finalmente aparezca. Y lo hará. Siempre acaba apareciendo.

—Nada en absoluto. Ni siquiera vino a la puerta. —Mi enfado anterior resurge—. Su coche estaba aparcado allí, la luz del rellano estaba encendida y la persiana de arriba estaba bajada, pero la muy cerda me ignoró completamente.

Espero a que la abuela me regañe por decir semejante palabra, pero esta vez no lo hace. Así que continúo. —La odio por ignorarme, pero lo odio a él aún más.

—¿A tu padre? —Extiende la mano y me frota la rodilla—. Lo sé. Pero como te sigo diciendo, es su pérdida. Volverá arrastrándose un día, ya lo verás. —Retuerce las manos en su regazo como si estuviera exprimiendo un trapo de cocina—. Para entonces, esperemos que seas lo suficientemente fuerte como para mandarlo a paseo.

—¿Por qué haría eso? Todavía quiero verle. Sigue siendo mi padre. —La ira crece dentro de mí aún más. ¿Por qué no puede intentar entender? La última vez que tuvimos esta conversación, dije algo como: es el único padre que me queda. Entonces ella me miró, toda herida, y empezó a decir que ella es quien me cuida.

—Cuando seas mayor, lo verás como lo que, y quien, realmente es. —Inhala bruscamente y luego deja salir el aire lentamente, mientras sacude la cabeza.

Mi puño se cierra alrededor del mando. —¿Por qué siempre estás criticándolo, abuela? ¿Qué te hizo a ti? Él y mamá se separaron. ¿Y qué? La mierda pasa.

—No permitiré ese lenguaje en mi casa, Charlotte. —Su rostro se endurece.

—Lo siento, pero realmente quiero saber. Sé que no ha sido genial en el pasado, pero nunca te ha hecho nada a ti, ¿verdad? ¿No

directamente?

—Hay muchas cosas sobre tu padre que no sabes. —Y por el tono de su voz, no quiere hablar de ello.

—Pues cuéntamelas.

—Espera. Un momento, cariño. ¡Mira! Esa es tu casa, ¿verdad? —Señala la tele—. ¿Qué demonios está pasando?

Mis ojos se abren de par en par mientras dirijo mi atención a la pantalla. Tiene razón. Estuve allí hace solo un par de horas. Y parece que han derribado la puerta principal desde que me fui. —Ha pasado algo, abuela. Desde que me fui, quiero decir. Jenna dijo...

—Shhh, Charlotte. Vamos a escuchar esto. —Agarra el mando a distancia y sube el volumen de la tele tan alto que probablemente los vecinos de al lado podrán oírlo.

—Elizabeth Rhodes, conocida como Liz, tiene cuarenta y dos años, es de complexión delgada con pelo castaño a la altura de los hombros y ojos azules. La policía no ha podido localizarla en la zona de Farndale, Yorkshire, donde reside, ni contactar con ella. También se sabe que tiene conexiones en la zona de Norfolk. Se pide al público que...

—Jenna dijo...

—¡Charlotte! —La abuela levanta la mano, como para hacerme callar de verdad.

—...en relación con las muertes de dos mujeres locales. Si ve a Elizabeth Rhodes, se aconseja no enfrentarse a ella sino llamar inmediatamente al nueve, nueve, nueve.

—Nueve, nueve, nueve —la voz de la abuela es un chillido—. ¿Qué demonios ha hecho? ¿Por qué dicen que no la confronten? Normalmente dicen ese tipo de cosas sobre asesinos, por el amor de Dios. ¿Qué te dije sobre ella?

Me estremezco cuando muestran la fotografía de Liz en la pantalla. Es una del recibidor, de ella y papá, aunque han difuminado a él. Apenas tengo fotografías de papá, y las que tengo, ya no soporto mirarlas. A veces, siento como si estuviera tan muerto como mamá.

—Han estado en la casa. Para conseguir esa foto, quiero decir —Mirar sus ojos malvados y saltones, incluso a través de una pantalla de televisión, hace que me rechinen los dientes. No puedo creer que mi casa acabe de salir en las noticias. Necesito saber qué está pasando.

—¿Quién es Jenna, de todos modos? —La reportera ha pasado a otra noticia, así que la abuela vuelve a centrar su atención en mí—. ¿Y por qué nadie nos ha contado todo esto? No puedo creer que nos estemos enterando viendo las noticias. Alguien debería habernos avisado.

—Se está quedando en la casa de al lado. En la antigua casa de Helen, con su perro y el perro de Helen. Ya sabes, la mujer que murió.

—Sí. Pobre chica. No la conocía realmente, pero...

—Jenna es la hermana de Helen. Es agradable. Hemos estado hablando antes —Busco mi teléfono. Es cuestión de tiempo antes de que se corra la voz de que mi casa ha salido en las noticias. Me llegarán mensajes por todas partes.

—¿Y? ¿Dijo algo sobre todo eso? —Hace un gesto hacia la televisión.

—Solo que la policía había pasado por allí varias veces. Buscando a Liz. Jenna cree que Liz está implicada de alguna manera en la muerte de su hermana.

—Yo pensaba... —Descarta lo que iba a decir con un movimiento de su mano—. No, no importa.

—¿Qué?

—Eres demasiado joven para estar hablando de todo esto, Charlotte. Como si no hubieras tenido ya suficiente con lo que lidiar.

—Honestamente, abuela. Deja de sobreprotegerme. Eres peor de lo que era mamá.

—Está bien —Se coloca el pelo detrás de las orejas—. Lo que iba a decir es que pensaba que la vecina se había suicidado. Eso es lo que decían en las noticias.

—Pero no quieren entregar el cuerpo de Helen para el funeral. Dicen que hay algo sospechoso sobre cómo murió. Aunque la verdad es que no he estado siguiendo las noticias. Eso es solo lo que dijo Jenna —Recuerdo la cara pálida y cansada de Jenna. El dolor es lo peor del mundo y nunca desaparece por completo.

—Dijeron dos mujeres en las noticias. Dios, me sentía mejor después de ver al consejero antes —La abuela cierra los ojos por un momento—. Perder a tu madre ya fue bastante horrible, pero ahora todo esto... simplemente lo trae de vuelta.

Pobre abuela. Se ve tan triste. Si todavía fuera pequeña, me habría subido a sus rodillas y la habría abrazado. Eso es lo que solía hacer. Pero ya no hago abrazos. Apenas dejo que nadie se me acerque, excepto Joel y Jess. Y ambos han dicho que abrazarme es como intentar abrazar un trozo de madera.

—¿Quién es la segunda mujer? —La abuela señala la televisión—. Eso es lo que quiero saber.

—Alguien más ha muerto allí. Hace unos días. Eso es lo que intentaba decirte antes, pero me estabas mandando callar.

—¿En dónde? —La abuela se agarra la garganta, con una expresión de horror extendiéndose por su rostro. Sin importar cuánto pueda soportar yo. Es igual de horrible para ella.

—En nuestra casa —La idea de que alguien más haya muerto allí hace que se me pongan los pelos de punta. Por mucho que quiera que Liz se vaya, quizás tendré demasiado miedo para dormir allí después de todo lo que ha pasado. Tal vez, como ha sugerido la abuela, deberíamos simplemente venderla—. Era una chica que había ido al colegio con Liz. Jenna me dijo que al principio pensaron que tenía algún problema en el corazón, pero ahora están buscando a Liz. Así que deben estar pensando en otra cosa.

—Me pregunto dónde estará. Si han tenido que derribar la puerta. ¿Por qué nadie nos ha dicho nada?

—¿Crees que deberíamos ir allí, abuela? Quizás sea nuestra oportunidad para entrar y cambiar las cerraduras para que no pueda

volver a entrar.

La abuela parece pensativa.

—Para ser sincera, no creo que pudiera entrar ahí, Charlotte. Ni siquiera estoy segura de que nos lo permitieran, con lo que sea que esté pasando. Pero llamaré al abogado —Se levanta y se arrastra por la alfombra hasta su bolso—. Veremos qué piensa. Luego llamaremos a la policía. Definitivamente necesitamos averiguar qué está pasando.

4

ENTONCES - CHARLIE

MAMÁ SOSPECHABA, mucho antes que yo, que papá se había buscado una nueva novia. Cada vez venía menos a casa para recogerme y hacía tiempo que no le pagaba la manutención.

Un día escuché la conversación entre mamá y Donna mientras me cepillaba el pelo frente al espejo del pasillo. Cuando entré en la cocina, era evidente que estaban husmeando en redes sociales, buscando fotos e intentando averiguar dónde podría estar quedándose papá. Mamá cerró el portátil y me echó de la habitación.

Sin embargo, más tarde Donna me contó que habían encontrado fotos de él con una mujer llamada Liz, quien parecía ser su nueva novia. Siempre tuve una aliada en Donna. Me contaba cosas que se suponía que no debía decirme.

Durante los días siguientes, cada vez que surgía el tema, Donna parecía tan enfadada con la situación como lo estaba mamá.

Cuando papá finalmente apareció para recogerme, mamá me ordenó quedarme en mi habitación hasta que ella terminara de hablar con él. Dejé la puerta entreabierta, por supuesto, intentando captar lo que decían. Bueno, podría haber sido sobre mí, tenía todo el derecho a escuchar. Se habían metido en la cocina, así que gran

parte de lo que se decía quedaba amortiguado. Pero capté fragmentos como no es asunto tuyo, y tu hija siempre debería ser lo primero, joder.

Las voces se volvieron más airadas y fuertes hasta que, finalmente, la puerta se cerró de golpe. Corrí a la habitación de mamá y me asomé a la ventana, justo a tiempo para ver a papá lanzarse al asiento de su coche antes de alejarse con un chirrido de neumáticos.

Estaba furiosa con mamá por haberlo echado así. Por fin había venido a recogerme y ella lo había arruinado por completo. Apenas pude hablarle durante el resto del día.

Después de eso, cuando sí hablaba con papá, era mayormente por teléfono. Apenas parecía verle ya. No dejaba de pedirle conocer a su novia pensando que, si podía hacerme "amiga" de ella, quizás podría ver más a papá. Si ella hubiera tenido hijos propios, habría sido más fácil, pero no los tenía. Papá seguía poniendo excusas, pero tuve la sensación de que el verdadero motivo era que ella simplemente no quería conocerme. Cuando finalmente ocurrió, fue totalmente por accidente.

Papá me dijo que estaba "entre viviendas", lo que fuera que eso significara; era su excusa para llevarme a un pub a cenar, en lugar de ir a donde estuviera quedándose.

Cuando un grupo de cuatro mujeres entró, papá se puso muy raro. Su cara se volvió roja como un buzón y trataba de esconderse detrás de la carta. Ya habíamos pedido nuestra comida, así que no podía ser que quisiera elegir otra cosa.

—¡Papá! ¿Qué te pasa? —intenté agarrar la carta para apartarla de su cara. No podía entender qué le ocurría. Entonces esta mujer se acercó decidida a nuestra mesa. Era casi tan alta como papá, con el pelo lacio y ojos de rana. Esperaba que no fuera su novia. Quienquiera que fuese, no me gustaba su aspecto. Ni un poquito. La abuela siempre me ha dicho que confíe en mi instinto con las personas. Mi instinto me decía: horrible, horrible, horrible.

—¿Por qué no me dijiste lo que realmente ibas a hacer esta noche? —exigió saber. Era su novia. No podía creerlo. No podía ser más diferente de mamá. ¿Cómo podía papá preferir a alguien como ella antes que a mamá?

—Lo siento, cariño —respondió papá—. Salir a cenar fue algo improvisado.

Eso es una mentira completa, pensé para mis adentros, pero creí que era mejor mantener la boca cerrada. Lo habíamos planeado días antes.

—En fin... Liz —papá parecía estar forzando una sonrisa mientras me señalaba—. Te presento a mi hija, Charlie. Charlie, esta es Liz. Mi novia.

Sonaba muy extraño oír a papá decir mi novia, pero extendí mi mano hacia ella y me forcé a sonreír—. Encantada de conocerte —dije.

—Sí —me miró fugazmente, pero no me estrechó la mano. En su lugar, volvió a centrar su atención en papá—. ¿No crees que tenía derecho a saber sobre esto?

—Mira, cariño —papá parecía realmente incómodo—. Solo estoy con mi hija, cenando. Seguramente, no hay necesidad de armar un escándalo por esto.

—Sí la hay cuando me estás mintiendo descaradamente —tenía una mirada realmente mezquina.

—Honestamente, yo... —comenzó papá.

—Me dijiste que estabas trabajando hasta tarde. Apuesto a que ni siquiera me habrías dicho nada si no te hubiera pillado aquí —sus ojos se hincharon aún más. Sus amigas observaban a distancia.

En aquel momento, me sentí desconcertada por todo aquello. Sus amigas también debieron de estarlo. Cuando recuerdo sus expresiones, debían estar preguntándose cuál era su problema conmigo. Y por qué papá parecía necesitar permiso para llevar a su propia hija a cenar.

5

AHORA - CHARLIE

—Vale, cariño. El abogado va a hacer algunas averiguaciones con la policía y luego nos lo comunicará de inmediato —dice la abuela mientras deja el teléfono sobre la mesa y saca una silla.

—¿Dijo algo más? —dejo mi vaso en el fregadero y me acerco a ella.

—Por ahora, sabe tanto como nosotras —comienza a doblar los paños de cocina. Nunca puede quedarse quieta cuando está estresada—. Que la policía quiere hablar con Liz más detalladamente sobre la muerte de esas dos mujeres. Aunque dijo que deberían habernos informado directamente. Al fin y al cabo, una de las muertes ha ocurrido en tu casa —niega con la cabeza y cierra los ojos.

—Lo sé. Como si hubiera salido en las noticias —ya he recibido un mensaje de Jess diciendo Dios mío, ¿qué está pasando con tu madrastra? Y ni siquiera puedo darle una respuesta adecuada. Odio no saber. Y odio aún más que llamen a Liz mi madrastra. No es nada para mí.

—No puedo creer que esa mujer, esa amiga de Liz, haya muerto realmente en nuestra casa —me siento frente a la abuela—. Jenna dijo que sucedió en el salón —un escalofrío recorre mi espalda. Ya va a ser bastante difícil volver a entrar en la casa. Ni siquiera sé si la

abuela me dejará. Quizás permita que Jess viva conmigo. Joel no, claro. No llevamos saliendo el tiempo suficiente para eso. Pero no quiero vivir allí sola.

—No sé si esa tal Jenna debería contarte cosas así.

—Abuela, ¿cuántas veces tengo que repetirlo? Casi tengo dieciséis años. De todas formas, ¿dijeron por qué nosotras no hemos sido informadas de nada?

—Sí. Querían hablar con Liz primero. Según el abogado, la policía no habría podido revelarnos nada hasta después de eso. No podían hacer nada que pusiera en peligro su investigación.

—¿Y eso qué se supone que significa? —el sol que entra por la ventana de la cocina me deslumbra mientras intento mirar a la abuela. Esta es mi habitación favorita de su casa. Siempre ha sido soleada y acogedora, llena de cosas que ha horneado para mí. Me pregunto si realmente quiero volver a casa. Probablemente me sienta más segura aquí. Pero en casa estoy más cerca de mamá, y también será el primer lugar donde papá me buscará cuando regrese. Además, es mi casa, no de Liz, y esa es mi razón principal. De alguna manera, vamos a conseguir echarla de allí.

La abuela debe notar que estoy entrecerrando los ojos porque se levanta y gira la persiana. —Si Liz se enterara de lo que sea que la policía quiere hablar con ella, podría darle la oportunidad de inventarse algo.

—No es como si le hubiéramos contado algo, eso suponiendo que la policía nos hubiera informado de lo que está pasando.

—Nosotras lo sabemos, pero la policía no.

—Me muero por saber la historia completa —le digo a la abuela.

—Yo también. Liz definitivamente parece estar ocultando algo.

Nos quedamos en silencio por un momento. —Seguro que ha matado a una de ellas. O a las dos —recuerdo la imagen de nuestra puerta de entrada destrozada. Liz es horrible, una de las peores personas que he conocido, y creo que probablemente es capaz de cualquier cosa. Especialmente después de lo que dijo Jenna.

—Estás dejando volar tu imaginación otra vez, Charlotte. No tengo ni idea de por qué quieren hablar con ella. Puede que sea simplemente porque estaba con su vecina de al lado durante el crucero, y luego la otra mujer murió en su casa. Con suerte, todo es una horrible coincidencia —mira hacia el cesto de la ropa—. Creo que voy a planchar un poco. Necesito mantenerme ocupada mientras esperamos saber más.

—Es mi casa, no la suya —le recuerdo—. Y creo que dondequiera que haya desaparecido, está con mi padre. No es justo —apoyo la barbilla en mis manos—. ¿Por qué ella puede verlo y yo no? —cierro los ojos con fuerza. A veces, me cuesta recordar cómo es él. Soy prácticamente huérfana. Mamá está muerta y él bien podría estarlo.

—En serio, Charlotte —la abuela saca la plancha del armario bajo el fregadero—, vas a tener que olvidarte de él. Te vas a volver loca, y realmente no merece la pena.

—Sigue siendo mi padre, digas lo que digas —levanto la cabeza bruscamente y la observo mientras monta la tabla de planchar. A veces me duele mirarla porque me recuerda tanto a mamá. La gente dice que las tres nos parecemos. Quizás lo dicen para hacerme sentir mejor. La mayoría de las veces, me hace sentir peor—. ¿Qué es lo que sabes sobre él? Estabas diciendo algo antes de que empezaran las noticias.

—¿Lo estaba?

—Sobre que yo no lo sé todo.

—Ah, eso no fue nada. Tienes suficientes preocupaciones en este momento. Esperemos a ver qué pasa con la casa y con Liz primero, ¿vale?

—Puedo soportarlo, ¿sabes? Igual que lo hice cuando fui a visitar a Donna. —Una imagen de Donna, delgada y miserable, aparece en mi mente. Su cara se iluminó como un árbol de Navidad cuando entré en aquella horrible sala de visitas. Todavía no puedo creer que entrara en un lugar tan espantoso.

Cuando Donna fue arrestada tras la muerte de mamá, no supe qué creer. Pero en el fondo, nunca pensé que fuera capaz de matar a

mamá. Habían sido mejores amigas durante años.

Incluso algunos periodistas decían que las pruebas eran, ¿cuál era esa palabra?, débiles. ¿Y la otra palabra? Circunstanciales. Además, como la propia Donna me dijo cuando la visité, no le habrían concedido una apelación si no tuviera muy buenas posibilidades de ganarla.

El rostro de la abuela se ensombrece cuando menciono a Donna. —¿Has oído algo más sobre ese asunto de la apelación? Todavía no me hago a la idea. —Suena gracioso oír a la abuela decir cosas así. Está claro que lleva demasiado tiempo viviendo conmigo y está adoptando las expresiones que yo suelto.

Pronto, incluso podría estar viviendo con Donna en la casa. Eso si todo sale según lo previsto y la liberan... No me atrevo a hacerme demasiadas ilusiones. Pero las cosas podrían funcionar para las dos de esa manera.

—Es pasado mañana. ¿Podemos ir?

—No estoy segura de que nos permitieran entrar. Ni siquiera sé si querría hacerlo. Si y cuando sea absuelta, entonces creeré que es inocente. Hasta entonces...

—Bueno, ¿puedo ir yo?

—No puedes ir sola, desde luego. —Alisa mi falda del colegio sobre la tabla de planchar. Los días en que tengo que llevar esa cosa están contados. En cuanto terminen esos exámenes, irá directa a la basura. No puedo esperar a poder llevar mi propia ropa en el bachillerato.

—Entonces conseguiré que alguien vaya conmigo.

—¿Cómo quién exactamente? —Golpea la plancha contra la tabla. El vapor le nubla la cara—. ¿La misma persona que pensó que era aceptable llevarte dentro de esa prisión?

Será mejor que intente esquivar este tema. —Donna me dijo que había nuevas pruebas. No me pudo decir exactamente cuáles, pero...

—Sigo furiosa de que te acercaras siquiera a esa prisión. Y no descansaré hasta que averigüe quién te llevó allí. Hablo en serio, Charlotte.

Me costó cincuenta libras y la promesa de absoluto secreto convencer a Emma, la hermana mayor de Jess, para que figurara conmigo en la orden de visita. Si hablara, probablemente hasta Jess se enfadaría conmigo. Así que nunca lo haré.

La abuela llamó a la prisión intentando averiguar quién me había acompañado en la visita, pero afortunadamente, no le dijeron nada. Igual que nadie nos dirá cuál es esa nueva prueba antes de la audiencia de apelación. Creo que Donna me lo habría confiado si Emma no hubiera estado allí. No creo que Emma hubiera dicho nada, pero supongo que Donna no la conoce lo suficiente como para arriesgarse.

—Papá nunca creyó que Donna fuera culpable tampoco. Una vez dijo que se apresuraron demasiado en culparla del asesinato de mamá. Fue solo porque no tenían a nadie más a quien culpar.

—Bueno, él diría eso, ¿no? Deberías tomar lo que te dice tu padre con pinzas, especialmente cuando se trata de esa Donna. —Deja caer la plancha en su base con un golpe seco.

—¿Por qué? Siempre estás diciendo cosas así, abuela. ¿Por qué le tienes tanta manía? —No voy a dejar pasar esto. No hasta que me lo diga. De todos modos, no tenemos nada mejor que hacer que aclarar esto mientras esperamos la llamada del abogado.

La abuela coge la plancha y luego la vuelve a dejar, su enfado parece desvanecerse. —Vale, está bien. Supongo que probablemente deberías saberlo... Imagino que lo descubrirías algún día de todos modos... Me sorprende que no lo hayas hecho ya. Donna y tu padre, ellos...

—¿Qué?

—Ya sabes. —Apoya los antebrazos en la tabla de planchar—. ¿Tengo que deletreártelo?

La miro fijamente. —No. No hace falta. Pero de todos modos te equivocas. Donna no mató a mi madre. Ni tenía una aventura con mi padre. Solo eran amigos. Yo estaba allí, viviendo con ellos. Después de que se unieran cuando murió mamá. Solo querían cuidar de mí, eso era todo.

—Sí tenían una aventura. Duró años y años, de hecho. —Rodea la tabla de planchar y vuelve hacia mí—. Mucho antes de que tú

nacieras. Y luego continuó después también.

—Donna no le habría hecho eso a mamá. Ni a mí. Papá tampoco —. Aunque la horrible sensación en la boca de mi estómago me dice lo contrario.

—Como te dije, hay muchas cosas sobre tu padre que no sabes.

—Quizás, pero te lo estás inventando. Tiene que ser así.

—¿Por qué demonios me inventaría algo así? —la voz de la abuela está rozando lo estridente—. Incluso salió a la luz cuando Donna estuvo en el juicio. La oí admitirlo con mis propios oídos.

—Muy bien —me reclino en la silla y cruzo los brazos sobre la mesa—. Supongamos que estaban teniendo una aventura. ¿Mamá sabía algo de esto?

—Al final sí. Pero solo un mes más o menos antes de que falleciera.

—¿Cómo se enteró?

—Fue durante aquellas vacaciones en Antibes a las que fuisteis todos. Donna se lo contó a tu madre cuando estaban bebiendo vino juntas la última noche.

Esto tiene sentido. Como si fuera ayer, recuerdo nuestra última noche en esas vacaciones. Mamá nos registró solo a ella y a mí en un hotel, dejando a Donna sola en el apartamento. Me había preguntado por qué demonios habrían discutido. Quería preguntar, pero el ambiente era tan horrible que sabía que era mejor no involucrarme.

—¿Estás bien, cariño?

Me levanto de la silla, camino a lo largo de la cocina, vuelvo de nuevo y me agarro al respaldo de mi silla. La abuela no es la única que no puede quedarse quieta.

—Si mamá sabía todo esto, ¿por qué no siguió enfadada con ella? Donna vino a casa, estoy segura, incluso después de que volviéramos de esas vacaciones.

Si Jess hiciera algo con Joel, nunca volvería a hablarle. Hay cosas que las mejores amigas simplemente no hacen.

—Bueno, eso no lo sabía —la abuela sacude la cabeza—. Donna siempre tuvo a tu madre comiendo de su mano. Pero te diré algo más, ¿quieres?

Oh no, está lanzada. ¿Y ahora qué? —¿Qué?

—No fue solo con tu padre con quien Donna, mmm, ¿cómo lo diría...? se encaprichó. Ella quería todo lo que tenía tu madre. Incluso estaba liada con Scott, según dicen.

—¿Con Scott? ¿Cuándo? ¿Quién te ha dicho eso?

—Georgia me lo contó —la abuela parece ligeramente satisfecha. Nunca le ha caído bien Donna. Y le caía aún peor mi padre. No estoy segura de lo que me está contando ahora, sin embargo. Pero desde luego voy a descubrir la verdad. Quizás todo esto tenga algo que ver con por qué papá se ha ido a trabajar fuera. Tal vez Liz se había enterado. O quizás papá sabía algo sobre la apelación que Donna tiene en camino. Quizás ella va a salir de prisión, si todo va como ella parece pensar que irá. Él podría haber querido quitarse de en medio. Pero conociendo a Donna, intentará averiguar dónde está cuando salga. Lo cual es bueno. Me froto la cabeza. Todo esto es una locura. Y ahora Scott también. Pobre mamá.

—¿Georgia, la asistente de profesora de mamá?

—Sí. Algo pasó entre Donna y Scott el día en que mataron a tu madre. Todo salió a la luz en el juicio. Es otra razón por la que declararon culpable a Donna.

—¿Por qué me lo cuentas solo ahora? Debería saber cosas como esta —estoy intentando averiguar si esto cambia lo que siento por Donna. Estoy muy confundida.

—Para protegerte, por supuesto.

—Deberían haberme permitido ir a ese juicio y escucharlo todo por mí misma. De todas formas, voy a ir a esa apelación, aunque tú no vayas.

—No estoy muy segura de eso, cariño. Eras demasiado joven para escuchar todos esos horribles detalles hace dieciocho meses.

—Eso fue hace dieciocho meses.

—Por lo que a mí respecta, sigues siendo demasiado joven.

—No puedes impedir que vaya —la miro fijamente. No puedo evitar imaginar a ella y a mamá teniendo conversaciones como esta cuando era joven. Apuesto a que era tan estricta con mamá como intenta serlo conmigo. A veces me saca completamente de quicio. La quiero muchísimo, por supuesto que sí, pero me trata como si

todavía fuera una niña. No es de extrañar que aún no le haya contado lo de Joel. Con los exámenes a la vuelta de la esquina, seguro que me castigaría si sospechara que tengo novio.

—Hasta que cumplas los dieciséis años, jovencita... creo que verás que puedo impedirte hacer lo que yo quiera.

Abro la boca para protestar, pero me interrumpe el teléfono de la abuela.

—Es la secretaria del abogado —desliza el dedo por la pantalla—. Bien, con suerte, vamos a averiguar más sobre lo que está pasando —se levanta de la silla y se dirige con paso firme hacia el fregadero.

Qué día más extraño y horrible está resultando ser. Donna con papá, eso si la abuela tiene razón. Y Donna con Scott. No me extraña que desapareciera después de que mamá muriera.

Mientras la abuela espera que la pongan en línea, un pensamiento terrible me asalta. Descubrir lo de Donna y Scott debió ser lo que tenía a mamá tan disgustada antes de morir. Y yo creyendo que había sido yo quien la había hecho llorar aquel día. He cargado con esa culpa durante todos estos meses.

Y ahora, ¿quién sabe qué podría estar a punto de decirle el abogado a la abuela? Miro por la ventana de la puerta trasera hacia el inmaculado jardín de la abuela, deseando ser tan despreocupada como cuando solía corretear por él.

—Gracias por devolverme la llamada.

Intento captar la otra parte de la conversación, lo que él le está diciendo, pero probablemente se ha ido al otro lado de la habitación para que no pueda oírla. En su lugar, me veo obligada a buscar pistas en su rostro mientras habla. Me saca de quicio: debería poner la llamada en altavoz para que pueda escucharlo todo. Sea lo que sea lo que esté pasando con Liz, tengo derecho a saberlo. Sé lo que estará haciendo. Filtrando cosas que considera inapropiadas para mis oídos.

—Vale, ¿eso es todo lo que te han dicho?

—Pero eso ya lo sabemos, ¿no?

—¿Qué esperan encontrar allí?

—Vale. Pues tendremos a alguien preparado para eso.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará eso?

—¿Nos lo harás saber?

—Ah, vale. ¿Cuándo?

—De acuerdo. Gracias. Hasta luego entonces.

La abuela vuelve a sentarse frente a mí, con una expresión más seria de lo que he visto en mucho tiempo. —Mira cariño, es mucho más que la policía queriendo hacerle unas preguntas a Liz: han emitido una orden de detención contra ella. El abogado me ha dicho que se ha convertido en una búsqueda a gran escala, por eso su foto ha salido en las noticias.

—Vaya. Pero la palabra suena plana. No es el mismo tipo de vaya que le diría a Jess o a alguna de mis otras amigas.

—Todo lo que la policía pudo decirle al abogado es que está relacionado con las muertes de esa vecina suya... y de la antigua amiga del colegio. Tiene que estar involucrada de alguna manera; tenías razón. —La abuela juguetea con un salvamanteles mientras habla—. Siempre intuí que había algo retorcido en ella. Cualquiera que pueda tratar a una chica tan encantadora como tú de esa manera no está bien de la cabeza.

—Me pregunto qué habrá hecho exactamente. Cómo está involucrada en sus muertes, quiero decir.

—Yo también. Supuestamente un agente de enlace familiar se pondrá en contacto con nosotras pronto. Para contarnos más y

mantenernos informadas. El abogado estaba sorprendido de que no hubiera nadie ya aquí, especialmente ahora que han emitido esta orden.

—Espero que la encuentren pronto.

—Al menos ahora tenemos una idea de lo que está pasando. ¿Estás completamente segura de que no había ninguna señal de ella cuando fuiste a la casa antes?

—Ninguna. Pero parecía que había alguien dentro. No la oí ni la vi realmente, y eso que estuve por allí un rato, hablando con Jenna. Normalmente, se verían las cortinas moviéndose, con Liz comprobando si me he ido o no.

—¿Cuántas veces has estado allí?

—Solo unas pocas.

—No sé cómo esa mujer puede dormir por las noches. —La abuela aparta la mirada de mí hacia la foto de las tres que hay en la pared. Se tomó el día de la madre en la playa, solo cinco meses antes de que mamá muriera. Se ve tan feliz en ella. Tenía una vida que amaba, un trabajo que amaba, y por lo que me ha contado desde entonces, ya habría estado con Scott para entonces. Como si Donna pudiera haber hecho lo que la abuela está diciendo.

—Debes mantenerte bien alejada de Liz, ¿me oyes? Bien alejada.

—No estoy planeando ir a tomar el té de la tarde con ella. —Pongo los ojos en blanco.

—Lo digo en serio, Charlotte. Si hay una orden de detención contra ella, quién sabe qué les habrá hecho a esas mujeres. O de qué sería capaz de hacerte a ti.

6

ENTONCES - CHARLIE

La expresión de mamá era una mezcla entre Lo siento mucho, cariño, y Te lo dije mientras me miraba desde el otro lado de la habitación. Papá ya llevaba media hora de retraso.

—Va a venir —me crucé de brazos mientras esperaba en el asiento de la ventana—. Me prometió que vendría.

Mamá suspiró y volvió a corregir sus libros, su cara lo decía todo.

Media hora después, mi estómago se retorció de nervios y emoción cuando el coche de papá finalmente apareció.

—¿Ves? Te dije que vendría —sin siquiera despedirme de mamá, me levanté de un salto y corrí hacia la puerta.

Papá estaba a mitad del camino de entrada. Liz seguía en el asiento del copiloto. Evidentemente, yo no merecía que se bajara del coche.

—Qué amable por tu parte aparecer, Darren —gritó mamá desde detrás de mí. Me giré para mirarla con el ceño fruncido, deseando poder decirle que se callara, que simplemente volviera dentro. Me habría castigado para siempre si le hubiera hablado así. Pero lo último que quería era que ella y papá empezaran a discutir, o peor aún, que mamá le dijera algo horrible a Liz y se marcharan sin mí.

—Sube al coche, Charlie —papá señaló con el pulgar hacia el vehículo—. Y quédate ahí.

Hice lo que me ordenó, dudando mientras abría la puerta. La vez anterior que había conocido a Liz no había sido precisamente un encuentro lleno de calidez y amabilidad.

—Hola —dije, con toda la alegría que pude, subiendo al asiento trasero. Me temblaba la voz—. Estoy deseando que vayamos a jugar a los bolos.

—¿Qué está pasando ahí fuera con esos dos? —Sin siquiera responderme, Liz miró fijamente a mamá y papá, que claramente estaban teniendo una acalorada discusión.

Me exprimí el cerebro intentando pensar en algo que decir. Luego, después de lo que fue un minuto muy largo y silencioso, casi salté de mi asiento cuando Liz golpeó la bocina con la palma de la mano.

Me abroché el cinturón mientras papá se dirigía furioso hacia el coche con una expresión de tormenta. No estaba segura de con quién estaba más enfadado. Con mamá, con Liz, o conmigo, por el motivo que fuera.

Por favor. Por favor. Por favor. Pensé para mis adentros. No podría soportarlo si me mandaba de vuelta adentro. Habían pasado dos meses desde la última vez que lo vi.

7

LIZ - AHORA

HAY exclamaciones de alegría por todas partes mientras espero en la fila para salir. He estado dormitando durante el vuelo de cuatro horas, pero sigo despertándome con tal brusquedad que he conseguido asustar al pasajero de al lado en un par de ocasiones. Cada vez que he cerrado los ojos, solo he podido ver la cara de Helen. De las cinco, es Helen quien parece estar atormentándome más. En realidad, esperaría que fuera Sally, dado que es la más reciente, pero matarla ha tenido poco impacto en mí hasta ahora.

Avanzo un poco más sobre el suelo pegajoso. Me pregunto cómo reaccionaría ahora mismo toda esta gente que hace cola delante y detrás de mí, si supieran que tienen a una asesina entre ellos.

Bajo las escaleras hacia la pista, y el sol en mi cara me sorprende. Normalmente me encanta ese primer momento al bajar del avión, especialmente cuando llegas desde el lúgubre Reino Unido a un sitio como este. Sin embargo, no es momento para empezar a disfrutar. Hasta que me establezca y me esconda a salvo, estoy lejos de estar fuera de peligro.

Mientras sigo a la multitud de pasajeros desde las escaleras hasta la terminal del aeropuerto, el calor me envuelve, resultándome extraño después de la fresca brisa de marzo que he dejado atrás.

No es lo único que he dejado atrás.

Daría cualquier cosa por haber bajado del avión con Stephen, en lugar de verme obligada a alejarme de él. Si hubiera sabido por un minuto que tendría que elegir entre una vida feliz y normal con él en Norfolk, o las muertes de cinco personas sobre mi conciencia mientras huyo en otro país, no habría habido duda sobre la vida que habría escogido. Quería cambiar, realmente quería cambiar, pero ya era demasiado tarde cuando me di cuenta.

Ojalá hubiera conocido a Stephen antes. Ojalá el cuerpo de Helen no hubiera aparecido en la orilla. Ojalá Sally no hubiera venido a buscarme, intentando chantajearme. Sin la investigación de estas dos últimas muertes, estaba a salvo.

Sigo a la multitud a través de las señales de salida, arrastrando mi maleta de mano. Contiene todo lo que me di tiempo para empacar. Cuando sabes que la policía quiere hablar contigo, no hay tiempo para entretenerse.

Cuando mi taxi pasó junto a ese coche de policía mientras me iba, apenas podía creer lo cerca que había estado. Realmente, debería estar encerrada en una celda o en una sala de interrogatorios ahora mismo. Es un milagro que escapara a tiempo. Justo a tiempo.

Me costó mantener la calma cuando pagué mi vuelo en Leeds Bradford. Contenía la respiración cada vez que alguien comprobaba mi aspecto contra mi pasaporte, esperando que la policía apareciera de repente en masa de la nada y me llevara a rastras. Pero en el fondo, sabía que probablemente iba a escapar sin incidentes. Había dejado todo en casa como si solo hubiera salido a dar un paseo o ir de compras, lo que debería ser suficiente para mantener alejadas a Charlie y a su entrometida abuela. Por ahora, al menos.

Estaba preparada para subirme a un avión a cualquier parte, solo para salir del Reino Unido, pero resultó que el siguiente vuelo disponible con un solo asiento libre era este del que acabo de bajar. Por eso ahora me encuentro en Lanzarote. Qué suerte la mía.

Evito las miradas del personal de policía mientras hago cola para el control de seguridad. Mi corazón late con fuerza. Necesito parecer ocupada, así que instintivamente busco mi teléfono en el bolso. Entonces recuerdo que la policía todavía lo está examinando. Quizás sea lo mejor: habrían podido rastrearme a través de él.

Tendré que comprar uno barato de prepago, aunque no es que esté planeando contactar con nadie. Al menos así podré seguir las noticias de casa y saber cuánto me están pisando los talones.

—¿De dónde viene? —Mientras ofrezco mi pasaporte para que lo escaneen, el oficial mira de él a mí, y luego me lo devuelve. Hasta ahora todo bien. Espero que no note lo nerviosa que estoy. Prácticamente estoy temblando.

—Del Reino Unido. Así que es agradable ver un poco de sol. —Le sonrío y me hace pasar con un gesto. Algo dentro de mí se alivia. Estoy dentro. Nadie va a detenerme. Ahora, solo necesito encontrar un lugar donde quedarme.



—Hemos llegado.

Me sobresalto al escuchar el fuerte acento español del taxista. Por un momento, cuando veo los edificios de piedra blanca contra el cielo despejado, me pregunto dónde estoy. Necesito un instante para despejarme del sueño y volver a estar completamente alerta. Echo un vistazo al reloj del salpicadero, consciente de lo urgente que es encontrar un sitio donde alojarme. Pero primero un teléfono desechable.

En segundo lugar, necesito hacer algo con mi apariencia. Están buscando a la antigua Liz, no a la persona en la que estoy a punto de transformarme. Así que necesito ir de tiendas. En lugares como este, permanecen abiertos hasta bien entrada la noche. Me preocupa más que me reconozcan, que el hecho de que cierren.



La dependienta de la tienda ha desistido de intentar venderme un teléfono mejor. Llevo varios minutos señalando uno más barato y ella ha empezado a ponerme de los nervios con su negativa a aceptar que ese es el que quiero. Pero por fin lo está metiendo en una bolsa. Mi estómago ruge mientras recuerdo que no he comido desde esta mañana. He estado demasiado nerviosa para tragar nada. Pero me he calmado. Un poco.



Normalmente, pediría que me sirvieran mi sándwich y café fuera en la terraza bajo el sol. Pero por ahora, lo mejor es esconderme lo más posible. Elijo un reservado en la esquina de la cafetería, y me pongo a trabajar en lo que hay que hacer.

Por suerte, la mujer de la tienda no insistió en que registrara la tarjeta SIM. Me lo preguntó dos veces, pero finalmente aceptó que no quería hacerlo. También por suerte, esta cafetería tiene wifi gratis, mucho más seguro que el roaming de datos.

Hay más hoteles y apartamentos disponibles de lo que podría haber esperado, probablemente porque ni siquiera estamos en abril. Los ordeno por precio: de menor a mayor, y luego hago clic en el primer anuncio. Hay algunos más a los que puedo acudir si este primero ya está ocupado.

Según Google Maps, está a solo diez minutos a pie de donde me encuentro. Hago una captura de pantalla de la ruta y pulso el botón de llamada. Afortunadamente, el hombre habla suficiente inglés para poder hacer los arreglos necesarios. Todo se está alineando para mí. Otra vez.

Hasta que miro las noticias del Reino Unido. Mierda. Mierda. Mierda. Mi cara me devuelve la mirada desde el titular principal. Antes de irme, ni siquiera aparecía en las noticias locales, pero ahora, parece que he llegado a los nacionales. Pensé que pasarían al menos un par de días más antes de que llegara a esta fase. Hemos

emitido una orden de arresto contra ella. Sí, salí de allí justo a tiempo.

Pronto estarán comprobando con los aeropuertos. No solo sabrán que cambié todo el dinero de mi cuenta bancaria a euros, sino que verán que abordé un vuelo a Lanzarote.

Buscada en relación con las muertes de dos mujeres locales. A pesar de ser una "mujer buscada", sonrío. Y el resto, pienso para mis adentros. La policía realmente no tiene ni idea de la magnitud de los crímenes que he cometido. Cinco, no dos.

Entro en modo incógnito y descargo Messenger. Darren mencionó una vez que su opción de "mensaje secreto" tiene algún tipo de cifrado que hace que los mensajes no puedan rastrearse. En ese momento me preguntaba por qué esa información le sería útil, pero ahora que conozco los detalles de sus sórdidas aventuras, entiendo por qué lo sería.

Quiero averiguar; no, necesito averiguar, si Stephen ha intentado ponerse en contacto conmigo. Lo peor de todo esto es que seguramente ya habrá visto las noticias. ¿Quién sabe qué estará pensando de mí?

Mi respiración se acelera mientras inicio sesión y espero a que se descarguen mis mensajes. Efectivamente, sí, ha estado enviándome mensajes. El primero fue enviado ayer, evidentemente antes de las noticias.

Hola preciosa. Solo quería hacerte saber que estoy pensando en ti. Debemos organizar algo cuanto antes. xxx

Cierro los ojos por un momento. Es un hombre increíble. ¿Por qué, por qué, por qué le he conocido justo ahora? Podría haberme salvado de todo esto, salvado de mí misma. Si le hubiera conocido antes de conocer a Darren, mi vida podría haber sido muy diferente.

Definitivamente no me llamará preciosa pronto. No si descubre con certeza de lo que he sido capaz. La vida es una mierda. Desearía poder empezar de cero. Con él. Si tan solo pudiera agitar una varita mágica.

Me desplazo hacia abajo.

Hola Liz. Has estado callada. Espero que tengas tantas ganas de verme como yo a ti. xx

Joder. Daría cualquier cosa por tenerle aquí conmigo ahora. Solo por poder tumbarme en la playa al sol con él. Ha enviado un par más hoy. El primero es de esta mañana temprano.

Soy yo otra vez. La policía acaba de ponerse en contacto conmigo, preguntando si he sabido algo de ti. ¿Está todo bien? ¿Estás bien? No han dicho mucho más. xx

Mierda, Liz. Acabo de ver las noticias. Dicen que hay una orden de busca y captura contra ti. Y por qué. Sé que han cometido un error. ¿Puedes escribirme, por favor? Solo para saber que estás bien. Podemos arreglar esto, estoy seguro. x

El último es de hace una hora. Mi dedo se cierne sobre el botón de responder. No, Liz. No seas estúpida. ¿Cómo puedo siquiera estar contemplando responderle? Pero es Stephen. Se ha convertido en una especie de droga para mí. Es como si fuera la única persona que ha podido ver mi lado bueno. Realmente quiere pasar tiempo conmigo. Lo que es más de lo que se puede decir de cualquier otra persona. Pero no, responderle sería un suicidio virtual.

Así que no lo hago.

Terminando mi café, cruzo la calle hacia la farmacia. Compro un tinte rojo para el pelo, unas tijeras afiladas, un sombrero de sol y unas gafas de sol. Por suerte, la dependienta ni me mira dos veces. Todavía no.

Luego compro un par de pantalones cortos y camisetas en otra tienda. Nada de esto es el tipo de ropa que normalmente llevaría, y nunca he comprado tan rápido.

Mientras deambulo por el centro comercial hacia la calle principal, nadie levanta una ceja. Para ellos, con mi piel pálida y pecas, solo soy otra turista recién llegada. Por ahora, estoy a salvo aquí. Y soy anónima. Pero no puedo imaginar que eso dure mucho más.

Usando el mapa que fotografié, encuentro mi camino hacia el apartamento.

—¿Beth Carson? —Un hombre me mira con curiosidad. Todo va como un reloj. Apenas parpadea cuando le entrego el dinero del alquiler de una semana en euros. He pagado más al cambiarlos en el aeropuerto, pero el efectivo es definitivamente la mejor opción.

—¿Sería posible quedarme aquí más tiempo si lo necesito? —le pregunto.

Es extraño escuchar que me llamen Beth. La única persona que me llamaba así es mi madre. Realmente no soy una Beth, pero desde luego no puedo ser una Liz en este momento.

Él niega con la cabeza. No sé si quiere decir que no, o si no entiende lo que le estoy preguntando.

—¿Más tiempo? —señalo la puerta y luego abro mis manos.

—Ah, sí. Más tiempo, sí. Nadie aquí hasta mayo. —Se ríe y deja caer la llave en mi palma—. ¿Pagar más tiempo ahora?

Meto mi monedero en el bolso. —No estoy segura todavía. Te llamaré. —Levanto mi mano hacia mi oreja como si fuera un teléfono para asegurarme de que lo entiende.

Probablemente no recibe demasiadas personas que acepten su apartamento sin siquiera mirar el lugar primero. Pero en cuanto me dejo entrar, puedo ver por qué ha cogido el dinero y ha salido corriendo. Y también por qué ha intentado sacarme más. Puedo olerlo también. Este lugar probablemente no ha tenido aire fresco ni productos de limpieza desde el año pasado. Parece que voy a tener que fregar el lugar antes de hacer cualquier cosa. Empezando por tener que poner en remojo las sábanas y las toallas en la bañera.

Está escasamente amueblado, pero servirá. Al menos hay una terraza en la puerta trasera donde puedo tomar el sol. Si me pongo morena lo más rápido posible, eso también ayudará a modificar mi apariencia. Junto con cortarme el pelo y aplicarme ese tinte.

No me alejaré mucho de aquí, eso es seguro. Puede que la policía aún no piense en buscarme en Lanzarote, pero no puedo correr ese riesgo.

Supongo que depende de cuántas pruebas hayan obtenido de los cuerpos de Helen y Sally. Podría haber simplemente algún tipo de

"alerta" sobre mí en puertos y aeropuertos, o podrían recurrir a la Interpol y empezar a comprobar los vuelos. De cualquier manera, voy a mantenerme oculta. Luego probablemente me iré de aquí.

8

ENTONCES - CHARLIE

APUESTO a que para la mayoría de la gente, parecíamos una familia normal. Una madre, un padre y una niña de doce años. Desde lejos, al menos.

Pero la cara de Liz, como diría mi madre, parecía un cuadro. Cualquiera que mirase con más atención podría haberse dado cuenta de que no me soportaba y que habría preferido estar en cualquier lugar menos donde yo estaba. Aun así, me agarré del brazo de papá mientras nos dirigíamos a nuestra pista de bolos, riéndonos de nuestros ridículos zapatos. Liz nos seguía. No me importaba si se sentía excluida; ella veía a papá todo el tiempo, pero yo no le había visto desde hacía siglos.

—Nunca hemos ido a jugar a los bolos juntos, ¿verdad? —papá dio un codazo a Liz—. ¿Se te da bien?

—No. —Se inclinó hacia delante, ocupándose con sus zapatos de bolos. Me di cuenta de que, como la primera vez que nos conocimos, evitaba completamente mirarme. Era como si no pudiera soportarlo. ¿Era yo realmente tan horrible?

—Te advierto que soy muy competitivo. —Papá balanceó una bola hacia delante y hacia atrás. Me reí de sus palabras, pero su atención seguía fija únicamente en Liz—. Vamos, cariño, estamos aquí para pasarlo bien, ¿no? Esboza una sonrisa.

—Estoy aquí porque me obligaste a venir. —Le señaló—. Pero si hubiera sabido que ibas a recoger a tu hija, os habría dejado a solas.

Quería decirle: Vamos. No soy tan mala. Por favor, intenta que te caiga bien. ¿Cómo podía una mujer adulta ser tan cruel con una niña? ¿Qué había hecho yo mal? Miré hacia papá, deseando que dijera algo bueno sobre mí, pero todo lo que parecía querer hacer era animar a Liz. Si mamá hubiera estado allí para ver todo esto, se habría puesto como una fiera. Y la abuela también.

—Vamos, cariño, al menos intenta divertirte. Nunca se sabe, incluso podría dejarte ganar. —Miró de ella hacia mí—. Bien, Charlie —se frotó las manos mientras se ponía delante de la pantalla—. ¿Necesitas las barreras levantadas?

—Claro que no. —Le miré con el ceño fruncido—. ¿Cuántos años crees que tengo?

Liz fue primera, por supuesto, lanzando la bola con tanta fuerza que retumbó contra la superficie de la pista de bolos. Algunas de las familias más felices a nuestro alrededor se detuvieron para descubrir quién había causado semejante estruendo. Ignorándolos, Liz volvió furiosa hacia nosotros.

—¡Has hecho un pleno! —papá aplaudió.

Ni siquiera sonrió. Pero estoy segura de que vi la sombra de una sonrisa cuando yo fallé completamente; cuando la bola simplemente se curvó por el lateral de los bolos y cayó en la canaleta.

—No pasa nada, cariño —dijo papá cuando hice exactamente lo mismo en mi segundo intento.

Cuando nos dirigíamos a la hamburguesería, ya me había rendido. Cada vez que intentaba hablar con papá, Liz me interrumpía. La atención de papá estaba completamente centrada en ella, en lugar de en mí. Era horrible. Decidí, allí mismo, que no pasaría tiempo con papá en el futuro si quería traer a su novia.

Mientras esperábamos nuestra comida, observé cómo ella buscaba su mano, mientras él la miraba. Yo no era más que una tercera en discordia.

Ni siquiera sé por qué se molestó en recogerme. Debería haberme dejado sentada, esperando en el asiento junto a la ventana con mamá.

Al menos mamá me quería.

9

AHORA - CHARLIE

La abuela ha reservado una sesión extra de terapia. Para ayudarla a entender todas estas cosas nuevas que están pasando, dijo.

Me alegro. No solo porque es bueno para ella, sino también porque me da un poco de espacio para respirar. Apenas me ha dejado fuera de su vista desde nuestra conversación sobre Donna ayer. Todavía no sé qué pensar o qué sentir sobre lo que me contó. Donna con papá. Y Donna con Scott. Me siento muy triste por mamá.

Pero por más que lo intento, no puedo odiar a Donna por ello. Nunca soportó estar sola, no tenía una familia propia y siempre sintió un poco de envidia de mamá. De manera agradable normalmente, o eso pensaba yo. Nosotros éramos su familia y sin nosotros, estaba sola. Mamá y Donna eran como hermanas, y sé por lo que veo con Jess y Emma que las hermanas siempre quieren lo que la otra tiene.

Donna ha cambiado desde que mamá murió; puedo notarlo. La Donna que vi en aquella sala de visitas de la cárcel era completamente diferente a la que conocía. Todavía voy a hablar con ella sobre todo lo que la abuela me ha contado. Estoy convencida de que podría haber entendido mal algunas cosas, o al menos estar

haciéndolas sonar peor de lo que son. Después de todo, la cabeza de la abuela ha estado bastante confusa durante un tiempo.

Inclino el móvil hacia mí cuando el sonido de una notificación me saca de mis pensamientos. Es Joel.

¿Cómo está mi persona favorita? Es el primer día de las vacaciones de Semana Santa. ¿Qué vamos a hacer con él? xx

Ni siquiera le he contado lo que está pasando aquí todavía. Por regla general, intento no hablarle de esta parte de mi vida. Joel es la única persona con quien puedo ser simplemente yo. Le llamo «mi isla». Sabe que perdí a mi madre y le he contado lo esencial de las cosas que han sucedido, pero nunca me presiona para que hable más. Aunque sé que podría hacerlo si lo necesitara.

Ojalá pudiera decir lo mismo de la mayoría de mis amigos. De alguna manera, se han hecho a la idea de que mi vida debe ser mucho más emocionante que la suya. Lo que daría yo por las supuestas vidas «normales» que ellos llevan. La mayoría tienen madres y padres, y sus preocupaciones consisten en suscribirse al último teléfono o tener que estar en casa a cierta hora. No como mis preocupaciones: ¿Quién mató realmente a mi madre? ¿Mi madrina tenía una aventura con mi padre? ¿Y luego, con el novio de mi madre? ¿Por qué hay una orden de arresto contra mi madrastra? ¿Qué ha hecho? ¿Mi abuela se mantendrá «cuerda» ahora o volverá a su gran agujero negro de miseria? ¿Liberarán a mi madrina de la cárcel cuando tenga su apelación? ¿Dónde está mi padre? ¿Dónde viviré?

A veces quiero decirles a todos los curiosos que daría cualquier cosa por intercambiar lugares con ellos y tener las supuestas vidas «aburridas» de las que se quejan. Y obviamente por recuperar a mi madre. No saben la suerte que tienen.

No me apetece esperar al autobús, así que empiezo a caminar. Es un día soleado y, como diría la abuela, el aire fresco me despejará la cabeza. He vivido con ella demasiado tiempo; estoy empezando a sonar como una anciana, en lugar de como una adolescente. Joel siempre se ríe de mis expresiones de abuela.

Mientras camino, el sol me entristece. La primavera era la época favorita de mamá. Salía por la puerta del patio con su café en cuanto el primer croco asomaba por la tierra, sin importar el frío que hiciera.

Los narcisos se mecen en casi todos los jardines por los que paso, y los árboles que bordean la avenida están llenos de cantos de pájaros y flores. Mamá debería estar aquí. Mamá debería estar aquí. Caminando a mi lado, ahora mismo, quejándose de que no estudio lo suficiente y de que mi habitación es un desastre.

Y todavía queda la pregunta más importante de todas. Si Donna no mató a mamá, si solo la encerraron porque no tenían mejores pruebas, entonces ¿quién la mató? Alguien lo hizo.

Mientras le doy vueltas a esto en mi mente, un pensamiento terrible me aplasta. ¿Y si esa es la razón por la que papá ha desaparecido realmente? Nunca, jamás había considerado esto antes. Él y mamá discutían todo el tiempo. ¿Y si una discusión entre ellos salió terriblemente mal? Quizás él no lo pretendía, pero ¿y si fue él? Pero he intentado buscar su nombre en Google y no ha aparecido nada. Si fuera sospechoso de algo, ¿no habría salido ya su nombre en las noticias?

Me duele el pecho. Es un dolor al que me he acostumbrado. Sin darme cuenta, ahogo un sollozo y luego miro alrededor para ver si alguien me ha oído. Contrólate, Charlie. Para ya. Luego siento el calor de las lágrimas que amenazan con derramarse. ¡No en medio de la calle!

Siempre me he sentido culpable por no haber oído nada aquella noche. Ni una cosa. Mi pobre mamá estaba siendo golpeada hasta la muerte con un martillo, y ahí estaba yo, profundamente dormida. Debería haber sabido que algo le estaba pasando; debería haber llamado a la policía. Ella siempre bromeaba sobre el hecho de que yo podía dormir durante una bomba atómica. Si no lo hubiera hecho, ¿quizás habría podido salvarla?

—Eh, Charlie, ¿estás bien? —un par de chicas del colegio me miran con curiosidad. Al menos ellas tampoco están estudiando. Ni ordenando sus habitaciones.

—Sí. Bien —sorbo y miro hacia otro lado. Se han detenido justo delante de mí, obviamente esperan que yo también me detenga, pero no estoy de humor para gente curiosa. Puede que hayan oído las noticias. No es que yo sepa mucho más que ellas. Tengo tantas preguntas pero casi ninguna respuesta todavía. Así que las esquivo a ambas y, con un gesto de mi mano mientras me alejo, digo—: Lo siento. No puedo pararme. Tengo que estar en otro sitio —mientras intento que no se note el temblor en mi voz. Al menos me han preguntado si estoy bien, es mejor que ser evitada e ignorada.

Doblo la esquina hacia mi calle y se me corta la respiración, como siempre ocurre cuando regreso. Es la familiaridad, el hecho de que nada ha cambiado, cuando en mi vida todo ha cambiado. He doblado esta esquina tantas veces. Volviendo del colegio. Regresando de vacaciones. Volviendo del supermercado. Siempre con mamá o volviendo a casa con mamá. Dios, la echo de menos. Y también echo de menos a papá. Pero empiezo a preguntarme. Realmente empiezo a preguntarme. Y está la otra cuestión, por supuesto: ¿y si él y Liz estaban compinchados? Liz no podía esperar para mudarse a nuestra casa después de que Donna fuera detenida.

Me sentí totalmente destrozada cuando ella se mudó. Después de eso, siempre supe que llegaría un momento en el que una de las dos tendría que marcharse. Como dice el refrán, la casa no era lo suficientemente grande para las dos. Y con la dirección hacia la que parecía inclinarse la lealtad de papá, siempre iba a ser yo la que se viera obligada a salir. Pero aguanté allí todo lo que pude.

También hay una tercera opción: que fuera solo Liz quien mató a mi madre...

Si la policía la está buscando para hacerle más preguntas sobre su implicación en las muertes de Helen y esa otra mujer, ¡entonces seguramente también ha sido capaz de matar a mi madre!

Si Donna es liberada después de su apelación, Liz probablemente será la primera persona a la que interrogarán sobre el asesinato de mamá. Quizás entonces, papá se verá obligado a regresar, le guste o no. Sin duda, él también tendrá que responder preguntas.

Cada vez que pienso en la apelación de Donna, los nervios bailan en mi estómago. Si yo estoy nerviosa, ¿quién sabe cómo debe sentirse ella?

Por un lado, lo estoy temiendo, por si las pruebas de las que ha hablado resultan no ser nada. También necesito saber exactamente qué son esas pruebas. La abuela está furiosa por todo esto. Piensa que, como implica la muerte de mamá, ya deberíamos haberlo sabido de primera mano. Pero el abogado ha dicho que nadie puede saberlo aparte de Donna y su equipo legal, hasta después. ¿Cuál era esa palabra que la abuela repetía? Ah, sí, precario. Se me da bien el inglés, pero tuve que pedirle que me explicara esa.

He estado contando los días hasta la apelación. No puedo esperar a que termine y que Donna sea liberada. Entonces, sabré más y la tendré para ayudarme a demostrar exactamente quién mató a mi madre. Ella me ayudará a descubrir lo que realmente pasó. En realidad, cuanto más me permito pensar en ello, más apuesto por Liz.

Hay un hombre arreglando la puerta cuando llego a la casa. Y un policía de pie junto a él.

—¿Qué está pasando? —intento pasar por el lado—. ¿Quién está dentro?

—No puedes entrar ahí —levanta la palma de la mano como si estuviera deteniendo el tráfico—. Lo siento.

—Pero es mi casa —cruzo los brazos sobre el pecho mientras le miro.

—¿Tú realmente vives aquí? —su voz se eleva, como si estuviera sorprendido.

—Es la casa de mi madre y mía —no me importa si sueno brusca, estoy harta de que me digan que no puedo entrar. Mi madre compró este lugar—. ¿Por qué no puedo entrar?

Mi pregunta obtiene respuesta cuando dos agentes salen del interior, uno de ellos con una bolsa de plástico que contiene un portátil.

—Vivo aquí —les repito—. ¿Están cambiando la cerradura? —señalo la puerta—. ¿Cuándo podré entrar? —Esta es mi oportunidad, puedo sentirlo. Si la abuela puede organizar que también cambien la cerradura de la puerta trasera, así de inmediato, deberíamos poder impedir que Liz vuelva a entrar.

—Así es. Nos aseguraremos de que todo quede seguro —la agente que no lleva nada saca una libreta de su chaqueta—. ¿Y tú eres?

—Charlotte Rhodes.

—La hija de Louisa Rhodes —un destello de reconocimiento aparece en sus ojos y estoy segura de que también veo compasión.

Asiento; la compasión me irrita últimamente, pero me gusta que me identifiquen como la hija de mi madre. Ahora que ella no está, por mucho que la abuela me quiera y por mucho que personas como Joel y Jess me cuiden, a menudo me siento como si no fuera nadie. Como si no perteneciera a ningún lugar. Hay un gran vacío en mi interior donde antes estaba mamá.

—¿Estás viviendo aquí ahora? —señala con la cabeza hacia la casa.

Niego con la cabeza. —Estoy quedándome con mi abuela.

Le doy la dirección, y luego viene la pregunta que todo el mundo me hace. —¿Por qué ya no vives aquí?

—Lo hice, al principio, después de que muriera mi madre, pero la esposa de mi padre no me quería cerca. Eso, como diría la abuela, es quedarse corto.

—¿Sería esta la señora Elizabeth Rhodes?

—Sí —odio que tenga el mismo apellido que yo.

—Nos gustaría hablar con tu padre si pudieras decirnos dónde está, Charlotte.

La pregunta del millón. —Trabajando fuera. Pero no sé dónde.

Como era de esperar, parece que no me cree. —Vale, necesitaremos hablar un poco más contigo sobre eso en breve. Nos pondremos en contacto contigo en casa de tu abuela.

—Y necesitaré una llave para esta nueva cerradura —señalo con la cabeza al hombre que está arreglando la puerta—. ¿Debo esperar aquí para recogerla?

—Podemos solucionarlo, pero... —me mira de arriba abajo—. ¿Cuántos años tienes, Charlotte?

Me enderezo. —Casi dieciséis.

—Lo siento, tendrías que haber cumplido ya los dieciséis para firmar por ella, pero... —hace una pausa y parece pensativa—. Podríamos entregársela a tu abuela.

Genial.

—¿Ya te han preguntado sobre el paradero de Elizabeth Rhodes durante el último día o así? —el otro me mira fijamente. Me revuelvo un poco. Siempre me siento culpable en presencia de la policía. Es extraño. Como si hubiera hecho algo, aunque no sea así. Sin embargo, parece que Liz sí ha hecho algo. Espera a que le cuente esto a Jess.

—No. Pero yo sería la última persona que sabría dónde está o qué hace. Ella le da un nuevo significado a la palabra "malvada" como madrastra.

La policía asiente, con una sonrisa que asoma en las comisuras de su boca.

—Pasaremos a hablar contigo y con tu abuela más tarde. Entonces deberíamos poder conseguir que firmes para obtener una llave.

La miro fijamente, deseando contarle mis sospechas sobre Liz y lo que podría haberle hecho a mamá. Pero tendré mi oportunidad cuando vengan a vernos.

10

ENTONCES - CHARLIE

Mamá había mencionado que volvería a casa cuando papá le dijo que yo estaba enferma. Realmente quería que viniera, pero papá debió haberla convencido de que él podía cuidarme solo. Me dijo que ella estaba muy lejos. En Londres.

Lloré cuando él recuperó el teléfono. Quería que volviera. No que estuviera en algún curso estúpido. Mañana parecía demasiado lejos. Mamá era la única persona que podía hacerme sentir mejor. No papá. Ni siquiera Donna cuando apareció y entró en mi habitación para verme. Me prometió volver al día siguiente después de que mamá llegara a casa, y me dio un abrazo antes de marcharse. Supongo que era lo más parecido a mamá.



Me quedé despierta lo que pareció una eternidad, escuchando a papá moverse por la planta baja y el ritmo de la música que estaba poniendo. No era lo suficientemente alta como para distinguir la canción. Añoraba a mamá y solo quería dormirme. Así sería ya por la mañana y ella estaría por volver pronto. Normalmente, me dejaba tumbarme en el sofá con una manta cuando no me encontraba bien.

Escuché cómo papá subía a acostarse y se cepillaba los dientes. Oí una tos que no sonaba en absoluto como la suya, así que presté más atención. Ni siquiera había venido a verme antes de acostarse como habría hecho mamá. Especialmente cuando estaba enferma. Pronto, todo quedó en silencio. Luego sonó como si hubiera encendido la tele en el dormitorio.

Me quedé tumbada y tumbada y tumbada, con lágrimas corriendo por los lados de mi cabeza y empapando la almohada.

Tenía la nariz demasiado congestionada para respirar bien. Y volvía a arder de fiebre. Necesitaba más Calpol. Eso siempre ayudaba. Quizás papá me dejaría meterme en la cama con él. Como mamá siempre hacía cuando estaba enferma.

Empujé la puerta para abrirla.

—¿Qué estás haciendo en la cama de mi madre? —miré fijamente a Donna mientras se subía las sábanas; parecía que no llevaba ropa. Aunque me sentía fatal, me llevé la mano a la boca mientras me reía.

—¡Vuelve a tu habitación! ¡Ahora!

Mi risa se convirtió en sollozo. Quería dormir allí y que alguien me cuidara. Quería medicina para sentirme mejor. Y quería a mi madre. No a Donna.



En ese momento era demasiado pequeña para entender por qué Donna estaría en la habitación de mamá y papá. Pero ahora lo sé.

11

AHORA - CHARLIE

Me arrastro desde la puerta, como lo he hecho tantas veces durante el último año y medio, pero esta vez, sintiéndome más esperanzado que nunca. Vamos a conseguir una llave de la casa. Siempre que podamos cambiar la cerradura de la puerta trasera antes de que regrese Liz, podremos echarla.

—¡Charlie! —Jenna está saludando desde la puerta de Helen, bueno, ahora es su puerta—. ¿Estás bien?

Giro sobre mis talones y me dirijo hacia ella. Quería estar solo hoy, pero ya he tenido suficiente soledad. Es bueno ver una cara amigable. Estoy atrapado en mis propios pensamientos con demasiada frecuencia.

—¿Quieres entrar? —Abre más la puerta—. Creo que tendremos que sentarnos en el jardín. Esto está hecho un desastre.

—Me encantaría. —Le sonrío.

Estornudo mientras la sigo por el pasillo. No se equivocaba sobre el desorden. Hay cosas amontonadas por todas partes y el lugar incluso huele como si necesitara una buena limpieza. Es una especie de olor a humedad.

—Perdona, será todo el polvo. Decir que Helen era un poco acumuladora es quedarse corto. Revisar todas sus cosas está resultando ser un verdadero trabajo.

—Debe de ser horrible para ti. —Al menos a mí me ahorraron esa tarea después de que muriera mi madre. Al principio Donna se encargó de todo. Luego papá se hizo cargo después de que ella se fuera.

—Voy a vaciar completamente el lugar y empezar de nuevo. —Se coloca con las manos en las caderas y recorre la cocina con la mirada. Luego suspira—. No sé cómo pudo vivir así. En fin, ¿quieres un poco de zumo?

—Sí, por favor. —Me gusta estar cerca de Jenna ahora mismo. Ella entiende por lo que estoy pasando de una manera que Jess y Joel nunca podrán. La abuela lo entiende, claro, pero a veces siento que no quiero aumentar su carga hablándole de cómo me siento. No puedo arriesgarme a arrastrarla de nuevo a donde ha estado antes.

Jenna saca dos vasos del armario. —He contratado a una empresa de vaciado de casas que vendrá en un par de días para llevarse todos los muebles grandes. Me siento fatal haciéndolo, pero es lo que hay que hacer.

—¿A qué te refieres?

—No sé si alguna vez has visto su sofá, pero está en las últimas. Literalmente. Lo mismo pasa con su cama. Y esto, y esto, y esto. —Señala la lavadora, el frigorífico y la cocina—. Luego, una vez que haya vaciado el lugar, traeré mis propias cosas.

—¿Entonces vas a vivir aquí todo el tiempo?

—Bueno, Helen me dejó el lugar, así que obviamente quería que yo viviera aquí. —Vierte zumo en cada vaso mientras habla—. Me siento mal porque todo lo que tenía estaba tan deteriorado. No tuvo la vida más feliz, y se me rompe el corazón si me permito pensar demasiado en ello.

De alguna manera entiendo cómo se siente Jenna. Aunque mi madre tuvo una vida realmente feliz si se comparara con la de Helen. Tenía un trabajo y una casa que amaba, me tenía a mí y a la abuela, aunque al final, su mejor amiga y su novio la traicionaron de la peor manera posible. Eso fue lo que se llevó consigo, adonde quiera que haya ido. Incluso yo le grité el día que murió. Le dije que la odiaba. Pero he hablado con la orientadora escolar varias veces sobre esto y no me siento tan culpable como antes. No podría haber

previsto lo que le iba a pasar. La orientadora me ha asegurado una y otra vez que mamá habría sabido cuánto la quería, y también habría sabido que solo estaba siendo "una adolescente". La abuela ha dicho lo mismo cuando he hablado con ella.

—Parece que definitivamente seremos vecinos pronto. —Necesito aligerar el ambiente, por ambas. Le cuento a Jenna lo que está pasando, y cómo parece que pronto podremos volver a entrar en la casa. Incluso sin que la policía nos dé una llave para la nueva cerradura, esa carta que el abogado envió a Liz solo le daba siete días para marcharse. Después podemos acudir a los tribunales para echarla.

—No me la imagino yéndose tranquilamente. —Jenna me pasa un vaso—. Si puede alargar la situación, estoy segura de que lo hará. Pero dicho esto, no la he visto entrar ni salir en un par de días.

—Creo que eso es prometedor.

—Personalmente, creo que podría haber huido, como dije antes.

—¿Qué te ha dicho exactamente la policía?

—No mucho, directamente. Pero...

—A nosotros no nos han dicho nada todavía. Dijeron que vendrían a hablar conmigo y con mi abuela más tarde.

—¿Nos sentamos en el jardín? —Jenna señala con la cabeza hacia la puerta—. Necesito salir de aquí. Estas paredes empiezan a asfixiarme. Entonces te contaré lo que sé hasta ahora.

La sigo hasta las sillas y la mesa que ha arrastrado justo al lado del estanque. Normalmente, como he observado desde la ventana de mi dormitorio, la mesa está situada en la zona pavimentada bajo la ventana de la cocina. Mientras me siento en la silla desvencijada, miro alrededor a las flores primaverales y los árboles en flor. Está mucho mejor aquí fuera que dentro de la casa. No me extraña que Helen estuviera siempre en el jardín. Los perros también nos siguen. Coco se desploma a los pies de Jenna.

—Esta pobre perra no es la misma. Creo que echa de menos a Helen —se inclina y le da unas palmaditas en la cabeza.

—Penny, en cambio, tiene actitud suficiente para las dos.

Justo en ese momento, sale disparada hacia el otro lado del estanque y comienza a excavar con todas sus fuerzas, lanzando

barro en todas direcciones.

—¡Penny! Para. Ven aquí —Jenna señala el suelo junto a Coco—. Maldita perra. No sé qué atracción tiene con ese estanque. Cada vez que estamos aquí fuera, intenta excavarlo. Como si no tuviera ya suficiente que hacer sin que ande dejando barro por toda la casa.

Observo cómo se acerca sigilosamente hacia nosotros. La vida debe ser mucho más fácil cuando eres un perro. Comer, jugar, dormir, repetir. Siempre quise tener un perro, pero mamá decía que no sería justo con ella fuera trabajando todo el día. Tal vez me sentiría más seguro en la casa si tuviera uno.

—Yo le compré eso —Jenna señala la fuente del querubín antes de recorrer tristemente con la mirada el resto del jardín—. Le encantaba estar aquí fuera, ¿sabes? Era una de las cosas de las que estaba orgullosa.

Miro dentro del estanque. —¿No hay peces? —Es la primera vez que estoy tan cerca, ya que anteriormente solo había mirado el estanque desde la ventana de mi dormitorio. A menudo me he preguntado qué hay en él.

—Creo que solía haberlos. Tendré que ocuparme de eso.

—En fin, ¿qué ibas a contarme? —Me siento más erguido en mi asiento.

—Mira, no debes decir ni una palabra de esto todavía, Charlie. A nadie. La policía solo me ha informado sobre la investigación de la muerte de Helen porque es mi hermana y soy su pariente más cercano. Era mi hermana. —Su rostro decae.

—A mí me pasaba lo mismo con mi madre. Diciendo es, en vez de era. Se tarda mucho en acostumbrarse.

—Tenían que contarme algo. He estado montando un escándalo por no poder organizar el funeral. Ni siquiera tengo un certificado de defunción todavía. Es como estar en un limbo total.

—Como te dije, debe ser muy duro para ti. Yo era demasiado joven para participar en ninguna de esas cosas.

—Sinceramente, no sé si debería contarte nada de esto, Charlie. Es horrible.

Es como si las palabras demasiado joven hubieran dado en el clavo. —Solo cuéntamelo, incluso podría ayudarte hablar de ello.

Traga saliva. —Su pobre cuerpo había sido completamente maltratado antes de morir. —Su voz tiembla—. Le habían golpeado varias veces. Y la habían agarrado. Según el informe de la autopsia, debió de tener un final violento, la pobre. —Mira hacia sus pies—. Tenía moratones por todo el cuello. —Hace un gesto hacia su propio cuello, luego hacia su entrepierna—. Y entre las piernas, como si le hubieran dado una patada allí.

—Dios mío. —Un dolor me punza en mi propia entrepierna, como si lo sintiera por ella—. ¿Por qué dijeron en las noticias que saltó?

—Eso es lo que pensaban que había ocurrido al principio. Probablemente fue lo que dijo Liz. Pero yo nunca me creí una palabra de eso. Nunca. Estaba deprimida, nuestra Helen, pero nunca habría abandonado a esa perra. —Señala a Coco—. Ni a mí. Además, eso no es todo.

Espero a que continúe.

—Donde encontraron su cuerpo... y el tiempo que había estado en el agua, nada de eso coincide con lo que Liz le contó a la policía en su declaración. —Jenna se sube las gafas de sol. Ni siquiera pueden ocultar la tristeza en sus ojos—. Liz había dicho que Helen estuvo enferma en su camarote durante tres días cuando le preguntaron por ella. Luego, cuando comenzaron a buscarla realmente, Liz fingió que la había visto recientemente.

—¿Así que estaba mintiendo descaradamente? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Lo que estoy diciendo es que mi hermana llevaba muerta más de tres días antes de que alguien empezara siquiera a buscarla. ¡Más de tres días! Y entonces fue solo porque me puse en contacto con la compañía del crucero cuando Helen no respondía a mis mensajes.

Me froto el cuello como si eso pudiera aliviar de alguna manera el dolor que Helen debió sentir al final. —¿Y creen que fue Liz quien la atacó?

He tenido una escapada extremadamente afortunada por lo que parece. Pensar que viví en la misma casa durante un tiempo con esta mujer que me odia. Alguien sospechosa de matar, o al menos agredir, a Helen. Sin mencionar a mi madre y a la otra mujer en mi casa.

Jenna asiente. —Han vuelto para detenerla, pero ha desaparecido por completo. —Hace un gesto con la cabeza hacia mi casa—. Pero hay más.

La miro fijamente, preguntándome cómo demonios puede haber más. Quiero contarle a Jenna sobre mis sospechas de que Liz y mi padre podrían haber matado también a mi madre. Pero probablemente no sea el momento adecuado. Parece estar sumida en suficiente dolor por su cuenta sin que yo le añada más. Todo esto es una pesadilla. De todas las mujeres con las que mi padre podría haber terminado...

—He estado en contacto con la familia de Sally. O más bien, ellos se han puesto en contacto conmigo. Su hermana me llamó esta mañana temprano.

—¿Quién es Sally?

—Sally Hughes. La mujer que murió, supuestamente de algún tipo de problema cardíaco en casa de Liz. —Jenna señala con el pulgar hacia la valla que divide nuestros dos jardines.

—Mi casa.

—Lo siento. Es que no has vivido allí desde que yo estoy por aquí. Ella sí. —Sorbe su zumo—. Oye, ¿estás seguro de que quieres oír esto?

—Definitivamente. —No tengo ni idea de lo que va a contarme, pero suena muy serio—. Como le digo constantemente a mi abuela, tengo edad suficiente para saber lo que está pasando. Incluso a los catorce años la tenía. He tenido que madurar rápido con todo lo que ha ocurrido.

—Ni siquiera yo debería saber nada de esto, así que necesito que lo mantengas en completo silencio. ¿Me lo prometes?

—Por supuesto que sí. —Observo su expresión, buscando una pista de lo que está a punto de decir—. Puedes confiar totalmente en mí.

—La policía le ha dicho a la familia de Sally que encontraron una marca de punción en su brazo. Les preguntaron si se había hecho un análisis de sangre o si era donante.

—¿Y?

—Pero cuando investigaron a fondo —Jenna baja la voz y se inclina hacia mí—, no había registro de ninguna de esas cosas. Así que, al parecer, han seguido investigando.

Rodeo mi vaso con las manos. Me pregunto si los vecinos del otro lado pueden oír nuestra conversación. Jenna debe notar que miro hacia su valla.

—No te preocupes, no están. No estaría teniendo esta conversación aquí fuera de otro modo.

—Qué suerte tienen. Ojalá estuviera yo en algún país cálido y soleado.

—Los periódicos harían su agosto si nos oyeran. Una cosa es que Liz sepa que la policía quiere hacerle algunas preguntas. Otra muy distinta es que descubra qué tienen contra ella.

—¿Y qué tienen contra ella?

Jenna toma aire profundamente antes de continuar. —La autopsia ha mostrado algo llamado embolia gaseosa. Esto es lo que detuvo el corazón de la pobre Sally. Básicamente, le inyectaron aire cuando estaba borracha y profundamente dormida.

—¿Inyectada con aire? Pero, ¿qué efecto tendría eso?

—Eso mismo pensé yo. Tuve que buscarlo. Al parecer, puede impedir que la sangre llegue al corazón.

—Oh, vaya.

—Luego fue Liz quien llamó a una ambulancia después de que Sally muriera en su salón.

Quiero decir mi salón, pero sería bastante trivial frente a lo que me está contando.

Intento grabar las palabras embolia gaseosa en mi memoria para poder contárselo a la abuela. Jenna me ha hecho jurar que guardaré el secreto, así que no puedo escribirlas en mi móvil. Pero la abuela no se lo dirá a nadie. —No me extraña que la estén buscando. La arrestarán en el minuto en que aparezca. Probablemente tienes razón —miro de nuevo hacia mi casa mientras asimilo lo que está pasando aquí—. Debe haberse dado a la fuga.

—Al parecer eran todo un dúo en el colegio. Liz y Sally. —Jenna se protege los ojos del sol con la mano—. Ambas acosaban a Helen, pero Liz estaba al mando. Era la cabecilla.

—Quizás Sally sabía algo. Tal vez tenía algo contra Liz.

—Su hermana dijo algo sobre eso, de hecho —responde Jenna lentamente mientras se coloca el pelo detrás de las orejas—. Algo realmente grave.

Como si pudiera haber más. Jenna vuelve a quedarse callada. Me ha contado tanto que no puede echarse atrás ahora. Además, tengo la sensación de que es un alivio para ella compartir conmigo lo que ha oído.

—Cuéntamelo. Prometo que no diré nada. Ni una palabra —Debería cruzar los dedos tras la espalda. Tendré que contárselo a la abuela. Ella forma parte de todo esto.

—Vale, pero realmente no puedes decir nada. Al ser parte de una investigación policial en curso. Podríamos meternos en serios problemas si se filtrara por nuestra culpa.

—Solo cuéntamelo.

—Bien —Jenna baja la mirada, y luego la vuelve a subir para mirarme directamente—. Vale. Liz, según la hermana de Sally, primero mató a alguien cuando solo tenía doce años.

—¿Qué? ¿A quién?

Parece estar estudiándome, probablemente asegurándose de que puedo asimilarlo. —A su madre.

La cara de mamá aparece en mi mente. Cómo podría alguien hacerle daño a su propia madre. —¿Pero por qué? ¿Cómo?

—Probablemente eres demasiado joven para entender todo esto, Charlie. Los detalles, quiero decir... la psicología.

La furia crece en mí como el humo. —Estoy harta de que la gente me diga eso. Después de todo lo que ha pasado en mi vida, puedo soportarlo, ¿sabes?

—Vale, lo siento. La madre de Liz se drogaba. Drogas duras.

—Sé todo sobre las drogas —No le voy a decir que hemos aprendido sobre ellas en clase de PSHCE. Me haría parecer una cría.

—Ocurrió cuando su madre estaba colocada, Liz le clavó una aguja en el brazo, una sobredosis letal.

—Dios mío. ¿Con doce años? —Como si estuviéramos teniendo este tipo de conversación aquí en este precioso jardín, con pájaros

cantando a nuestro alrededor y el sol brillando donde refleja en la superficie del estanque.

—Lo sé. Me quedé tan impactada como tú cuando me lo contó. ¿Cómo podría siquiera ocurrírsele algo así a una niña de doce años?

—¿Su hermana ha informado a la policía? ¿Cómo se llama?

—Tina. Y sí, ya lo ha hecho. No lo ha sabido durante mucho tiempo, pero aun así podría meterse en problemas por no haberlo denunciado en el momento en que Sally se lo confesó.

—Pero ¿por qué han pasado tantos años para que salga la verdad?

—No lo sé. Solo que Tina me contó que Sally se había obsesionado de nuevo con Liz últimamente. Igual que cuando eran adolescentes. La vigilaba como un halcón, aparcando ahí fuera —Jenna hace un gesto hacia la calle—. Y siguiendo a Liz a todas partes. Tina dijo que parecía celosa de lo que veía. Acababa de romper con alguien, estaba llena de deudas y tenía problemas para encontrar un sitio barato donde alquilar.

—Así que lo que dije sobre que Sally tenía algo con lo que chantajear a Liz era totalmente cierto.

—Absolutamente. Evidentemente tienes buen olfato para este tipo de cosas.

—Ojalá no lo tuviera. Todo lo que quiero es una vida normal. Es todo lo que mi madre habría querido para mí también. Dios, espero que la atrapen pronto.

—Es solo cuestión de tiempo. Su desagradable foto policial apareció en las noticias nacionales esta mañana —Jenna vacía su vaso.

—Oí algo ayer, pero eso fue solo en Look North —Echo un vistazo a los perros, ambos tumbados a nuestros pies. Me encantaría estar tan relajada como ellos. Lo que está ocurriendo aquí se vuelve cada vez más oscuro.

—Lo vi en Sky News. Decían que la policía ha puesto controles en todos los puertos y aeropuertos para que Liz no pueda salir del país —Su expresión se endurece—. Después de lo que esa zorra le ha hecho a mi hermana, deberían dejar que yo me ocupara de ella cuando la atrapen.

—¿No dijeron algo en las noticias ayer sobre la posibilidad de que estuviera en Norfolk? Mi abuela me preguntaba si yo sabía algo de eso. No tengo ni idea.

—Yo tampoco.

—¿Y cómo te pareció que estaba la hermana de Sally? —Pienso en los primeros días después de la muerte de mamá. No volvería a vivir ese tiempo ni aunque me ofrecieran un millón de libras. Fue una agonía.

—Está totalmente destrozada. Dijo que me llamaba porque sabía que yo entendería por lo que está pasando. Vamos a seguir en contacto.

—¿Puedo estar incluida yo también? Yo también lo entiendo, ¿no?

—Lo sé. Y sí, no creo que ella tenga problema con eso. Eran muy cercanas, ella y Sally. Me contó cómo Liz la había llevado por mal camino cuando era adolescente. Toda la familia se sintió aliviada cuando la amistad se fue apagando después de que dejaran el colegio.

Doy un sorbo a mi zumo. —Liz es buena en ese tipo de cosas. Incluso ha conseguido alejar a mi padre de mí.

12

ENTONCES - CHARLIE

—Los Tres Mosqueteros —así nos llamaba Donna a veces. A mí, a ella y a mamá. No sabía qué eran los «mosqueteros», pero me gustaba ser una de ellos. Era ese sentimiento de familia y de pertenencia.

Las mejores noches que teníamos eran nuestras noches de chicas. Para mi decimotercer cumpleaños, tuvimos la mejor de todas: una noche de chicas en un spa. Mamá y Donna llegaron juntas para recogerme del colegio y darme la sorpresa. Me quedé encantadísima y todas mis amigas estaban envidiosas. Mamá no me había recogido del colegio desde la ceremonia de fin de curso de primaria. Y hacía años que ella y Donna no venían juntas. A veces Donna acudía como «acompañante» de mamá a mis conciertos y días deportivos, lo cual me gustaba, aunque mis amigas lo encontraban un poco raro.

Mamá me dejó tomar una copa de Bucks Fizz junto a la piscina exterior. Todas chocamos nuestras copas y Donna dijo:

—Por nosotras tres. Que siempre estemos así de unidas.

—Es una pena que tengas que crecer, Charlie —mamá levantó la cabeza de su tumbona—. Ojalá pudiera meterte en una cápsula del

tiempo y conservar a mi niña para siempre. —Había una tristeza en su voz que no entendía.

—Pero tú siempre te quedarás con nosotras, ¿verdad, Charlie? —Donna se terminó su bebida de dos tragos—. No querrías dejar atrás a tu madre y a tu madrina.

—Ni a mi padre —añadí. Aunque ni siquiera había recibido una tarjeta de cumpleaños de él. Solo me había enviado un mensaje diciendo que me daría dinero de cumpleaños después de que le pagaran. Mamá me había dicho que no contara con ello.

—No te preocupes por él —dijo Donna—. Esta noche es solo para nosotras tres. Solo chicas.

Después, nos hicimos la manicura y la pedicura, con todas las uñas pintadas del mismo color. Oro rosa. Luego llegó el momento de tumbarnos una al lado de la otra en una habitación iluminada con velas, donde sonaba música suave mientras nos hacían tratamientos faciales. Estaba tan relajada que sentía que podría quedarme dormida.

—Esto es vida —mamá estiró el brazo para apretarme la mano—. Estoy tan contenta de tener una hija con quien hacer estas cosas. Un hijo quizás no habría estado tan entusiasmado.



Esa fue la única vez que fui a un spa con mi madre. En cambio, nos robaron todas las cosas bonitas que podríamos haber hecho juntas como madre e hija. Ir de compras, mi graduación, mi boda si algún día me caso.

Y voy a demostrar exactamente quién fue quien nos robó todo eso.

13

AHORA - CHARLIE

—Abuela, tienes que mantener esto en secreto. Le prometí a Jenna que no se lo diría a nadie. Ella ni siquiera debería saberlo.

Quizás no debería haberle contado lo de Helen y Sally todavía. Su cara se ha puesto tan gris como su pelo. Mamá siempre decía que yo era de la brigada actuar primero, pensar después. La abuela podría estar más frágil de lo que ha aparentado últimamente. Podría haberla hecho recaer con esto.

Parece estar apoyándose con una mano en la mesa mientras saca una silla.

—Lo siento, dame un momento —se sienta pesadamente.

—¿Estás bien, abuela?

—Es que es una conmoción tan grande. Sé que Liz es una mujer terrible solo por cómo te ha tratado, pero esto es un nivel completamente nuevo.

—Lo sé.

—Deberían reinstaurar la pena de muerte por lo que ha hecho.

—¿Quieres una taza de té? —Necesito distraerla. Usando una de las frases favoritas de Joel, esto es una mierda muy gorda. Estamos hablando de que Liz ha asesinado repetidamente; siendo una de las víctimas su propia madre. Les ha robado sus vidas para siempre,

dejando atrás a sus pobres familias. Personas como yo, que tienen que pasar el resto de su vida sin su adorada madre.

—Sí, por favor, cariño —la abuela parece tan agradecida. Debería prepararle tazas de té más a menudo. Perder a mamá y que papá me ignore me ha enseñado que no debo dar a la gente por sentada. Nunca sabes cuándo podría ser vuestro último momento juntos. Además, sin la abuela, podría haber acabado en un orfanato o con padres de acogida. Mira cómo acabó Liz después de vivir en centros de acogida. Aunque ella ya era malvada mucho antes de eso.

La abuela ha sido una presencia constante durante toda mi vida, y sé que tengo suerte de tenerla. Aunque a veces me vuelve loca con sus preocupaciones por mí, por no mencionar que me llame Charlotte.

—Eres una buena chica —busca en el bolsillo de su vestido vaquero. Me entristece verla llevándolo; era el conjunto favorito de mamá, y siempre quería robárselo. Saca una llave—. Mira lo que trajo la policía justo antes de que volvieras.

—¿Es la llave de nuestra casa? ¿Lo es? —Algo se eleva dentro de mí. No sé qué haré con ella todavía, pero sacar a esa será un gran comienzo. Sueno como la abuela otra vez, pero mamá debe estar revolviéndose en su tumba al saber que Liz duerme en su cama y cocina en su cocina.

—Desde luego que lo es —parece satisfecha consigo misma mientras la coloca sobre la mesa entre nosotras—. He concertado que un cerrajero vaya y se asegure de que todo lo demás esté seguro. Va a poner cerraduras nuevas en las puertas del patio y en todas las ventanas. Ella no volverá a entrar allí.

—¿Cuándo?

—Vendrá a por la llave —mira el reloj—. Más tarde hoy.

—¿No inmediatamente? Pero, ¿y si Liz vuelve?

—No parece que vaya a hacerlo. Pero no, he llamado a varios sitios. Era lo más pronto que alguien podía hacerlo.

—En fin, debes ser una adivina. Iba a preguntarte si podíamos arreglar el resto de las cerraduras. No tiene sentido tener la puerta principal arreglada si Liz puede entrar por atrás —dejo caer una bolsita de té en la taza favorita de la abuela—. Creo que deberíamos

quedarnos allí también... para asegurarnos completamente de que no puede volver a entrar —la miro con esperanza. La idea de volver allí sola es aterradora, pero si la abuela viniera conmigo...

—Oh, no sé, cariño. No he puesto un pie en ese lugar desde... —mira la fotografía en el alféizar de la ventana.

La cara de mamá me sonríe desde ella, como si me animara. Vuelve a casa, Charlie. Es donde perteneces. Me vuelvo hacia la abuela—. Sé que será difícil para ti, pero una vez que hayas entrado por primera vez, se volverá más fácil.

Toma su taza de mis manos—. Deberías estar disfrutando de la vida, concentrándote en tus exámenes y amigos, no teniendo que lidiar con todo esto.

—Ya que estamos hablando así, deberías saber lo que he estado pensando.

—¿Qué?

—Me preocupa que Liz pudiera haber matado a mamá —suelto de golpe, y luego me siento terriblemente culpable cuando el rostro de la abuela vuelve a decaer.

—¿Tenemos que hablar de esto ahora? No creo que pueda lidiar con ello todavía. Veamos primero qué pasa con la apelación de Donna.

Al decir eso, parece que está cediendo respecto a asistir. Eso espero.

—Están a punto de arrestar a Liz por la muerte de Helen, y a esa otra mujer Sally, así que ¿por qué no interrogarla también sobre mamá? Después de todo, si no fue Donna, tuvo que ser alguien.

—Oh, cariño —la abuela estira el brazo por encima de la mesa y me aprieta la mano—. Ya se llevaron a Liz y a tu padre para interrogarlos cuando todo acababa de ocurrir. Y los dejaron ir después de un par de horas; ambos tenían coartadas para esa noche. Y todavía no sabemos que no fuera Donna.

—Yo sé que no fue ella. Al cien por cien. Ya lo verás.

La abuela suspira. —Eso espero —Luego hace una pausa—. En fin, creo que me llevaré esto y subiré a darme un baño —Envuelve la taza con los dedos—. Me vendría bien desestresarme.

—Pero espera, aún no me has contado lo que dijo la policía sobre todo esto. Cuando trajeron la llave. No puedo creer que no llegara a tiempo.

—No dijeron mucho realmente. Solo tuve que firmar para recibirla. Les pregunté qué estaba pasando y confirmaron que habían registrado la casa. Debido a sus sospechas sobre Liz, dijeron. Lo cual, por supuesto, ya sabíamos.

—¿Te dijeron qué encontraron? ¿Yo vi que sacaban un ordenador mientras estaba allí? —Alcanzo mi móvil. Parece que estoy comprobando las noticias en busca de actualizaciones cinco veces por hora últimamente. Liz tiene que aparecer en algún momento. Y para ser sincera, después de lo que Jenna me ha contado sobre ella hoy, ni siquiera me siento muy segura simplemente caminando por ahí.

—No. Solo mencionaron que no podían discutir una investigación en curso conmigo, pero que seríamos los primeros en ser informados de cualquier avance cuando les fuera posible.

—Siempre dicen eso y luego no nos cuentan nada. Me pregunto para qué quieren su ordenador.



Estoy curioseando en las redes sociales para ver qué puedo averiguar. Parece que la abuela y yo somos las últimas en enterarnos de algo últimamente. No sabría lo de Sally y Helen si no fuera porque Jenna me lo contó. Me acomodo con las piernas dobladas debajo de mí y me acurruco entre los cojines del que era el sillón favorito de mamá. Si algún día vuelvo a nuestra casa, me sentiré más cerca de ella allí, pero también pasamos mucho tiempo aquí. Ella y la abuela eran muy cercanas. Mamá y yo también lo éramos, cuando no me comportaba como una mocosa malcriada. A veces le contestaba fatal y sé que no fui la niña más fácil, especialmente cuando llegué al instituto. Pero como la abuela me sigue diciendo, necesito perdonarme a mí misma. Y lo estoy intentando.

Primero voy a la página de mamá. La miro todos los días. Pero todavía no soporto leer los mensajes de condolencia, los feliz cumpleaños en el cielo y ojalá siguieras aquí. Siempre me desplazo hasta cuando aún estaba viva. Hasta las fotos de ella, Donna y yo en Antibes antes de que se pelearan. Hay un par de vídeos donde realmente puedo escuchar su voz. A veces los escucho, pero siempre me hacen llorar. Así que hoy voy a dejarlos en paz. Ya tengo bastante con lo que lidiar. Si hubiera sabido entonces lo que iba a pasar, nunca habría dejado que mamá saliera de mi vista.

Hay montones de fotos de ella y Scott de esa época. Puede que actuara como si no me cayera bien, pero incluso yo podía ver que ella era más feliz desde que estaban juntos. Estaba de mucho mejor humor todo el tiempo y era más propensa a decir sí a las cosas que yo quería. Excepto por la última pelea que tuvimos cuando me dijo que no al festival.

Me quedo mirando una foto de mamá y Donna en lo que parece una noche de fiesta. Todavía no puedo creer lo que ella y Scott supuestamente hicieron a espaldas de mamá, y definitivamente voy a preguntarle a Donna sobre ello. He estado intentando convencerme de que la abuela debe haberse equivocado, pero se mencionó en el juicio de Donna, así que debe ser verdad.

Luego, encuentro la página de Helen y por primera vez, noto lo tristes que están sus ojos en su foto de perfil, mirándome fijamente. Las últimas publicaciones de cuando aún estaba viva, debajo de todos los mensajes de condolencia, son del crucero al que fueron ella y Liz. Una es una foto del barco, con un comentario que dice esto es vida. La miro fijamente, preguntándome de qué balcón se cayó... o de cuál la empujaron, según lo que ha estado diciendo Jenna. Hay una foto de la habitación en la que debían estar alojándose, diciendo, Podría acostumbrarme a esto. Pobre Helen. Más allá de las dos camas puedo ver el balcón desde el que debió morir.

Me sorprende ver que Liz la ha etiquetado en dos fotos: la primera es del crucero y dice, una semana para irnos. La otra es de

las dos juntas. No es un selfie; Liz debe de haber pedido a alguien que la tomara. Están de pie juntas, pero parece como si no quisieran estarlo. Si fuera una foto de Jess y yo, tendríamos un brazo alrededor de la otra, y desde luego estaríamos más cerca. Aquí hay un espacio entre ellas, y a juzgar por la sonrisa de Helen, que no es realmente una sonrisa, así como por la dirección en la que se inclina, parece que quisiera marcharse. La imagen de la cara de Helen se difumina ante mis ojos. Si tan solo hubieras sabido que corrías riesgo de morir unas horas después...

No puedo mirar la cara de Liz ni un momento más, así que me desplazo hacia los mensajes de condolencia. Helen no parece haber sido cercana a nadie; todo lo que se ha publicado aquí parece ser de desconocidos. Me siento destrozada por ella, y desearía haber sido más amable con ella cuando estaba viva. Habría pensado que Liz podría haber escrito un mensaje en su página, aunque solo fuera para cubrir sus huellas, pero no lo ha hecho. Hay una publicación de una tal Sally Hughes, debe ser la misma Sally de la que Jenna y yo estábamos hablando. Apuesto a que cuando escribió el mensaje, no esperaba que su propia página de perfil estaría llena de mensajes similares solo una semana después.

La abuela siempre me dice que todos deberíamos aprovechar al máximo la vida, ya que nunca sabemos lo que nos espera a la vuelta de la esquina. Ha hecho falta que ocurra todo esto para que me dé cuenta de lo cierto que es.

Hago clic en el nombre de Sally Hughes. Fue al instituto de Skipdale, igual que mamá. Me pregunto si se conocían. Tal vez estén todas en el cielo, o dondequiera que vayas cuando estás muerto, comparando notas. Yo me llevé la peor parte, podría decir mamá, me golpearon la cabeza con un martillo.

Yo probablemente tuve la mejor manera de morir, podría añadir Sally. Después de todo, no me enteré de nada, simplemente me dormí borracha y no volví a despertar.

En cuanto a Helen, quién sabe lo que realmente pasó en sus últimos momentos. Me patearon y golpearon una y otra vez, podría

decir. Y luego me arrojaron por encima del balcón. Jenna me ha dicho un par de veces que ni en un millón de años Helen habría saltado desde allí.

Parece que más gente se preocupaba por Sally que por Helen. Un mensaje escrito por su hermana me entristece: mi hermana, mi mejor amiga. Te has llevado una parte de mí contigo.

Sé exactamente cómo se siente.

Y hay un mensaje de su madre, No sé qué hacer sin ti. Descansa en paz, mi preciosa hija.

Hay uno del mismo hombre que está en su foto de portada. Debe ser ese del que hablaba Jenna, la pareja con la que había roto. Haría cualquier cosa por volver atrás en el tiempo, dice su comentario. Para que las cosas fueran diferentes. Pensando en la familia. DEP querida Sally.

¿Por qué tiene que morir la gente? Parpadeo para contener las lágrimas. Causa tanto dolor a los que se quedan. Bueno, es más que dolor, es una agonía total. Luego, incluso cuando eso se desvanece, deja un dolor sordo en el interior que nunca desaparece por completo. Ha estado ahí durante dieciocho meses para mí. A veces cuando estoy con Joel, o riendo con Jess en el colegio, desaparece durante unos minutos, pero siempre vuelve corriendo, como un perro grande y aterrador que quiere perseguirme. Y sin embargo, cuando me olvido brevemente del dolor, me siento culpable.

Miro de nuevo la foto de perfil de Sally. Supongo que cuando era más joven podría haber sido "preciosa", como dijo su madre en su comentario. Esa es la cosa: para nuestras madres, las hijas somos preciosas. A tantas personas les han robado a seres queridos; la madre de Sally, la hermana de Sally, la hermana de Helen, la abuela. Y a mí.

Debe haber algo que pueda hacer para ayudar a encontrar a la persona que les ha robado. Y probablemente a nosotros.

Necesito salir, este desplazamiento por páginas deprimentes no me está haciendo ningún bien. Entrando a zancadas en la cocina, agarro la llave de casa que por suerte la abuela ha dejado sobre la mesa, y

me dirijo al cobertizo a por mi bicicleta. Mamá la compró la Navidad antes de morir. Ahora me queda pequeña, pero no me importa. Incluso he conservado toda mi ropa de cuando tenía catorce años que mamá me compró. No soporto deshacerme de ella.

La abuela me mataría por no llevar casco. Pero eso tampoco me importa. El viento en mi pelo ayuda a disipar mi ira. Y mi miseria. Puedo pasar rápidamente junto a los niños que no se molestan conmigo, los que dicen: esa es ella, ¿sabes?, la que su madre fue asesinada en su jardín. Y ahora otra mujer ha muerto en su casa, Y su vecina de al lado.

No puedo culparles por cotillear sobre mí. Supongo que habría hecho lo mismo si le hubiera pasado a otra persona.

Para cuando llego a la casa, siento que mi cabeza casi ha vuelto a la normalidad y estoy lista para enfrentarme a lo siguiente. Mientras empujo mi bicicleta por la verja, como he hecho tantas veces antes, echo un vistazo a la casa de Jenna, dándome cuenta de que ahora pienso en ella como la casa de Jenna en lugar de la de Helen. Probablemente debería pedirle a Jenna que entre conmigo porque lo estoy temiendo muchísimo. Es la primera vez que entro en meses y meses... ¿y qué pasa si Liz ha aparecido de repente? Después de todo, el cerrajero aún no ha venido para la puerta trasera.

No hay señales de vida dentro, así que aparto ese pensamiento. Y quizás, por esta primera vez, es algo que debería hacer sola.

La puerta está abollada en el centro donde la policía la forzó. Pero sigue siendo la misma vieja puerta que he mirado en numerosas ocasiones, ya sea buscando a mi padre o simplemente intentando entrar.

Me sorprende casi cuando la llave funciona. Abro la puerta lentamente y piso el felpudo, esperando instintivamente el familiar aroma de casa. Pero ya no huele a café mezclado con detergente para la ropa y el perfume de mamá. Ha cambiado. Al fin y al cabo, dos personas han muerto aquí. Tal vez ahora huele a muerte.

Cerrando la puerta tras de mí, dejo que mi mirada recorra el pasillo. Hacia las escaleras por las que mamá y yo hemos subido y bajado tantas veces, generalmente tarde para algo, buscando algo, llamándonos la una a la otra. Si cierro los ojos, casi puedo oír su voz.

Echo un vistazo al salón a la izquierda, preguntándome exactamente dónde murió Sally. ¿En qué silla estaba sentada? ¿Cuál fue la última cosa que miró? Pero no puedo obligarme a entrar allí.

Aunque el sol esté entrando a raudales por las ventanas, esta casa se siente sombría y llena de fantasmas.

Me dirijo a la cocina. La llave de las puertas del patio sigue en el cajón donde mamá siempre la guardaba. La inserto en la cerradura, por si acaso Liz apareciera e intentara entrar por la parte trasera. Luego echo el cerrojo con un suspiro.

Dondequiera que miro, veo a mamá. E incluso a papá, aunque no viví aquí con él durante mucho tiempo. Apenas reconozco el lugar. Liz ha cambiado todo. Cada pared ha sido repintada, y han desaparecido todos nuestros muebles, nuestras fotos, los adornos de mamá y cualquier otra cosa que tuviéramos; todas las cosas que hacían de nuestra casa nuestro hogar.

Es exactamente la misma historia arriba. Todo ha cambiado. Todo se ha ido. La cama de mamá sigue aquí. Y Liz ha estado durmiendo en ella por lo que parece. Eso tendrá que irse. Todo tendrá que irse. No voy a conservar nada que ella haya traído o usado. Nunca más volverá a entrar en esta casa. Jamás. Voy a quedarme aquí hasta que llegue el cerrajero. Esperaré en el asiento de la ventana y si hay alguna señal de Liz, llamaré al 112. Parece que la policía llegaría bastante rápido.

Si ha huido, no puede haberse llevado mucho con ella. Sus cosas están por todas partes. Una de mis primeras tareas será meterlo todo en bolsas. Quizás lo tire todo como probablemente ella ha hecho con nuestras cosas. O lo llevaré a una tienda benéfica.

Me dirijo hacia mi habitación; seguramente habrá dejado las cosas tranquilas allí. Pero jadeo cuando empujo la puerta. Todo ha desaparecido. Todo. ¿Qué ha hecho esa zorra con todo? Todas nuestras fotografías. Me desplomo de rodillas, con lágrimas rodando

por mi cara. ¿Cómo ha podido hacernos esto? No sé por dónde empezar aquí. Y apenas puedo soportarlo. Solo ahora puedo entender por qué la abuela no quería entrar en la casa.

Me pongo de pie de un salto cuando el timbre resuena por la escalera, secándome las mejillas húmedas con la manga. ¿Y si es ella? Busco a tientas mi teléfono en mis bolsillos. Pase lo que pase, ella no va a entrar. De ninguna manera. Es el su turno de quedarse fuera de esta casa. De mirar fijamente la abolladura en la puerta principal como he tenido que hacer yo tantas veces. Me quedo tan inmóvil como una piedra. Honestamente no sé qué hacer.

—Charlie, ¿estás ahí? —Es Jenna; quizás ha visto mi bicicleta fuera—. ¿Estás bien?

Bajo corriendo las escaleras y abro la puerta de golpe. Ella me mira una vez y, sin decir palabra, me atrae hacia ella. Por primera vez en mucho tiempo, permito que alguien me abrace de verdad.

14

ENTONCES - CHARLIE

Los días posteriores al descubrimiento del cuerpo de mamá en el jardín fueron completamente borrosos. Un minuto estaba furiosa, hasta el punto de no saber qué hacer con toda esa rabia, excepto golpear mis almohadas. Al siguiente minuto, estaba destrozada y lloraba hasta sentirme enferma.

A veces, no podía aceptar lo que había pasado, e imaginaba que se había cometido un error. Al momento siguiente, la realidad me golpeaba con toda su fuerza. Había otras ocasiones en las que yo también quería morir, solo para poder estar con ella.

La abuela se metió en la cama y se quedó allí. La oía levantarse para usar el baño o llenar un vaso de agua, pero nada más. Apenas hablábamos en aquellos primeros días; era como si no supiéramos qué decir, estábamos demasiado inmersas en nuestro propio dolor como para poder soportar el de la otra.

Sobrevivía a base de tostadas y leche aunque me sentía realmente enferma todo el tiempo. Jess no dejaba de enviarme mensajes. Donna seguía llamándome. Pero todos los demás mantenían las distancias.

Mamá una vez me habló de cuando murió su padre. Ojalá hubiera conocido a mi abuelo. Ella también era adolescente

entonces, y decía que mucha gente la evitaba. Quizás no sabían qué decir.

Al final, papá fue la única persona que realmente apareció en la puerta en vez de simplemente enviarme un mensaje. Le importaba. Sí le importaba. Realmente le importaba.

Cuando me abrazó, pensé que mis lágrimas nunca cesarían.

Finalmente se despegó de mí. —¿Puedo entrar? —Echó un vistazo por encima del hombro hacia la calle—. No sé si te has dado cuenta, cariño, pero la mitad de los vecinos nos están mirando.

—Ya estoy acostumbrada —sollocé y abrí más la puerta. Seguramente a la abuela no le importaría que invitara a papá a entrar en un momento como este, por mucho que no le cayera bien. Probablemente ni siquiera bajaría. Él me siguió hasta el salón y se sentó frente a mí. Yo me desplomé donde había estado varios días. Llevaba tanto tiempo sentada allí que había quedado la marca de mi trasero en el cojín.

Señaló una foto de mi bautizo. —No puede odiarme tanto si todavía tiene eso expuesto.

Me resistí al impulso de hacerle saber que mamá a menudo había sugerido recortarlo del extremo. Pero la abuela siempre había argumentado que era una bonita foto de un día muy feliz.

—¿Cómo lo estás llevando, cariño? —Se sentó frente a mí—. Lo siento, pregunta estúpida, lo sé, por supuesto que lo sé. —Llevaba ropa que no le había visto antes y parecía haberse cortado el pelo. Se le veía tan entero, mientras yo me estaba desmoronando.

—No lo sé. Ni siquiera sé qué hacer. Solo quiero que vuelva. —Miré fijamente su foto de graduación en el centro de la pared de la abuela y rompí a llorar de nuevo—. Nos peleamos antes de que muriera. Fui horrible con ella.

—Ven aquí, cariño. —Se movió entonces a mi lado y me apoyé en él. Me gustaba el olor de papá. Amaderado, a cuero, a jabón—. ¿Dónde está tu abuela? —Miró hacia la puerta.

—En la cama. —Señalé al techo.

—¿Qué? ¿A esta hora del día? —Miró el reloj en la repisa de la chimenea.

—No está llevándolo muy bien.

—Por eso estoy aquí. Tú necesitas que te cuiden. No que te dejen sola de esta manera.

Me aparté de él y estudié su rostro. No podía soportar promesas que no pudiera cumplir. No ahora.

—Mira, cariño. Hemos recuperado la casa. Bueno, más o menos —tiró de mi hombro, como intentando transmitirme algo de entusiasmo—. La policía ya ha hecho lo que tenía que hacer allí.

—¿Qué tenían que hacer?

—No hace falta entrar en eso ahora. Solo necesitamos ayudarte a superar esto.

No estaba segura de su uso de la palabra necesitamos. Esperaba que no se refiriera a Liz.

—¿Quieres volver a casa, Charlie? Pero conmigo, quiero decir.

—¿Qué? ¿Ahora? —algo dentro de mí se elevó. Y luego cayó igual de rápido—. ¿Te refieres con ella también? —No podía pronunciar su nombre.

Negó con la cabeza. —No. Hemos roto. Así que solo seremos tú y yo, pequeña. Y Donna está hablando de quedarse un tiempo. Solo para ayudarte a superarlo.

Donna. No podía pensar con claridad. Pero ella había prometido desde la misma noche en que ocurrió que cuidaría de mí. Quizás esto era algún tipo de compromiso al que ella y papá habían llegado. —¿Dónde dormiría ella entonces?

—En la habitación de invitados, por supuesto.

—¿Pero qué pasa con la abuela?

—Mi única preocupación ahora eres tú.

Sonreí por primera vez en días. Papá estaba aquí. Papá me quería lo suficiente como para dejar a esa horrible Liz y querer cuidar de mí. Estaba diciendo que yo era su única preocupación. Quizás podría superar todo esto más fácilmente con él cerca. Y con Donna.

—¿Entonces qué te parece?

Asentí lentamente.

—Mira, nos llevará un par de días entrar allí. Necesitamos hacer algunas cosas en la casa y solucionar uno o dos detalles más —alzó los ojos hacia el techo—. Y tendré que hablar con tu abuela para

asegurarme de que está de acuerdo. ¿Estás segura de que no te importa que Donna se quede por un tiempo también?

—¿Por qué me iba a importar?

—Bien. Creo que es lo que tu madre habría querido. Que Donna estuviera allí, quiero decir. Necesitas una mujer en casa. Los padres realmente no lo sabemos todo —dijo casi con alivio en su voz.

No soy tan difícil de cuidar, pensé. Pero al menos con Donna cerca, eso mantendría la puerta firmemente cerrada para que Liz no entrara.



Por aquel entonces pensaba que solo eran amigos. Papá y Donna. Apoyándose mutuamente, y a mí, durante lo que se había convertido en una auténtica pesadilla. Pero entonces no sabía lo que sé ahora.

15

AHORA - LIZ

Sigo las señales hacia el pueblo, intentando pasar lo más desapercibida posible. Con mi pelo recién teñido de rojo, gafas oscuras y un conjunto neutro de pantalones cortos y camiseta, me veo igual que cualquier otra turista. Cuando salí de Inglaterra, mi melena me llegaba hasta la espalda. Ahora la he cortado en una melena corta a la altura de la mandíbula. He hecho un trabajo bastante bueno, si se me permite decirlo.

Llevo dos días encerrada en ese apartamento y empiezo a subir por las paredes. Necesito aire, necesito más comida y necesito wifi. Tengo que averiguar si hay más mensajes de Stephen. Pensar en él es lo principal que me mantiene en pie en este momento. Pero si lo único que tendré siempre son los recuerdos del breve tiempo que pasé con él en el crucero, estoy agradecida por ello.

Vuelvo a la misma cafetería donde estuve cuando llegué por primera vez a Lanzarote. Cuantos menos sitios visite, mejor. Pido un sándwich y un café, y me dirijo a la mesa donde estuve sentada antes. El móvil de prepago barato que compré se conecta directamente al wifi de la cafetería. Necesito tener cuidado con lo que busco, por si hay alguna forma de rastrear las búsquedas.

Tecleo BBC News para ver qué se está informando en casa. Hasta ahora, no hay mención sobre mí en las noticias de Lanzarote.

Dios mío, he salido en los periódicos nacionales de casa. Me están buscando realmente. Por lo que parece, es una cacería en toda regla; bueno, una cacería de mujeres. Si hubiera salido de aquella casa solo dos minutos más tarde de lo que lo hice, probablemente estaría mirando los muros de ladrillo de una celda en este momento, en lugar del llamativo papel pintado lleno de loros en la pared del fondo de esta cafetería. Desde luego no estaría esperando a que me sirvieran el sándwich del menú especial y un café americano en mi mesa. El olor a café, el siseo de la máquina y el murmullo de las conversaciones me ayudan a sentirme más normal que en mucho tiempo.

Están nombrando específicamente las muertes por las que me buscan. Helen Atkins y Sally Hughes. Las hermanas de ambas han hecho declaraciones. La de Helen la ha descrito como una persona hermosa con un corazón de oro. Sí, claro. Y a Sally la han descrito como un ángel que dedicó su vida a cuidar de los demás. ¡Un ángel! Debería decir una chantajista. Es su culpa que las cosas acabaran así; después de todo, yo no la busqué para causarle problemas, ¿verdad?

Sigo leyendo. Vaya, incluso se está pidiendo al público que no se acerque a mí bajo ninguna circunstancia. Hay una descripción mía, una foto, y se ha distribuido a todos los puertos, aeropuertos y estaciones. Me describen como fugitiva. Lo que significa que no tienen ni idea de dónde estoy. Y con suerte, no lo descubrirán.

Solo puedo imaginar lo que Stephen debe estar pensando si está leyendo estos informes. Una parte de mí desearía no haberlo conocido nunca. Nunca antes me ha importado lo que alguien pudiera pensar de mí.

Entro en Messenger. Efectivamente, hay dos mensajes más de él.

¡Hola, soy yo! Ponte en contacto, Liz. Estoy preocupado por ti. Parece que la policía ha cometido un gran error, pero necesitas volver a casa y arreglarlo. ¿Dónde estás? x

El siguiente ha sido enviado hace solo unos minutos.

Hola, soy yo de nuevo. Mira, sea lo que sea lo que haya pasado, puedo ayudarte. Aunque solo sea para buscarte un abogado. Le he dicho a la policía que solo te conozco desde hace poco tiempo, pero que no hay forma de que puedas ser culpable de "asesinato". Llámame. x

Joder. Stephen realmente cree en mí. De una manera en que nadie lo ha hecho nunca, a juzgar por estos mensajes. Supongo que Darren creyó en mí durante un tiempo, pero con él, nunca fui lo primero, cada vez menos a medida que pasaba el tiempo. Nunca pude competir con el mimado de Charlie, y siempre estaba la sombra de su exmujer rondando en el fondo, y luego, como descubrí más tarde, Donna.

Nunca he tenido una verdadera amiga. Claro, estaban Sally y las otras en el colegio. Hubo algunas en el centro de acogida, pero mirando atrás, la mayoría solo eran mis amigas porque me tenían miedo. Especialmente Helen.

Y mamá, bueno. Al menos nadie sabrá jamás lo que le hice. Ese secreto murió con Sally. Debería haber sabido que no debía amenazarme con eso.

Me quedo sentada, agonizando por un momento, tan absorta en mis pensamientos que no me había dado cuenta del café humeante que han colocado a mi lado. Ni del sándwich. Quiero responder a Stephen. Sé que probablemente no debería, pero a juzgar por los mensajes, puedo confiar en él. Me quedo sentada unos momentos más. No tengo elección en este asunto. Tengo que responderle. Podría ser capaz de ayudarme.

Soy yo. Estoy bien. Solo me mantengo oculta hasta que todo esto pase. Gracias por creer en mí, significa mucho. Ojalá estuvieras aquí conmigo ahora mismo. xx

Suspiro. Es verdad. Daría mi brazo derecho por que las cosas fueran diferentes. Pero no hay manera de que pueda volver a casa. Nunca. Y muy pronto, voy a tener que irme de aquí. Tengo que aceptar que probablemente nunca le volveré a ver.

Puedo estar contigo. Solo dime dónde estás. xx

Ahora que le he contestado, ha vuelto a poner dos besos al final de sus mensajes. ¿Debería decirle dónde estoy? ¿Puedo realmente,

realmente confiar en él?

Honestamente Liz, solo quiero ayudarte. Podemos superar esto, sé que podemos. xx

Está usando la palabra «podemos». Mierda. Mierda. Mierda. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Entonces, antes de que pueda detenerme...

Me encantaría verte. Estoy en Lanzarote. xx

Ya está. Aprieto los dientes mientras pulso enviar. Ya lo he hecho. Realmente lo he hecho. Pero si él dice lo que está diciendo, si realmente quiere ayudarme, quizás pueda llevarme más lejos de aquí, a algún lugar desde donde no puedan devolverme al Reino Unido. Algún sitio sin leyes de extradición.

Si realmente lo dices en serio y vas a coger un vuelo, escríbeme cuando llegues. Estoy revisando mis mensajes todos los días en una cafetería. xx

Iré en cuanto pueda. Aguanta. xx

Va a ayudarme. Supe en cuanto le conocí que íbamos a ser algo. No es demasiado tarde para encontrar la felicidad, por mucho que a veces haya intentado ahuyentarla. Estoy tan abrumada por la perspectiva de verle que he perdido el apetito. Pero me obligo a comer el sándwich. Tengo que seguir comiendo. Debo mantener mis fuerzas para lo que venga después.



Cambio el aire acondicionado de la cafetería por la bofetada del calor de la tarde. Este lugar está muy lejos de los cielos grises y la llovizna de Yorkshire. Debería ser increíble estar en un sitio como este, pero realmente necesito ir más lejos. Mucho más lejos. A algún país remoto donde pueda simplemente esconderme.

No puedo volver a ese apartamento, aún no. Nadie pestañeó cuando bajé hasta aquí, así que sigo caminando. Esta vez, hacia la playa. Incluso las asesinas pueden disfrutar chapoteando en el mar. No es que yo sea una asesina de verdad. No realmente. He tenido

una razón válida para hacer lo que he hecho. Todas y cada una de las veces.

Mamá me descuidó de todas las formas imaginables. Meterse drogas en el brazo era mucho más importante que cuidar de su única hija. A veces, pienso que fue apropiado que una gran dosis de esa porquería fuera la manera de poner fin a nuestra miseria.

Me quito las sandalias. Ha pasado mucho tiempo desde que sentí la arena caliente entre los dedos de los pies. Intento ahuyentar los pensamientos miserables observando a los surfistas y nadadores frente a mí, pero aun así, los recuerdos siguen llegando, tan rápido como las olas.

Nunca olvidaré los dos días que estuve atrapada en la casa con el cuerpo de mi madre. Hasta que se acabó la comida. Me sentía obligada a seguir revisando el bulto acurrucado bajo el edredón; me arrastraba hasta el dormitorio, convenciéndome de que podría haber desaparecido de alguna manera. Otras veces, lo tocaba, esperando a medias que de repente se moviera. Una parte de mí quería mirar, ver cómo era una persona muerta, pero no fui capaz.

Por la noche, dormía en el salón con la lámpara y la tele encendidas, como si la luz y el ruido pudieran mantenerme a salvo. Temía que el fantasma de mi madre apareciera si estaba oscuro y en silencio.

Cuando finalmente llamé pidiendo ayuda, recibí tanta amabilidad y compasión que deseé haberlo hecho antes. Nadie sospechó ni por un momento que yo había introducido esa última aguja en su brazo, y nadie lo hará jamás. En su lugar, recibí comida, abrazos, muchos "pobrecita" y una consejera de crisis. Todo el mundo fue tan amable conmigo que casi me sentí culpable por lo que había hecho. Hasta que llegué al centro de menores, claro.

Me dirijo hacia el mar, casi cegada por la luz que rebota en la superficie de las olas. El cielo está tan despejado que la luna sigue siendo visible, y la brisa en lo que queda de mi pelo se siente bien. Sigo viva. Y aunque solo sea por este momento, puedo disfrutarlo. Nunca antes había podido hacerlo. El comienzo que tuve en la vida no permitía disfrutar de nada.

Luego estuvo Lou. Hay menos excusas para lo que le hice a ella. Fue pura envidia por mi parte. Ya está, lo he admitido. Ella lo tenía todo, y me miraba por encima del hombro de una manera que no pude soportar. Al final, perdí los estribos, lisa y llanamente.

Firmó su propia sentencia de muerte cuando me contó lo del romance entre Darren y Donna. Esa expresión de suficiencia en su cara, la pura satisfacción en su voz. Casi firmó también la de Donna, hasta que decidí incriminarla por lo que yo había hecho. Parecía un castigo mucho más apropiado. La venganza es un plato que se sirve frío.

Me meto en el agua, deteniéndome cuando me llega a las pantorrillas. Está más fría de lo que esperaba y mis pies se sienten como si estuvieran en arenas movedizas. Una metáfora de mi vida ahora mismo. Inclino la cara hacia el cielo, disfrutando del sol mientras golpea mis mejillas. En este momento, estoy aquí y soy libre. Solo necesito asegurarme de que siga así.

Las otras muertes fueron principalmente autopreservación, aunque había otras quejas en la mezcla. Darren tenía que ser silenciado porque sabía lo de Lou. Helen tenía que ser silenciada porque sabía lo de Lou y Darren, y Sally, porque sabía lo de mi madre. Al principio, pensé que podía confiar en estas personas: Sally, luego Darren, luego Helen. Pero rápidamente me di cuenta de que estaban decididos a arruinarme.

Stephen es diferente. Tengo la sensación de que puedo contarle la verdad y mis razones para cada muerte. Hay muchas posibilidades de que lo entienda. Me abrazará, me dirá que el pasado es el pasado y que podemos dejarlo todo atrás.

Pero debo ser realista. Existe la posibilidad de que la verdad sea demasiado para él y que él también decida traicionarme, igual que todos los demás. Odiaría verme acorralada en una situación en la que tuviera que silenciarle a él. No estoy segura de que pudiera hacerlo.

Mis pies se han acostumbrado al frío del agua. Ojalá pudiera quedarme aquí, entre las risas lejanas y las voces felices. Quizás

algún día pueda unirme a ellas. Me giro para mirar hacia la ciudad.

Probablemente debería volver al apartamento. Estar fuera demasiado tiempo es tentar a la suerte. Habrá gente nueva llegando desde Inglaterra varias veces al día. Es mucho menos probable que me reconozcan ahora que me he cambiado el pelo tan drásticamente, pero la vida me ha enseñado a estar siempre alerta. La autopreservación es lo más importante.

Así que es hora de volver a mi confinamiento solitario autoimpuesto. Saldré otra vez mañana. Quizás para entonces Stephen me haya enviado un mensaje diciéndome que está en camino.

16

ENTONCES - CHARLIE

Observé cómo el coche de policía llegaba al final de la calle y doblaba la esquina. Papá y yo permanecimos inmóviles unos minutos, él con su brazo todavía alrededor de mí. Ambos, clavados al suelo por la conmoción. Finalmente me apoyé en él y lloré como si nunca fuera a parar.

Perder a mamá ya era horrible de por sí. Que se llevaran a Donna así, detenida por la policía, lo hacía diez veces más difícil de soportar. Incluso cien veces. Donna había sido una presencia constante durante toda mi vida. Incluso estuvo presente cuando nací. No había forma de que ella hubiera matado a mamá. Sin embargo, se la habían llevado por algo. Papá dijo que no podían haberla detenido sin pruebas.

Mamá era guapa y divertida, pero Donna era más guapa y más divertida. Yo adoraba el suelo que pisaba. Cuando mamá decía no, Donna decía sí, aunque tuviera que ser un secreto entre nosotras. Cuando algo parecía imposible, Donna siempre encontraba una solución. Cuando creciera, yo quería ser justo como ella. Divertida, animada y aventurera.

Mamá era un poco aburrida a veces, siempre hablando de la necesidad de trabajar más duro para pagar todas las facturas o de

dormir las horas adecuadas. Pero Donna estaba encantada de dejarse llevar de compras por un capricho o con una tarjeta de crédito. Con total despreocupación me echaba algún refresco con alcohol en el vaso cuando debería estar bebiendo limonada.

Estaba convencida de que, en poco tiempo, Donna aparecería en nuestra casa y la policía estaría disculpándose profusamente. Mientras esperaba en mi sitio habitual, el asiento de la ventana, la culpa seguía atormentándome.

La abuela me ha consolado y aliviado mis sentimientos de culpa varias veces, pero a menudo me he sentido fatal por no haber escuchado lo que estaba pasando mientras mamá luchaba por mantenerse con vida.

Papá me contó que había moratones y marcas por todas las palmas y muñecas de mamá, cuando intentó protegerse de los martillazos. Agradezco no haber visto nunca su cuerpo en el jardín, me libré de eso. Nadie me dijo nunca lo malo que fue, pero debió de ser realmente horrible.

Cuando regresé a casa desde la de la abuela por primera vez, me fijé en la hidrolimpiadora en el coche de Donna, y nuestro jardín estaba empapado de lado a lado y de esquina a esquina.

No había manera de que Donna hubiera matado a nadie de forma tan violenta. No había manera de que hubiera matado a nadie y punto.

Pensé que estaba oyendo cosas cuando papá dijo que la habían acusado.

Tuvo que decírmelo dos veces.

~

En los días siguientes, intentó mantener las cosas normales mientras esperábamos averiguar qué ocurriría después. Intentamos ver la tele, pero yo interrumpía constantemente con pregunta tras pregunta. Fuimos al supermercado, pero cada vez que veía a una chica con su madre, rompía a llorar. Evitaba el jardín como la peste,

hasta que me convenció para salir allí con una lata de refresco y una revista. Intenté concentrarme en leerla, de verdad que sí, pero cuanto más tiempo estaba sentada allí, más creía oír los gritos de mi madre. Ella habría estado pensando en mí en sus últimos y agónicos momentos, lo sé.

Le pedimos a la policía si podíamos ser nosotros quienes le diéramos la noticia a la abuela de que Donna había sido acusada, cuando llegara el momento adecuado. Ella habría querido quedarse en la cama para siempre si hubiera sabido en aquellos primeros días que mamá había muerto a manos de su mejor amiga.

17

AHORA - CHARLIE

—Todos en pie.

Mis ojos se encuentran con los de Donna al otro lado de la sala. Sé que solo es cuestión de tiempo hasta que nos convirtamos en los dos mosqueteros, estoy segura. Pero el pensamiento hace que me duela la ausencia de mi madre. Ha sido horrible tener que revivir toda la muerte de mamá mientras las dos partes han repasado los detalles.

Desvío la mirada hacia el techo de cristales de colores. Si estás observando todo esto, mamá, por favor, haz que dejen libre a Donna. Después descubriremos quién te hizo esto realmente.

—¿Donna quedará en libertad inmediatamente?

Alguien en la parte delantera de la sala me mira con el ceño fruncido y la abuela me da un codazo como diciendo calla.

La abuela me ha sorprendido doblemente: primero por decidir venir, y segundo porque, sin protestar, me ha permitido estar aquí también. Me ha hecho prometer que volveré a sumergirme en los repasos cuando todo esto termine. Lo haré, aunque ya no tenga padres que se sientan orgullosos de mí. Pero tanto Joel como Jess van a seguir en bachillerato y quiero estar con ellos.

Joel se ofreció a venir a la apelación para apoyarme, pero no creí que fuera la mejor manera de que conociera a la abuela por primera

vez. Creo que pospondré eso un tiempo más.

—Allá vamos —dice Jenna en voz baja mientras un hombre con un atuendo extraño nos indica que nos sentemos. Todos menos Donna, claro, y el guardia al que está esposada. Seguro que está literalmente muerta de miedo ahí delante.

Georgia y su hermano Brad están sentados tres asientos detrás de nosotros. A ambos acaban de permitirles entrar después de haber prestado declaración.

Después del testimonio de Brad, es imposible que envíen a Donna de vuelta a prisión. En cambio, probablemente será él quien acabe en uno de esos furgones penitenciarios. Junto con los otros dos hombres que hicieron declaraciones similares. Nos han dicho que probablemente les pagó para que mintieran, aunque él no lo ha admitido.

Si no fuera porque se lo contó a Georgia, y ella se presentó ante la policía, Donna habría estado atrapada en prisión durante los próximos veinte años, o el tiempo que le hubieran impuesto.

Brad tenía todo grabado en la cámara de su salpicadero desde el principio. Imágenes que mostraban a Donna saliendo de su casa, justo después de que Scott la llamara en pánico para decirle que había encontrado a mamá en nuestro jardín. Mostraba a otra persona entrando primero en su patio y luego en su casa, solo minutos después.

Llevaba la ropa que más tarde se encontró plantada en casa de Donna, y luego salió después de doce minutos, vistiendo algo completamente diferente.

El detective que está hoy aquí ha prometido que alguien vendrá mañana para mostrarme las imágenes del vídeo. La policía quiere ver si reconozco a la persona.

Scott ha estado aquí en la sala durante todo el tiempo, pero sin falta, en cada receso, como lo llaman, escapa hacia la puerta antes que nadie y siempre es el último en escabullirse, como dice la abuela, de regreso a la sala. Ha logrado evitar hablar con cualquiera de nosotros hasta ahora. No es que yo tenga mucho que decirle.

Quizás esté esperando a ver si Donna queda libre para poder continuar con lo que sea que iniciaron. Pero yo realmente tendría algo que decir sobre eso. Sé que él no fue responsable de la muerte de mamá, pero a cierto nivel, no puedo evitar culparlo. Me vendría bien volver a ver a mi orientadora en el colegio después de esto, tanto si liberan a Donna como si no.

Tenía la gran esperanza de que papá hubiera oído hablar de la apelación en las noticias y se hubiera presentado aquí. Aunque solo fuera para descubrir la verdad sobre lo que pasó. Después de todo, una vez amó a mamá, estuvieron casados y me tuvieron a mí. También se preocupaba por Donna, por muy malo que fuera que tuvieran una aventura. Esperaba que también se preocupara lo suficiente por mí. Pero tengo que aceptar que probablemente nunca lo ha hecho y nunca lo hará. Al menos mamá me quería con locura, como siempre dice la abuela.

El juez al frente se aclara la garganta. Esto es.

—Ahora he tenido la oportunidad de examinar las nuevas pruebas recientemente presentadas por la defensa en este caso, donde parece que la acusada —hace un gesto hacia Donna— ha sido víctima de un extenso error judicial. —Se inclina hacia delante para hablar con una mujer sentada en un banco con un letrero que dice Letrados.

La pausa es enloquecedora. Miro hacia los hombres y mujeres amontonados en el área con un cartel que dice Prensa, justo a nuestra derecha. Todos ellos tienen un bolígrafo preparado o los dedos suspendidos sobre un teclado. Pero nadie estará tan ansioso como yo por ver a Donna en libertad. Excepto la propia Donna, por supuesto. Sin importar lo que haya hecho con papá o con Scott. Se ve incluso más delgada que la semana pasada cuando la vi en prisión. Era la primera vez que la veía en dieciocho meses, y casi no la reconocí.

—Cuando Donna Meers fue inicialmente condenada a cadena perpetua —continúa el juez—, no tuvimos acceso al testimonio y las pruebas que Bradley Harris ha presentado hoy.

Mira más allá de mí, hacia él ahora. No me gustaría estar en su lugar por mentir.

—No. El señor Harris, en cambio, llevó al tribunal a creer que la acusada era vengativa, rencorosa y completamente capaz de cometer tal atrocidad contra su mejor amiga, Louisa Rhodes. Por qué no pudo ser honesto y transparente en el momento de la investigación original es un asunto que otro tribunal deberá decidir. Ya se están haciendo preparativos para que el señor Harris sea juzgado por obstrucción a la justicia en una audiencia separada.

Me encantaría girarme y ver la expresión de su cara, pero mejor no lo hago. Por lo que he oído sobre él, nunca querría tenerle en mi contra. Bradley Harris, o Ash, como Mamá y Donna le llamaban, tampoco conoció a Liz. Si alguna vez llegaran a encontrarse cara a cara, podría ser interesante.

—Si este asunto no hubiera sido puesto en conocimiento de la policía por la hermana del señor Harris, la conclusión de esta trágica situación podría haber permanecido como se decidió hace dieciocho meses.

Donna todavía parece aterrorizada, pero incluso a la distancia a la que estamos, veo esperanza en su rostro. Como debe ser.

—Acepto plenamente que el señor Harris ha hablado con la verdad, finalmente, y recomendaré que se encuentre cierta indulgencia en ese aspecto. No obstante, la falsificación de los acontecimientos que rodearon la muerte de Louisa Rhodes ha llevado a encarcelar a una

mujer inocente, mientras que la persona que es responsable, sigue en libertad.

El juez ladra la palabra es tan fuerte que toda la sala parece dar un respingo. Sé que yo lo hago. Habla de la misma manera que nuestro director cuando regaña a alguien en la asamblea. La forma en que mira por encima de sus gafas es como si esperara que el verdadero asesino surgiera repentinamente de una de las salas de los testigos.

En el último receso, la mujer de apoyo a las víctimas le dijo a la Abuela y a mí que la policía ha reabierto el caso de Mamá, y que Liz será interrogada de nuevo, junto con lo que ya quieren imputarle. También dijo que quieren hablar con Papá otra vez. Quizás tengan éxito donde yo he fracasado en encontrarle.

Definitivamente se ha encendido un destello de esperanza dentro de mí en este frente. Por supuesto que lo encontrarán. Son la policía. Es solo cuestión de tiempo antes de que encuentren a Liz también.

—Bradley Harris —el juez sigue mirándole fijamente—. Llevó tanto a la policía como a los tribunales a creer que, la noche en cuestión, había visto a Donna Meers entrar y salir del jardín de Louisa Rhodes en el momento de su asesinato. Habló de oír lo que podría haber sido una discusión, y a una mujer gritando.

Parece mirarme ahora a mí. Alguien debe de haberle hecho saber que soy la hija de Mamá. Probablemente se sienta fatal por mencionar sus gritos delante de mí. Pero si esto consigue sacar a Donna de aquí y que la policía vuelva a buscar a Liz como la verdadera sospechosa, puedo soportar cualquier cosa.

—El señor Harris adornó aún más su historia, informando incluso de los supuestos motivos de Donna Meers para asesinar a su mejor amiga, alegando que estaba impulsada por la avaricia económica y la rivalidad rencorosa. Esto, combinado con las pruebas forenses

descubiertas en la antigua casa de Donna Meers, nos ha llevado a donde estamos hoy.

Sin los tres primeros testimonios que se presentaron, el más detallado por el señor Harris, la Policía y el Ministerio Público se habrían visto obligados a examinar sus pruebas de CCTV y forenses aún más minuciosamente, las cuales por sí solas podrían no haber sido suficientes para justificar una acusación, y menos aún una condena. En cambio, lo que tenemos es a una mujer que ha cumplido casi dieciocho meses por un delito que no cometió.

Mira a Donna ahora. Dilo. Dilo. Dilo.

—Por lo tanto, Donna Meers, en nombre de la corona, pido sin reservas disculpas por los fallos que la han llevado a la situación que se ha visto obligada a soportar, y por el tiempo que ha llevado, no solo que saliera a la luz la verdad, sino que su caso fuera incluido para apelación y presentado ante mí hoy.

Oigo la palabra indemnización surgir desde la tribuna de prensa. Georgia le dice algo a Brad que no logro entender. La Abuela está rígida en su asiento junto a mí. Sabe que juzgó mal a Donna y si la conozco bien, probablemente se esté preguntando cómo manejar la situación. Tan equivocada. Hasta este momento, como la mayoría de la gente, había sentenciado a Donna por lo que pensaba que le había hecho a Mamá.

Sin embargo, para mí, solo en los primeros momentos cuando se llevaron a Donna de nuestra casa fue cuando realmente creí que podría ser culpable.

A medida que pasaba el tiempo, comencé a dudar cada vez más. Este sentimiento se hizo más fuerte después de hablar con papá, y él estuvo de acuerdo conmigo. Lo había apartado de mi mente por un tiempo, después de todo, realmente no había nada que pudiera hacer. Hasta que la visité en prisión, entonces lo supe con certeza.

—Ahora pronunciaré mi veredicto para esta apelación. Que en nombre de la Corona, puedo confirmar que su condena queda anulada. Es libre de marcharse —cierra su carpeta—. Se levanta la sesión.

Todo queda en silencio por un momento, excepto por un tintineo de llaves y un chasquido metálico cuando el guardia desbloquea las esposas de Donna. Ella mira al juez mientras él se dirige hacia la salida detrás de su mesa. —¿Adónde voy?

El guardia le dice algo. Ella lo sigue bajando unas escaleras y hacia nosotros, sonriendo como solía hacerlo cuando tenía un nuevo novio. Me giro para mirar detrás de mí. Sería interesante ver la reacción de Scott ante su liberación. O si intentará hablar con ella. No. Está corriendo hacia la salida. Cobarde sin agallas. No sé por qué vino aquí si no va a molestarse en hablar con nadie. Algún día espero tener la oportunidad de decirle lo que realmente pienso de él.

—Te dije que iba a salir, ¿no? —Donna se abalanza sobre mí y me hace girar—. Gracias por creer en mí, Charlie. Eres de las pocas personas que lo hicieron.

Creo que este comentario va dirigido en parte a la abuela, que está de pie a mi lado sin decir nada. El brazo de Donna permanece alrededor de mí y puedo sentir lo delgada que se ha puesto.

—Y gracias a ti también, Georgia —Me giro para seguir la mirada de Donna y veo a Georgia bajando las escaleras hacia nosotros—. No tengo ni idea de cómo lograste persuadir a tu hermano para que finalmente hiciera lo correcto, pero te lo agradezco —Dice la palabra hermano con los dientes apretados. No me sorprende. Por lo que dijo el juez, sin él y las declaraciones de sus secuaces, no habría habido caso.

Georgia mira a su alrededor, como para asegurarse de que su hermano no está al alcance del oído. —Si Brad hubiera querido mantener en secreto lo que sabía, yo soy la última persona en la que debería haber confiado —Sacude la cabeza—. Aunque tengo que decir que creo que es la primera vez que le he visto tener un ataque

de conciencia. Todavía estoy sorprendida de que me lo confesara. Tal vez sentía más por ti de lo que aparentaba, Donna.

Parece sonrojarse. —¿Entonces dónde está ahora? —También mira alrededor.

Seguramente no quiere hablar con él. Según mamá, él la engañó, le fue infiel, miró mientras la golpeaban, y una vez incluso la golpeó él mismo. Y eso fue antes de que mintiera y, por lo que parece, hiciera que otros también mintieran para que la enviaran a prisión.

—Está con su abogado —responde Georgia—. Creo que podría estar allí un buen rato.

Hablar con Georgia me recuerda a mamá. Las veces que trabajaron juntas en nuestra mesa de la cocina. O cuando todavía estaba en primaria. Iba al aula de mamá al final del día para esperarla. Georgia siempre me daba algo de la lata de golosinas. Una parte de mí quiere preguntar por el profesor que ha reemplazado a mamá, pero sería como quitar la costra de una herida y exprimir la sangre.

—Probablemente esté contemplando otra sentencia en prisión, o al menos una sentencia suspendida cuando vuelva al tribunal —continúa—. Por lo que le han dicho.

No puedo creer que, con casi dieciséis años, ahora sepa lo que significan todas estas cosas. Sentencia en prisión. Sentencia suspendida.

—¿Scott se ha ido? —No puedo creer que Donna esté preguntando esto. Especialmente delante de la abuela, que ya ha dicho que nunca perdonará a Donna por traicionar a mamá como lo hizo. Ahora no es el momento de dejar entrever que conozco toda la historia. Pero encontraré el momento adecuado.

La pregunta de Donna queda flotando entre todas nosotras. Me muevo incómodamente de un pie a otro, preguntándome si Georgia o la abuela hablarán, o si estarán pensando lo mismo que yo. Ahora no es el momento.

—Venga, vamos —Me coge del brazo y me tira hacia la salida—. Hay una copa de vino muy grande por ahí con mi nombre. ¿Quién

invita? —Se gira para mirar directamente a la abuela, que todavía no ha hablado con ella.

18

ENTONCES - CHARLIE

Había querido ir al juicio la primera vez.

—No, cariño. Eres demasiado joven para ir —papá ni siquiera quiso discutirlo, por mucho que le rogué y supliqué.

—Tengo catorce años —le solté—. ¿No soy lo bastante mayor para decidir por mí misma lo que puedo soportar oír? Tengo derecho a ir.

—¿Puedes cerrar el pico de una vez? —Liz golpeó una sartén contra la cocina—. Tu voz me taladra la cabeza.

—Basta —papá nos miró a mí y a ella—. Liz, dale un respiro, por el amor de Dios —volvió a mirarme y señaló hacia la puerta—. Charlie, ve a prepararte para el colegio.

Me quedé clavada en el sitio. Realmente no podía acostumbrarme a que papá me dijera lo que tenía que hacer.

—¡Ahora!

—En serio, no puedo creer que me obligues a ir al colegio. Precisamente hoy —Jess y las demás no dejarían de darme la lata. Todo el día estarían preguntando, ¿has sabido algo? ¿Qué está pasando?

—Pues no te vas a quedar aquí sola todo el día.

Que Liz metiera baza me enfureció aún más. —Es mi casa, no la tuya —le grité—. Mi madre la que murió, no la tuya. Tengo un millón

de veces más derecho a estar en el juicio de Donna que tú.

—¿Vas a permitir que me hable así? —Liz fulminó a papá con la mirada—. No sé quién se cree que es.

Salí de la habitación dando pisotones y me fui de casa. Si hubiera permanecido allí un poco más, habría sido capaz de estamparle esa sartén en la cabeza a esa bruja malvada. La odiaba.

De ninguna manera iba a ir al colegio. En su lugar, entré en casa de la abuela y pasé el día llorando sobre viejas fotografías, mientras actualizaba las noticias locales.

Le envié un mensaje a la abuela. Ella podría informarme de lo que había pasado con Donna, mucho antes que las noticias.

Aunque había dicho que esta era una de las raras ocasiones en las que realmente estaba de acuerdo con papá: que yo era demasiado joven para estar en el juzgado.

Por favor, házmelo saber cuando ocurra. x

Por supuesto que lo haré, cariño. Inmediatamente. Con suerte el colegio te distraerá y tus amigos cuidarán bien de ti. xxx

La hora de salida del colegio llegó y pasó. Jess no dejaba de enviarme mensajes.

¿¿¿Dónde estás??? x

¿¿¿Tu padre ha cambiado de opinión y te ha dejado ir??? x

¿¿¿¿¿Los profesores preguntan dónde estás????? x

¿¿¿Todo el mundo está preguntando dónde estás??? x

¡¡¡Sácame de mi miseria, porfaaaa!!! x

Charlie. Ya es por la tarde. ¿Por qué no has contestado? x

¿Por qué me ignoras? Estoy preocupada por ti. x

¡CHARLIE!

Si hubiera sabido que estaba aquí sola, ella misma habría faltado al colegio y se habría presentado. Pero no podía enfrentarme a nadie. Ni siquiera a Jess. Ya lo entendería. Si no me dejaban ir al juicio, simplemente quería estar sola. No sabía cómo reaccionaría cuando escuchara el veredicto.

Estaba dividida entre querer que Donna se pudriera en una celda por lo que decían que le había hecho a mamá, y ser incapaz de creer

nada de eso. En esos últimos momentos, echaba de menos a Donna casi tanto como a mamá.

Ya había pasado por mucho más que la mayoría de mis amigas. Vale, el padre de Jess murió cuando ella tenía nueve años, pero fue por una enfermedad, no por ser golpeado hasta la muerte con un martillo. Debería haber podido ir al juicio. Para poder escuchar las pruebas por mí misma. No era justo. Todos estaban allí menos yo. Y era mi madre.

Me enteré de que Donna era culpable de matar a mamá por las noticias en línea. Solo vi las palabras culpable y condenada a cadena perpetua. Entonces me derrumbé.

La abuela se sorprendió al encontrarme en su casa cuando regresó, y se sorprendió aún más al descubrir que ya se había informado en las noticias. Ella había planeado comunicarme el veredicto en persona. Antes de que entrara, había logrado convencerme de que los informes de noticias podrían estar equivocados. Hasta que también lo escuché de ella. No estoy orgullosa de cómo me comporté después. Le grité, di portazos y rompí un vaso en el fregadero.

Finalmente la escuché por teléfono, diciéndole a papá que tenía que venir. Que yo no estaba afrontándolo bien. Y que ella no podía lidiar conmigo.

19

AHORA - CHARLIE

—No necesitas que ella siga viniendo a visitar —. Para cuando he llegado a lo alto de las escaleras, Donna ya le ha cerrado la puerta a Jenna—. Me tienes a mí para cuidarte ahora —. Debe percibir que estoy a punto de ir tras ella, porque bloquea mi camino.

—Jenna ha sido amable conmigo —. Suspirando, sigo a Donna hasta la sala—. Y sabe exactamente por lo que estoy pasando.

Donna se deja caer como una piedra en el asiento de la ventana. —¿Y yo no? ¿Es eso lo que estás diciendo? —Hace un puchero de forma similar a como solía hacerlo cuando quería algo de mamá. Desde que volvimos del juzgado, a veces siento que finge que yo soy mamá ahora. Ayer, lo atribuí a que había bebido tres copas de vino. Pero incluso hoy, es diferente a como era antes; me habla como si tuviese su misma edad y se aferra a mí de una manera que me incomoda. Incluso cuando Jess rompió con su novio, no era tan necesitada como esta. No dejo de decirme a mí misma que Donna se calmará. Más le vale, o no sé qué voy a hacer.

—Jenna y yo perdimos a personas que eran familiares de sangre.

Se siente tan extraño que Donna esté de vuelta en esta casa. Ya es bastante raro para mí estar de vuelta aquí. Me alegra un poco no estar sola, pero me siento asfixiada. No sé qué es peor, las reglas y la preocupación de la abuela, o el apego excesivo de Donna.

Su puchero se convierte en un ceño fruncido. —Pues muchas gracias, Charlie. Yo, tú y tu madre éramos como de la misma sangre. Sabes que te considero mi familia. Mi única familia.

—¿Y qué hay de tu madre? —Por la expresión de su cara, puedo decir que es la pregunta equivocada en cuanto la he formulado.

—No es que se preocupara mucho por mí antes, pero no he oído ni una palabra de esa mujer desde que fui condenada. Obviamente creía que era culpable. Quizás salga arrastrándose como un gusano si ya se ha enterado de las noticias. Especialmente si se entera de la indemnización que voy a recibir.

Quiero decirle a Donna que no sabe la suerte que tiene de tener una madre que sigue viva, y que debería intentarlo de nuevo con ella, pero sin duda eso la molestaría aún más.

Me siento en el borde del sofá, frente a ella. Es un sofá que no tiene nada que ver conmigo. Desearía saber dónde están nuestras cosas. Tal vez estén guardadas en algún sitio, aunque no me extrañaría que Liz se hubiera deshecho de todo. Creo que papá podría decirme dónde están, si es que vuelvo a saber de él.

—¿De verdad no has sabido absolutamente nada de mi padre mientras estabas en prisión?

—Ni una palabra —niega con la cabeza—. Como ya te he dicho. Fue como si tú y él os hubierais desentendido de mí para siempre, hasta que apareciste en la sala de visitas la semana pasada —. Se gira en el asiento y mira por la ventana, de manera similar a como yo solía hacer cuando esperaba a que él viniera a recogerme. Un raro silencio se instala entre nosotras. Digo raro porque Donna no deja de hablar durante mucho tiempo. Y desde que ha sido liberada, es como si estuviera tratando de recuperar el tiempo perdido.

—Debería ir tras Jenna —miro por la ventana—. Quizás haya oído algo de la policía.

—He estado injustamente encerrada durante un año y medio — Donna sorbe por la nariz mientras cruza los brazos—. ¿No podemos simplemente pasar un tiempo juntas, a solas?

Debe haber usado las palabras injustamente encerrada y un año y medio un millón de veces desde que salimos de la sala del

tribunal. La abuela me advirtió que no volviera corriendo aquí para vivir con Donna. Realmente espero que no tenga razón.

—Supongo. Pero necesito llamar a Joel primero. No he hablado con él desde antes de tu audiencia —me levanto del sofá para coger mi teléfono de la repisa de la chimenea.

—¡Oooh, Joel! —su rostro se ilumina—. Tendré que conocer a este joven tuyo. Asegurarme de que es lo suficientemente bueno para ti.

Inmediatamente me arrepiento de habérselo contado, aunque disfruto hablando de él. Incluso la abuela no sabe todavía que tengo novio. Sin embargo, cuando visitaba a Donna en prisión, nos costaba encontrar algo de qué hablar hacia la segunda mitad de la visita. Era como visitar a alguien en el hospital que no sabe lo que está pasando en el mundo exterior, así que no tienen mucho que decir. Contarle a Donna sobre Joel llenó al menos cinco minutos.

Se levanta y se mira en el espejo sobre la repisa. —No voy a conocer a nadie hasta que haya arreglado este pelo mío y haya ido a comprar ropa nueva —. Tira de su pelo, luego se vuelve hacia mí—. ¿Has visto el estado en el que estoy?

—¿Por qué necesitarías arreglarte el pelo y comprar ropa nueva para conocer a mi novio? —Pienso en Scott, y luego pienso en papá. Seguramente no iría a... Donna tiene el doble de la edad de Joel, así que estoy segura de que no tengo nada de qué preocuparme. Pero siempre ha parecido mucho más joven de lo que realmente es, y sin importar cuánto peso haya perdido y lo mal que diga que su pelo necesita mechas, sigue siendo muy guapa.

—No te preocupes. Prometo que me portaré lo mejor posible — abre mucho los ojos, como retándome a desafiarla más.

Sí, claro, me contengo de responder. Eso es lo que esperaba mamá, y mira lo que pasó. Todavía no sé el qué, dónde y cómo de lo que ocurrió entre Donna y Scott. Ahora que ella está realmente aquí, creo que ya no quiero saberlo. Estoy bastante segura de que ella tampoco querrá hablar de ello.

Todavía me desconcierta por qué Scott estaba allí ayer. Y por qué no pudo marcharse lo suficientemente rápido. Me encantaría poder preguntarle por qué se molestó en venir.

—¿Te apetece venir de compras conmigo? —luego sin esperar una respuesta—: Si no te importa, tendré que pedirte algo de dinero prestado. No debería ser por mucho tiempo. Después de todo, voy a estar forrada cuando llegue todo ese dinero de la indemnización.

Por suerte, me salva el timbre de la puerta.

—Si es esa Jenna otra vez, no la invites a entrar —me grita Donna mientras me alejo, como si fuera su casa—. Ya es bastante difícil adaptarse a estar fuera de ese lugar.

Me dirijo a la puerta, maldiciendo en voz baja. Espero que se calme. No puedo soportar todo esto. Es demasiado.

Pero no es Jenna.

—¿Charlotte Rhodes?

Asiento.

—Soy la inspectora Layburn. ¿Te importa si paso?

—¿La han encontrado? A Liz, quiero decir.

Niega con la cabeza. —No estoy involucrada en esa parte de la investigación, pero puedo asegurarte que todo está bajo control.

—¿Lo está de verdad?

Seguramente la habrían encontrado ya si todo estuviera bajo control. En cualquier caso, Liz podría volver en cualquier momento. Voy a luchar con uñas y dientes para no dejarla entrar, pero tendré que salir de aquí en algún momento. Han cambiado todas las cerraduras, pero aun así podría entrar por la fuerza. Incluso podría forzar su entrada mientras estoy aquí, aunque al menos ahora tengo a Donna para ayudarme a protegerme. Según mamá, tiene un carácter de mil demonios, y una vez la salvó de un montón de matones cuando tenía dieciséis años. Pero no está a la altura de Liz. Como si la hubiera invocado, Donna corre del salón a la puerta más rápido que una rata por una tubería.

—Estoy a cargo de la investigación sobre las imágenes de la cámara del salpicadero obtenidas del vehículo de Bradley Harris —la inspectora Layburn da unos golpecitos a su carpeta—. Tengo las capturas de vídeo que mi colega prometió que os mostraríamos.

—Ah, vale —mantengo la puerta más abierta. Ambas esperamos a que Donna se aparte para que pueda entrar.

La inspectora Layburn me sigue hasta la cocina y abre su carpeta sobre la mesa. Donna entra detrás de nosotras, arrastrando los pies por las baldosas con las zapatillas de mamá que ha encontrado en el cajón del diván.

La mayoría de las cosas de mamá o han desaparecido o han sido metidas en algún sitio. Me hierve la sangre cada vez que pienso en ello. Lo que ocurrió con las cosas de mamá tendría que haber sido decisión mía y de la abuela. De nadie más.

—¿Puedo? —la inspectora Layburn señala la silla.

Asiento y ella se sienta.

—¿Sabes qué está pasando con Bradley Harris? —pregunta Donna mientras se sienta frente a ella.

—Sigue bajo custodia, por lo que sé —la voz de la inspectora Layburn se eleva, como si le sorprendiera la pregunta.

—¿Es probable que lo dejen salir? —pregunta Donna. Como si le importara. Él es el principal motivo por el que ella estaba en prisión. Como dijo el juez, si no fuera por él...

—Realmente no puedo decirlo en esta fase. Pero obviamente, os mantendremos informadas —su expresión se suaviza mientras continúa hablando con Donna—. En fin... ¿te estás reintegrando a la realidad sin demasiados problemas?

Donna mira por la puerta del patio, como perdida en sus pensamientos, y luego vuelve a girarse.

—Sí, pero no gracias a vosotros —su voz es pequeña y herida—. Os dije tantas veces que no fui yo. Jamás le habría hecho daño a Lou.

—Todo lo que podemos hacer es seguir nuestros procedimientos —responde la inspectora Layburn—. Que es lo que habremos hecho en su momento. Pero si sirve de consuelo, me aseguraré personalmente de que atrapemos al responsable.

—Eso es lo que nos dijeron al principio. Hace diecinueve meses. —Mi tono de voz me sorprende hasta a mí. La abuela me mataría por hablarle así a una agente de policía. A una inspectora detective, nada menos. Pero tengo razón en lo que estoy diciendo. La policía y los tribunales han arruinado la vida de Donna; mientras tanto, quien

mató a mi madre, ya sea Liz o algún maníaco desconocido, sigue por ahí suelto, libre para hacérselo a alguien más. Quizás incluso a mí.

—Me va a llevar mucho tiempo recuperarme de todo esto —continúa Donna mientras se levanta de su silla y se dirige al fregadero—. La indemnización no puede devolverte el tiempo perdido, ¿verdad? Y habrá quienes digan que cuando el río suena, agua lleva. Gente como mi madre —añade en voz más baja.

Típico de Donna. La inspectora Layburn está aquí para mostrarme unas fotos de la noche de la muerte de mi madre, pero como siempre, tiene que hacerlo todo sobre ella. Realmente no estoy segura de que vaya a funcionar, solo ella y yo viviendo aquí.

Cuando era pequeña, era increíblemente divertida y a menudo me ayudaba a salirme con la mía con mamá. Pero ahora he crecido y puedo ver lo mal que Donna la traicionó. Una vez ya fue bastante malo... ¿pero dos? También estoy empezando a tener una sensación más fuerte sobre cuánto la acaparaba. No puedo dejar que me haga lo mismo. No lo permitiré.

—Bien, echemos un vistazo a estas fotos —la inspectora Layburn extiende tres fotografías sobre la mesa.

Donna vuelve a cruzar la cocina más rápido que un tren expreso, y las estudia antes de que yo pueda hacerlo. Me abro paso con los codos. —Déjame hacer esta única cosa por mi madre —le digo—. Quiero verlas yo primero.

Haciendo pucheros de nuevo, se aparta. —Bueno, perdóname por respirar.

—Son bastante claras —la inspectora Layburn se inclina sobre mi hombro—. Lo suficientemente claras como para ser admitidas en un juicio. Charlotte —continúa—. ¿Reconoces a esta persona?

20

ENTONCES - CHARLIE

Había sido uno de los peores días de mi vida. Perder a mamá fue el peor día jamás, por supuesto. Cambiaría todos mis días malos por tenerla de vuelta. Aunque fuera solo por una hora.

Lo que hizo que el día fuera tan horrible fue que Liz se mudó a nuestra casa. Liz. No podía creer que papá me hubiera hecho esto. A nosotros. Soltó un montón de tonterías que obviamente no sentía, como preguntarme qué opinaba sobre que ella se mudara, intentando aparentar que yo formaba parte del proceso de decisión. Le dije que preferiría sacarme los ojos con pinchos de barbacoa antes que vivir con ella, pero aun así apareció con un coche lleno de cajas y bolsas.

—Sé que nos costará acostumbrarnos —dijo después de haber metido lo último de sus cosas—. A todos nosotros. Pero sé que podemos hacer que funcione. Otras familias reconstituidas lo consiguen, y nosotros también. Tenemos un lugar precioso para vivir aquí, y podemos convertirnos en una familia feliz.

—Ya éramos una familia —hablé en voz baja—. Solo tú y yo.

Liz debió de oírme murmurar. Porque en cuanto papá estuvo fuera del alcance de oído, me apartó a un lado. Literalmente. Tuve

que retorcerme para liberarme de la mano con la que me agarraba el brazo.

—Espero que me muestres algo de respeto, jovencita —su boca estaba fijada en una línea firme y sus ojos eran duros como guijarros—. Una cosa que necesitas recordar es que estoy casada con tu padre. Lo que significa que, a partir de ahora, es tanto mi casa como la suya.

Nunca dijo tuya.

—Déjame en paz, ¿lo has entendido? —cerré la puerta de golpe y pisoteé cada escalón hasta mi habitación. Luego lloré durante horas. Ni siquiera pude responder al teléfono cuando Jess intentó llamarme.

Perder a mamá ya había sido bastante terrible. Tener a esta mujer, que siempre me había odiado, mudándose a mi casa era una auténtica pesadilla.

Y papá ni siquiera subió a ver si estaba bien.

21

AHORA CHARLIE

He visto a Donna llevar esa ropa con bastante frecuencia. Como solía comentar mamá, ella es la única mujer que puede verse bien con una gorra de béisbol.

Pero también he observado a Liz moverse por la cocina lo suficiente, generalmente con mis ojos perforándola de odio, y diría que conozco su apariencia y forma mejor que la mayoría.

—Es ella —empujo la página de vuelta a través de la mesa—. Sin duda. Es Liz Rhodes. —Parece que ya no está con papá, así que deberían obligarla a cambiarse el apellido a lo que fuera antes.

—¿Estás completamente segura? —La inspectora Layburn levanta una ceja hacia mí—. Esto es realmente importante.

—Al cien por cien. —La miro directamente—. He estado pensando que podría ser ella desde hace tiempo. Desde que me enteré de lo que le pasó a Helen y Sally. Si podría ser capaz de matarlas... —Mi voz se apaga mientras el pensamiento que sigo intentando alejar se abre paso de nuevo—. ¿Y si vuelve? ¿Y si viene a por mí después?

—No permitiremos que...

—Déjame ver —Donna se abre paso de nuevo—. No la conozco tan bien como tú, claro. Solo la he visto en mi primer juicio. Pero aun así quiero ver.

—Ojalá no la conociera en absoluto. Es el mayor error que papá ha cometido jamás. —Donna fue su segundo mayor error, pero este no es el momento de decirlo. Con el tiempo, cuando las cosas se calmen, definitivamente hablaré más con ella sobre por qué hizo lo que hizo a mamá. No voy a dejarla escapar tan fácilmente.

La inspectora Layburn retrocede para dejar pasar a Donna. No es que tenga muchas opciones en este asunto.

—Puedo ver cómo todos pensasteis que era yo. —Se frota el cuello mientras traslada su atención de una imagen a otra. Luego levanta la mirada hacia la inspectora Layburn—. Gracias a Dios que Georgia dio un paso adelante cuando lo hizo, es todo lo que puedo decir. Sé que no le caigo muy bien, pero al menos hizo lo correcto al final. Sin ella, me habría podrido en ese lugar.

—Georgia nos dijo que no podría haber vivido con la verdad en su conciencia —comenta la inspectora Layburn—. Y para responder a tu pregunta, Charlotte, cada puerto y aeropuerto del país tiene la fotografía de Liz. Y sus datos han sido distribuidos a todas las comisarías. No va a acercarse a ti. Toda la zona de por aquí será patrullada las veinticuatro horas del día hasta que la encontremos.

—También es la noticia principal de todos los informativos —añade Donna—. Igual que lo era yo antes. Alguien la reconocerá seguro.

—Dondequiera que esté —continúa la inspectora Layburn—, no va a llegar mucho más lejos.

—¿Qué demonios...? —Salto en respuesta a los golpes en la puerta.

La inspectora Layburn es la primera en reaccionar, y se lanza hacia la puerta de la cocina. Donna y yo corremos tras ella. Si es Liz quien está fuera, al menos tenemos a la policía aquí. Se llevará el susto de su vida cuando un agente de policía abra la puerta.

Es Jenna. No sé si sentirme aliviada o decepcionada.

—Dios mío, gracias a Dios que estáis aquí. —Irrumpe dentro, sosteniendo un libro en alto, con el pánico escrito por toda su cara.

—Adelante, ¿no? —El disgusto rezuma de Donna. No sé por qué tiene que ser así—. ¿Qué te pasa?

—Los hombres de la limpieza acaban de encontrar esto. —Agita el libro más alto en el aire—. En el interior del sofá de Helen. —Sus palabras salen como jadeos—. Cuando lo estaban sacando. No vais a creer lo que ha escrito aquí.

—¿Qué es? —Para mí solo parece un libro rojo polvoriento.

—Es el diario de Helen. Lo siento, necesito sentarme. —Jenna se tambalea hasta las escaleras y se desploma en el tercer escalón—. Hay... —Jenna se tapa la boca con la mano—. Oh Dios, Charlie, no sé... Debería haber pensado en esto primero... No debería... oh no... Lo siento mucho.

—¿Puedo verlo? —La inspectora Layburn extiende la mano hacia el libro—. ¿Dónde debería mirar?

—A partir de ahí. —Jenna abre una página y señala una sección de escritura garabateada antes de entregar el libro.

Hay un momento de silencio mientras la inspectora Layburn comienza a leer. Luego levanta la mirada.

—Charlotte, ¿te importaría si me llevo esto a tu cocina durante unos minutos? Tan pronto como sepa con qué estamos tratando, volveré de inmediato para informarte a ti y a Donna.

Asiento. ¿Qué más puedo decir? Cuando la puerta de la cocina se cierra tras ella, me vuelvo hacia Jenna—. ¿Qué es? Dímelo. ¿Qué dice ahí?

—Sí —interviene Donna, mientras cruza los brazos sobre el pecho —. No puedes irrumpir aquí así, y luego ni siquiera decirnos qué está pasando.

—Dame un momento. —Las lágrimas brillan en los ojos de Jenna. También parece estar intentando calmar su respiración. ¿Qué demonios ha estado escribiendo Helen?

—Charlie. Ven aquí, ¿quieres? —Da una palmadita en el escalón junto a ella.

Me acerco con cautela, buscando en su cara la razón por la que quiere que me siente con ella.

—Bien. Vale, voy a contarte lo que he encontrado. Para ser sincera, lo que he leído probablemente será mejor que te lo diga yo

que una agente de policía a la que apenas conoces.

—¿Qué has encontrado? —A juzgar por cómo está actuando, no van a ser buenas noticias. Pero ya sabemos, con certeza ahora, después de ver esas imágenes, que fue Liz quien asesinó a mamá. ¿Qué más puede ser?

—Sé que nosotras dos no nos conocemos muy bien —Extiende la mano y la posa sobre la mía, que descansa en la rodilla de mis vaqueros—. Pero nos hemos hecho amigas, ¿verdad?

—Vale, ve al grano —espeta Donna.

Jenna retira bruscamente su mano. —Según lo que acabo de leer en el diario de Helen —comienza—, Liz le confesó algo, varias semanas antes de que Helen muriera.

—Si es sobre mamá —me vuelvo hacia ella—, ya lo sabía.

—¿Lo sabías? —la voz de Jenna se eleva.

—Bueno, no con absoluta certeza. Pero llevo tiempo sospechando que fue Liz quien la mató. Por eso está aquí la policía. Nos está mostrando unas fotos de Liz entrando en casa de Donna aquella noche, incriminándola por el asesinato de mamá.

—¿De verdad?

—Las tomaron literalmente minutos después de que mataran a mi madre. —Mi voz es tranquila y serena. A pesar de lo que estoy contando.

—Así que acabas de enterarte de que fue ella? ¿Con certeza?

Asiento. —¿Es esto lo que pone también en el diario? Supongo que es una prueba adicional.

—Sí. Y es evidencia de que Helen también temía por su propia vida. Siempre supe que no habría saltado de ese barco. Lo he dicho todo el tiempo.

—Lo sé. —Ahora me toca a mí buscar su mano—. Pobre Helen.

Pero puedo ver en su cara que Jenna no ha terminado. Me apoyo contra la barandilla y espero a que continúe. Donna salta de un pie a otro, con su habitual aire de impaciencia. Sea lo que sea que Jenna está intentando decir, parece que le cuesta expresarlo.

Finalmente, se vuelve hacia mí otra vez. —Hay algo más, Charlie. —Su voz es suave, pero llena de tristeza.

—¿Qué es?

—Si lo que Helen ha escrito es cierto, y no tengo razones para creer que no lo sea, entonces Liz también es responsable de algo más. —Traga saliva—. Algo realmente, realmente terrible. —Cierra los ojos por un momento, luego me mira de nuevo—. No sé cómo decirte esto, Charlie, pero...

—Dilo ya. —Donna y yo coreamos las palabras juntas.

—Ella... Es... Ella... Liz asesinó a tu padre, Charlie. También le atacó con un martillo y le mató.

La miro fijamente. Al principio creo que estoy oyendo mal. —¿Mi padre? ¿Un martillo? No. Así es como murió mamá. No papá. Él está trabajando fuera. No está muerto. No puede estarlo.

Donna se agacha frente a nosotras, agarrándose a la barandilla. —Qué va. —Pero su rostro ha adquirido un color extraño—. Helen se estaba inventando historias. Siempre fue una rarita. Ella...

—¿Te quieres callar? —la voz de Jenna es tan afilada como un fragmento de vidrio mientras detiene a Donna en seco—. Es de mi hermana de quien estás hablando mal. Además, tenemos que centrarnos en Charlie. —Aprieta mi mano con más fuerza—. Lamento muchísimo ser yo quien te dé esta noticia, pero realmente parece que tu padre también ha sido asesinado por ella.

Aparto mi mano de la suya de un tirón mientras me pongo en pie de un salto, casi derribando a Donna en el proceso. —¡No! ¡No! ¡NO! No puede ser... como he dicho, solo está trabajando fuera.

Donna intenta alcanzarme. Su mano se posa en mi hombro. —Ven aquí, Charlie. Todo va a estar bien. Estoy aquí ahora. Voy a cuidar de ti.

—¿Cómo va a estar bien? ¿De qué estás hablando? —Me zafo de su agarre—. Mi padre ni siquiera está muerto. De ninguna manera. ¿Me oís?

Recorro el pasillo de un lado a otro y luego me acurruco junto a la pared, agarrándome el pelo con los puños. Mi padre no está muerto. Mi padre NO está muerto.

Levanto la mirada. Las dos intercambian miradas. A pesar de su evidente antipatía mutua, parece que han formado una alianza en

esto.

La radio de la policía resuena desde la cocina. Hay un pitido y un crepitar antes de que oigamos el tono grave de la inspectora Layburn. Ninguna de nosotras se mueve durante unos momentos.

—¿Cuándo? ¿Dónde? —Finalmente hablo, pero mi voz es un susurro.

—¿Hay algún sitio al que podáis ir todas? —La inspectora Layburn emerge de repente de la cocina—. Podemos llevaros ahora. Y luego vendrá alguien para hablar con vosotras.

—¿Cómo que adónde? ¿Qué quiere decir? —La miro. Seguramente no me van a pedir que me vaya. ¿Otra vez?

—Charlotte, ¿tienes algún familiar con quien puedas quedarte? Necesitamos ocuparnos urgentemente de algo, después podremos informarte de lo que está pasando. —Sus palabras son rápidas y hay un toque de pánico en ellas.

—Háble me ahora. Por favor. Estoy harta de ser la última en enterarme de todo. No me voy a ninguna parte hasta saber qué está ocurriendo. Y nadie puede obligarme.

—Tiene razón. —Donna se levanta del escalón y se enfrenta a la inspectora Layburn—. Y ahora me tiene a mí para cuidarla. ¿Por qué tendría que ir a otro sitio?

La inspectora Layburn se vuelve hacia Jenna. —¿Dónde está el sofá ahora? No se lo han llevado, ¿verdad? Donde se encontró el diario, quiero decir.

Ella señala hacia la puerta. —Les dije a los hombres que lo dejaran en la entrada. Están esperando en la furgoneta por ahora.

—¿Se han llevado algo más?

—Han cargado un par de cosas. Pero no, todavía no. ¿Debería decirles que...?

—Volveré en unos minutos. —La inspectora Layburn se dirige a la puerta y sale hacia su coche. Donna corre hacia la entrada, y yo corro tras ella. Observo cómo la inspectora Layburn saca algo de su guantera antes de dirigirse hacia la verja de Helen.

—Es cinta de escena del crimen —jadea Donna, girándose para mirarnos—. ¿Qué demonios está pasando? ¿Qué ha hecho Helen? ¿Fue ella quien mató a Lou, con Liz, o algo así?

—Mi hermana no ha hecho nada de eso. —Las lágrimas corren por el rostro de Jenna—. Así que cierra tu asquerosa boca.

—¿Por qué están acordonando tu casa? —Tiro de su brazo—. Por favor, Jenna. Necesito saberlo.

La inspectora Layburn está hablando ahora con los hombres de la furgoneta.

—Liz mató a tu padre, Helen no tuvo nada que ver con eso, con esa parte al menos. —Jenna apenas puede articular las palabras entre sollozos—. Está enterrado allí atrás. —Señala en dirección a su jardín trasero.

Me tambaleo hacia atrás contra la pared. Enterrado allí atrás. Solo el otro día estaba sentada en ese jardín, bebiendo zumo con ella bajo el sol junto al estanque. Siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Pero Helen sabía lo que había hecho Liz, y Liz la obligó a ayudar a enterrarlo. —Las lágrimas gotean ahora desde su barbilla —. Lo siento mucho, Charlie.



Observo desde la ventana de mi habitación. Me he parado aquí tantas veces antes, viendo la vida seguir en los jardines vecinos. Mi vista de lo que está ocurriendo en el jardín de al lado está mayormente oculta por una enorme carpa blanca, pero justo delante de ella, una mini excavadora gira y se mueve como una bailarina al borde del estanque.

¿De verdad podrían estar desenterrando a mi padre? Si me quedo aquí el tiempo suficiente, ¿podré ver cómo lo sacan? ¿Será ya un esqueleto? Todo es demasiado horroroso para asimilarlo.

No puedo seguir mirando. Me aparto de la ventana y me tiro sobre la cama, observando la habitación que una vez fue el centro de mi

vida. Pero ahora siento que me ha masticado y escupido.

Es la única habitación de la casa que no ha sido repintada. Los pegotes de blu-tac y los cuadrados descoloridos en la pared muestran dónde estaban mis pósteres, antes de que esa zorra los arrancara. Y en cualquier momento, la policía probablemente volverá, repitiendo sus instrucciones de que nos marchemos.

—Charlie. —La voz de Jenna hace eco desde el pasillo—. Baja aquí. No deberías estar sola.

Donna ha encontrado unas cervezas en el frigorífico. La sigo hasta donde está sentada con Jenna en el asiento de la ventana. Normalmente no me gusta la cerveza, pero Donna dice que me ayudará a sobrellevar todo esto.

Hago una mueca por el sabor amargo al dar el primer sorbo. El shock se ha transformado en náuseas y mareos. Sigo convencida de que Helen se ha equivocado. Quizás solo lo escribió cuando estaba aburrida o algo así. Tal vez era alguien a quien le gustaba inventar historias. Tenía pinta de serlo. Con suerte, su búsqueda en el jardín no encontrará nada.

Otra furgoneta se detiene frente a nuestra puerta. Esta tiene escrito Servicios Forenses - Investigación de Escenas del Crimen en el lateral. Los vecinos, como siempre, están todos fuera, mirando boquiabiertos desde el otro lado de la calle. Hay un par de agentes caminando entre ellos, señalando, como si intentaran hacerlos volver a sus casas. Esta es una calle de vecinos increíblemente entrometidos. Helen encajaba tan bien por aquí.

—Pensaba que esa policía iba a volver. Dijo que nos informaría de lo que está pasando. —La voz de Donna rompe el silencio.

—Estoy segura de que lo hará pronto —dice Jenna.

—Debería llamar a mi abuela, ¿no?

—Espera hasta que sepamos más. —Jenna me aprieta el brazo—. Puedo estar contigo cuando se lo digas, si necesitas que esté. No estás sola en esto.

—Por supuesto que no lo está —espeta Donna—. Me tiene a mí.

Miro fijamente al cielo. Es donde miro cuando quiero hablar con mamá. Leyeron un poema llamado búscame en los arcoíris en su funeral. Es una de las pocas cosas que recuerdo de aquel día. Aparte de eso, todo fue una neblina total.

Y ahora, parece que también podría estar buscando a papá allí arriba. Ni siquiera tengo dieciséis años y probablemente ya soy huérfana. No es que esté lista para creerlo. No hasta que me vea obligada.

Una vez que diga las palabras en voz alta a la abuela, y le cuente lo que dice en el diario de Helen, será como creerlo.

—Tú no necesitas estar aquí, ¿sabes? —Donna bebe de su botella mientras señala a Jenna—. Soy perfectamente capaz de cuidar de Charlie.

Jenna se ríe, pero es forzado—. Bueno, como puedes ver, han precintado mi casa, ¿y qué está pasando? Oh, sí, han puesto una enorme carpa en mi jardín trasero. ¿Dónde demonios se supone que debo ir?

Donna traga un sorbo de cerveza—. ¿No tenías tu propia casa? Antes de que muriera tu hermana, quiero decir.

Jenna la mira fijamente—. Dios, eres todo corazón. Helen tenía razón sobre ti.

—¿Por qué? ¿Qué dijo?

—Callaos las dos. —Me tapo los oídos con las manos—. Parece que Liz asesinó a ambos mis padres, ¿y vosotras estáis teniendo una estúpida discusión sobre quién debería estar dónde? ¡Callaos!

Todas se quedan en silencio. Miro al suelo durante unos momentos, mis ojos siguiendo el patrón de la alfombra. La alfombra que Liz debió elegir después de obligarme a marchar. No puedo expresar con palabras lo que siento por ella ahora. Hay un entumecimiento en mi vientre. Sin embargo, siento como si pudiera convertirse en una bola de fuego y transformarse en algo más. No sé qué voy a hacer cuando esto se vuelva real. Si se vuelve real. Sigo aferrándome a la realidad de que, sea lo que sea que estén buscando ahí fuera, es solo por unas estúpidas palabras en el estúpido diario de la estúpida Helen.

Esto podría simplemente demostrar lo rara que era, como mamá siempre decía, la entrometida vecina de al lado.

Entonces hay unos golpecitos en la puerta del salón.

—Adelante —llama Donna.

22

ENTONCES - CHARLIE

—Nunca he tenido muy buena opinión de tu padre, pero esto, bueno esto... —La abuela agarró los bordes del fregadero. Tenía los nudillos blancos.

—Fue ella abuela, no él.

—Él permitió que ocurriera. Permitió que te tratara tan mal. —Se giró para mirarme. Nunca había visto a la abuela tan enfadada; hacía que sus facciones parecieran aún más afiladas de lo que ya eran. Había perdido tanto peso desde que mamá murió—. Sabía que era un error que tú y él vivierais allí. Pero no quisiste escucharme, ¿verdad?

—Todo iba bien hasta que dejó que ella se mudara. Debería haber sido ella quien muriera... la odio.

Normalmente la abuela me habría regañado por decir algo así. En vez de eso, dijo: —Me inclino a estar de acuerdo.

—¿Y mis cosas? No puedo exactamente volver a buscarlas. Solo desearía que papá hubiera escuchado lo que ella me dijo.

—Tengo la mitad de la mente pensando en ir a la policía por esto. —La abuela llenó un vaso con agua—. Su boca venenosa no es nada menos que un maldito maltrato infantil. Estoy segura de que ellos lo verían igual.

La cara contorsionada de Liz apareció en mi mente. Junto con el tono de su voz cuando había gruñido: deberías haber muerto junto con tu podrida madre.

—Ella solo lo negaría. —Hundí la cabeza entre mis manos—. Deberías oírla, abuela. Es toda falsamente amable conmigo delante de papá. —Las lágrimas me quemaban el fondo de los ojos—. ¿Qué he hecho tan mal? ¿Por qué siempre es así conmigo? La mayoría de la gente que se entera de que perdí a mamá siente lástima por mí.

En realidad, eso también lo odiaba. No quería que la gente pensara que yo era una especie de víctima. Pero lo odiaba aún más cuando empezaban a dispararme sus preguntas. Especialmente preguntas sobre Donna.

—No has hecho nada malo, cariño. Es ella. Es desagradable y retorcida. Algo realmente terrible debe haberle pasado en su propia infancia para que sea como es.

—Papá una vez dijo...

El timbre resonó por toda la casa. Nos miramos la una a la otra y luego a la puerta de la cocina.

—Hablando del rey de Roma. Apuesto a que es él. —Se secó las manos en el paño de cocina y la seguí hasta la puerta.

Liz estaba volviendo al coche. Mis pertenencias, metidas en bolsas, cajas y bolsas de basura, estaban amontonadas en el porche de la abuela.

Se oyó un portazo, un rugido del motor y un chirrido al doblar la primera esquina. Era el coche de papá, aunque no había rastro de él. Había pasado tantas ocasiones escuchando su sonido que lo habría reconocido en cualquier parte.

23

AHORA - CHARLIE

TODOS MIRAMOS hacia la puerta del salón.

—Adelante —digo en voz alta. Estoy muchísimo más tranquila de lo que estaba cuando murió mamá. Aunque todavía no sé con certeza si papá ha muerto.

La inspectora Layburn entra en la habitación y se sienta en el sofá, frente a los tres que estamos en el asiento de la ventana. —No hay una forma fácil de deciros esto...

No lo digas. No lo digas. No lo digas.

—Desafortunadamente, nuestra búsqueda inicial ha descubierto restos humanos en la zona del estanque del jardín.

—Dios mío. Darren. —La mano de Donna vuela hacia su boca.

La mano de Jenna busca la mía.

—¿Es...? —Apenas puedo hablar. Me digo a mí misma que aunque se hayan encontrado restos humanos, no significa que sea papá. Podría ser otra persona.

—Lo siento. Es demasiado pronto para saberlo. Pero tan pronto como puedan ser examinados e identificados, serás la primera en saberlo, Charlotte. Lo siento mucho.

—Pero todavía no sabemos si es él, ¿verdad?

—Podrías ayudarnos a acelerar las cosas, Charlotte.

—¿Qué quieres decir? —Dios mío. Espero que no quieran que mire nada.

—Si pudiéramos tomar una muestra de ADN tuya, que es solo un rápido raspado de las células del interior de tu mejilla. Entonces, si encontramos coincidencia entre tú y lo que hemos hallado en el jardín, sería un resultado concluyente.

Lo hace sonar como un experimento científico. Me siento mal. —De acuerdo —respondo—. Lo haré. ¿Adónde tengo que ir?

—Necesitamos que te acerques a la comisaría. ¿Puedes hacerlo?

Asiento con la cabeza.

—Ahora será necesario realizar un registro completo de ambas casas, así como la excavación del jardín. —Dirige su atención a Jenna—. ¿Tienes algún otro lugar donde puedas quedarte?

—Sí. No os preocupéis por mí. Es Charlie quien me preocupa. —Me aprieta la mano—. No estás sola, ¿sabes? Cuidaremos de ti. Te llevaré para que den esa muestra. ¿Está bien? —Mira hacia la inspectora Layburn.

—Yo cuidaré de ella. —La voz de Donna adquiere un tono áspero. No puedo creerlo. Parece que están desenterrando los huesos de mi padre en la casa de al lado, y ellas están peleándose por quién me llevará a la comisaría. Ahora mismo, solo quiero estar con mi abuela.

—Vamos a tener que pediros a todos que desalojéis esta casa. Inmediatamente.

—¿Por qué esta casa? ¿Si es la de al lado la que estáis excavando? —La voz de Donna suena quejumbrosa. Me va a costar trabajo convencer a la abuela de que deje que Donna se quede con nosotras, si llega a eso.

—Según lo que dice el diario de Helen, parece que el asesinato ocurrió aquí, en la cocina. —Señala en esa dirección—. Lo siento mucho, Charlotte.

Vuelvo a mirar fijamente la alfombra, recorriendo el patrón que había estudiado antes. Esto. No. Está. Pasando.

—Mi hermana no estuvo involucrada en lo que sea que pasó ahí dentro. —La voz de Jenna suena alarmada mientras su cabeza se gira bruscamente en dirección a la cocina—. Lo sabéis, ¿verdad?

—He comentado todo lo que estoy autorizada a revelar en este momento. Pero os prometo que os mantendré informadas, cuando pueda contaros más. Necesitamos hacer un registro minucioso de la casa ahora, así que debo pediros que os marchéis inmediatamente para evitar cualquier contaminación adicional de posibles pruebas.

—Bueno, yo voy primero a recoger mis cosas. —Donna se pone de pie y se dirige rápidamente hacia la puerta antes de que alguien pueda detenerla. Jenna y yo nos miramos mientras ella sube ruidosamente las escaleras.

—¿Cómo te encuentras? —dice Jenna cuando la inspectora Layburn sale de la habitación, presumiblemente para ir tras Donna.

—No lo sé. —Mi voz es casi un susurro—. Simplemente, entumecida. ¿Adónde irás tú?

—Todavía tengo mi piso de alquiler —responde—. Menos mal que no devolví las llaves.

—Siempre puedes venir a casa de mi abuela. —Una parte de mí quiere que ella esté allí más que Donna. Hay menos drama y parece preocuparse más por lo que estoy pasando. Donna solo piensa en sí misma.

—Estaré bien —responde—. Además, dejé a los perros en el piso mientras se despejaba la casa, así que necesito volver con ellos. Pero mantendremos contacto constante.

—De acuerdo. —Sin embargo, permanezco donde estoy, todavía clavada en el asiento de la ventana. No sé qué hacer a continuación. Donna está haciendo ruido en la habitación de arriba entre sus voces elevadas y las de la inspectora Layburn.

Momentos después, dos pares de pasos bajan las escaleras y la puerta principal se cierra de golpe. Levanto la vista para ver a Donna caminando a grandes zancadas por el camino de entrada. Se sienta en el muro del jardín y me hace señas. Realmente no puedo creer esto. No sé cómo se lo va a tomar la abuela. No sé cómo empezar a decírselo.

—Lo siento Charlie. Jenna. —La inspectora Layburn asoma la cabeza por la puerta otra vez—. Realmente necesito pediros que desalojéis la propiedad para que nuestro equipo forense pueda trabajar aquí.

—Está bien. —Me pongo de pie y busco mi teléfono.

—No puedo deciros cuánto tiempo llevará todo esto. —Saca una libreta de su bolsillo—. Pero, ¿podría tomar la dirección de la casa de tu abuela, por favor? ¿Y un número de teléfono? Así podremos mantenernos en contacto contigo.

Recorro con la mirada la habitación que siempre ha sido el centro de mi vida. Durante la mayor parte de mi vida. No estoy segura de que alguna vez quiera volver aquí después de esto. Tal vez tenga que hablar con la abuela sobre vender el lugar.

Pero, ¿quién querría siquiera considerar comprar esta casa después de que dos, y quizás tres personas hayan sido asesinadas aquí?

24

ANTES - CHARLIE

—¿Tienes algún plan por si tu padre no aparece... otra vez? —la abuela se movía por la habitación con su plumero. Es lo que siempre hacía cuando no podía relajarse.

—Él va a aparecer. Me lo prometió.

—Hmmm. Bueno, no conseguirás que llegue antes por mucho que mires por la ventana. ¿No tienes algo más útil que podrías estar haciendo?

Para cuando su coche finalmente apareció, mi corazón latía como el tambor que solía aporrear cuando estaba en la Brigada de Chicas. Al ver que el asiento del copiloto estaba vacío, parte de mi ansiedad se desvaneció. Si Liz hubiera venido con él, no habría puesto un pie fuera. Tocó el claxon, aunque no hacía falta.

La abuela le había dicho a papá, sin rodeos, que jamás volvería a ser bienvenido en su puerta, no después de cómo había permitido que su esposa me tratara. La había escuchado hablando con él por teléfono. A diferencia de lo que solía hacer mamá, la abuela no hizo ningún esfuerzo por ocultarme la llamada o por hacerla donde yo no pudiera escuchar. Desde aquella conversación, él me recogía sin siquiera bajarse del coche.

Me gritó algo mientras yo cerraba nuestra puerta de un portazo, pero la ignoré. En su lugar, salí dando saltitos hacia el coche y me subí al asiento del copiloto. —Empezaba a preocuparme de que no vinieras —le dije.

—Ni hablar. Te dije que estaría aquí, ¿no? —Las esquinas de sus ojos se arrugaron. Se le veía más mayor, especialmente desde que mamá había muerto. A menudo me preguntaba cómo todo podría haber sido diferente si se hubieran mantenido juntos cuando yo era más pequeña—. Aunque solo tengo un par de horas.

—Pero pensaba que íbamos a pasar el día fuera. —La desilusión, demasiado familiar, creció en mi estómago, para ser rápidamente reemplazada por una oleada de rabia. Solo podía haber una razón para que me fallara otra vez. Por culpa de ella.

—Lo siento, cariño. Tu despistado padre ha vuelto a comprometerse dos veces para el mismo día.

Podía sentir todo mi ser hundiéndose en sí mismo. Exactamente como solía ocurrir. Todo había cambiado en nuestras vidas, pero gran parte de las cosas malas seguían igual. Lo mismo de siempre. Una vez más, me habían dejado de lado por Liz.

—Mira cariño, lo siento. Pero esto de la familia política es un poco como hacer equilibrios, ¿no crees? —Tuvo la desfachatez de sonreír mientras me daba un codazo.

—No somos una familia política... no nos parecemos en nada a una. Las familias viven juntas, para empezar. —Mis amigos del colegio apenas podían creerlo cuando les conté cómo me habían echado de mi propia casa para dejar sitio a esa zorra. Tanta gente me había dicho que debería luchar más fuerte. Quizás lo haría, algún día...

—Puedes volver cuando quieras, Charlie. —Papá me miró mientras se detenía en el cruce—. Lo sabes.

—Como si fuera posible. Ni siquiera soy bienvenida para cenar. —Me crucé de brazos—. Y tú lo sabes.

—Mira, cariño —intentó cogerme la mano, pero la aparté—. Las cosas podrían mejorar después del aniversario de tu madre la semana que viene. Los primeros son siempre los más difíciles. Para todos nosotros.

—Liz detestaba a mamá. —Mantuve la mirada fija hacia delante —. No le va a afectar su aniversario. Y probablemente tú solo lo dices por decir.

—¿Tú y la abuela habéis hecho algún plan para ese día?

Negué con la cabeza. No estaba segura de qué se suponía que debíamos hacer. Difícilmente podía ser un día para celebrar algo. Quizás simplemente me quedaría en la cama.

—¿Y si te recojo otra vez? Podríamos hacer algo bonito juntos. —La voz de papá se animó.

—¿Como se suponía que íbamos a hacer hoy, quieres decir? —Me crucé de brazos.

—Podríamos comer juntos otra vez, como vamos a hacer hoy, pero luego podríamos hacer cualquier cosa. Lo que tú quieras. Algo en honor a tu madre.

—Pero ¿qué dirá Liz? ¿Incluso te permitirá hacerlo? —Sabía que sonaba sarcástica, pero no me importaba.

—Vamos, Charlie. Ya sabes cómo es para mí. Estoy entre la espada y la pared la mayor parte del tiempo.

—¿Y eso qué significa?



No pude obligarme a mantener una conversación adecuada con mi padre durante nuestra comida ese día. Le respondí con monosílabos, los que normalmente reservo para la abuela cuando no me deja hacer algo que quiero.

Si al menos hubiera sabido que esa sería la última vez que le vería.

25

AHORA - CHARLIE

—Yo digo que reservemos un hotel en vez de quedarnos en casa de tu abuela —dice Donna sin apartar la mirada de la casa de al lado mientras habla.

Mientras tanto, yo no aparto la vista de mi propia casa mientras la inspectora Layburn coloca cinta policial a través de mi entrada también. Donna puede olvidarse si cree que me voy a quedar en un hotel. Ella puede, si quiere, pero yo no. Mi abuela tendría un ataque.

—¿Qué está pasando aquí?

—No es asunto tuyo —Jenna da la espalda al transeúnte—. ¿Entonces tú vas a pagar? —Se vuelve hacia Donna—. ¿Por ese hotel del que hablas? —Para conocerla tan poco, Jenna la tiene bastante calada.

—Ahora tienes acceso al dinero de tu madre, ¿no? —Donna me da un codazo—. Además, no te lo estaba preguntando a ti, Jenna. Pensaba que de todos modos te ibas a casa.

—¿Estás bien, cariño?

Me giro hacia la señora que me llama desde el otro lado de la calle y luego aparto la mirada rápidamente. Estará buscando información y no la va a conseguir de mí. En cualquier caso, no creo que pudiera expresar con palabras el tumulto que siento por dentro en este momento.

Probablemente soy huérfana. Parece que ambos padres están muertos. Debería haber sabido que papá no me habría abandonado, como Liz me hizo creer. Y todo el tiempo, esa mala puta sabía dónde estaba realmente. Espero que alguien la mate cuando la manden a prisión.

—¿Vienes primero a casa de mi abuela con nosotras?

Jenna saca las llaves de su bolso. No puedo decir esto delante de Donna, pero seguramente Jenna sabrá cómo manejar las cosas si la abuela se derrumba también. Mucho mejor que Donna.

A la abuela nunca le cayó bien papá, pero aun así estará totalmente destrozada por mí. Además, este será el momento en que descubra la verdad con certeza sobre quién mató realmente a mamá.

—Tendré que ocuparme primero de los perros —empieza Jenna. Pero lo que intenta decir a continuación queda ahogado por el ruido del motor de otro coche que se detiene detrás de nosotras.

Una puerta se cierra de golpe y un hombre se dirige hacia nosotras a zancadas.

—Más vale que no sea un periodista —dice Jenna entre dientes —. O puede que le dé un puñetazo.

—¿Qué demonios está pasando ahora? —Sea quien sea, se detiene y mira la escena que se desarrolla—. Maldita sea, ¿qué ha hecho ella?

—¿Y tú eres? —Jenna se levanta del muro y se enfrenta a él, plantándole cara.

Estiro el cuello para mirarlo desde sus brillantes zapatos hasta su cara. Es mucho más alto de lo que era papá. Es. Hasta que lo sepa con certeza, tengo que aferrarme a la esperanza de que podría seguir vivo. Liz no podría haberlo matado realmente, ¿verdad? Él habría podido defenderse de alguien como ella, seguramente.

—Me llamo Stephen. Soy, era... —Parece avergonzado—. Conozco a Liz.

—¿Entonces dónde está? —Pensé que me resultaba familiar en cuanto se bajó del coche. Es el hombre que apareció aquí cuando yo

estaba aporreando la puerta hace unos días—. Debes saber que la policía la está buscando.

—Me enteré el otro día. Por eso estoy aquí.

Todos lo miramos, esperando que continúe.

—Quiero ayudar.

—¿Cómo?

—Mirad, sé dónde está. Bueno, más o menos.

Yo también me levanto del muro ahora. —¿Dónde? Necesito saberlo. Ellos necesitan saberlo. —Señalo hacia las furgonetas de policía. Ya hay seis aquí fuera. Nuestra calle parece el escenario de una película. Espera a que todo esto salga a la luz. Especialmente si es mi padre.

Los chicos del colegio se dividen en dos bandos: los que sienten tanta lástima por mí que no lo soporto, y los que me evitan como si tuviera la peste. Las cosas van a ponerse aún peor en ese aspecto, pero Jess y Joel me cuidarán.

—Ya les he contado todo lo que sé. —Mete las manos en los bolsillos—. Pero siento que debería estar haciendo algo más. Me siento inútil simplemente sentado en casa. Por eso he venido conduciendo hasta aquí.

—¿Desde dónde? —Donna no aparta los ojos de él.

—Norfolk.

—Ya. —Jenna y yo nos miramos.

—Pero a nosotras no nos has contado nada. —Salto el muro y me pongo frente a él. Me hace sentir muy bajita. Como si estuviera pensando en eso en un momento como este—. Lo que sabes, quiero decir.

—Eres la hijastra de Liz, ¿verdad?

—Esa mujer no es nada para mí. ¿Me oyes?

—Sí. —Donna se levanta del muro. Aunque su tono es duro, está mirando a Stephen de una manera que habría hecho reír a mi madre. Ningún hombre está a salvo cerca de Donna, según solía decirme mi madre.

—Lo siento pero estamos ampliando el perímetro. —La inspectora Layburn se acerca a nosotros—. Voy a tener que pediros a todos que retrocedáis más.

—¿Incluso a nosotras? —Las palabras de Donna son casi un jadeo—. Pero nosotras somos...

—Lo siento —responde—. Pero como he dicho, os informaremos tan pronto como podamos daros una actualización. Charlie, si pudieras proporcionar esa muestra de ADN, cuanto antes mejor, te lo agradecería.

—Vale.

—Solo tienes que acudir a la comisaría con un... —Hace una pausa, lo que me hace estar segura de que iba a decir la palabra padre—. Un tutor.

—Yo te llevaré —dice Jenna—. Si es que puedo sacar el coche de aquí.

—Tú no eres su tutora —replica Donna—. Ahora lo soy yo.

—Nadie es mi tutor. Soy demasiado mayor para eso. Todas iremos a la comisaría.

—Primero quiero saber qué sabes tú. —Jenna se gira de nuevo hacia Stephen—. Y quién eres.

—Quiero volver aquí después de haber ido a la comisaría —les digo a los demás mientras nos hacen retroceder calle abajo, como si fuéramos ovejas a las que conducen de un campo a otro—. Necesito saber si es mi padre a quien han encontrado.

—¿Tu padre? —Stephen me agarra del brazo. Pasamos por el lugar donde dos agentes están extendiendo más cinta policial a través de la calle. Hay gente de ambos lados de la calle fuera y acaba de llegar una furgoneta de noticias.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que también lo haya matado a él. —Me hundo en el bordillo—. A tu amiga Liz, me refiero. Además de a mi madre. —Es como una pesadilla. Como si una sola mujer pudiera haber causado tanto daño en mi vida. Pero me siento muy rara al respecto. Estoy tan entumecida que alguien podría golpearme en la cara y ahora mismo ni lo sentiría.

Se sube los pantalones y se sienta a mi lado. Es tan alto que parece extraño, sentado tan bajo en el bordillo. —He oído que es sospechosa de lo de las dos mujeres. Pero...

—No es de extrañar que Helen no quisiera darme una llave de su casa, ni dejarme quedarme allí cuando se marchaba. —Jenna señala con la cabeza hacia la escena. Tiene los ojos llorosos.

—Todavía no nos has dicho dónde crees que podría estar Liz. —Donna se baja al otro lado de Stephen en el bordillo. Estoy segura de que le está mirando la mano izquierda mientras lo hace. Sin duda comprobando si lleva anillo de boda.

Mi madre me dijo una vez que eso es lo primero que hace Donna cuando conoce a alguien que le gusta. La abuela estaba allí cuando lo dijo, y añadió: pero un anillo de boda no la detendría, ¿verdad?

—Liz se ha puesto en contacto conmigo. Desde Lanzarote.

—¿Lanzarote? Pero yo pensaba...

—¿Cuándo? —La voz de Donna es un chillido—. ¿Has informado a la policía sobre esto?

—Por supuesto que sí. De inmediato. —Mira al cielo y veo lo azules que son sus ojos. Son similares a los de papá. Incluso tienen más o menos la misma edad, lo que hace que todo duela aún más —. Pero por lo que puedo deducir, se ha escondido bien.

—Lanzarote no es un lugar tan grande —dice Jenna—. No podrá esconderse allí por mucho tiempo.

—Tomaré un vuelo más tarde. Sé que la policía la está buscando, pero yo soy quien podrá convencerla para que se entregue.

—¿Cómo lo sabes? —Donna salta de nuevo a sus pies y le frunce el ceño—. ¿Va a entregarse solo porque tú se lo digas? No lo creo.

—Le he dicho que voy a coger un vuelo para allá, y le he hecho creer que quiero escucharla. Oír su versión de los hechos.

—Su versión de los hechos —sisea Jenna—. ¿Qué podría decir? Por supuesto que tendrá muy buenas razones para lo que ha hecho. ¿Cuántos van ya? ¿Cinco? ¿A quién tenemos? Ah sí, mi hermana, los dos padres de Charlie, la antigua amiga del colegio. Incluso su propia madre. ¿Cómo puedes siquiera comunicarte con alguien así?

—Puede que todavía no sea mi padre. Mirad, ¿vamos a ir a la comisaría o qué?

—Puede que yo sea la única persona que pueda convencerla y ayudar a que se entregue —responde Stephen—. Desde luego tengo que intentarlo.

Le doy un codazo al notar que un hombre intenta escuchar nuestra conversación. Aunque supongo que vamos a ser el tema de todos los cotilleos por aquí durante un tiempo. Tengo que contarle a Joel lo que está pasando. Espero que quiera seguir conmigo después de esto. Podría pensar que estoy maldita, o algo así. Parece que lo estoy.

Donna se aparta de un salto de otro coche de policía que hace sonar brevemente la sirena detrás de ella. Se queda mirando a Stephen durante unos momentos y luego a mí.

—¿Por qué no vamos con él, Charlie?

—¿Qué? ¿A Lanzarote? ¿De qué serviría? Cuando lleguemos allí, la policía ya debería haberla encontrado.

—Lo harán cuando yo les lleve hasta ella.

—Realmente creo que deberíamos ir —Donna vuelve a saltar de un pie a otro—. Quiero estar allí cuando la acorralen. Quiero ver con mis propios ojos cómo cae. Acabo de cumplir dieciocho meses de su condena.

—Después de lo que les ha hecho a mis padres, o al menos a uno de ellos, yo también.

Hasta que no sepa con seguridad que es a papá a quien han encontrado, mantengo la esperanza. Pero oscilo entre aferrarme a la poca esperanza que existe y sentir en las entrañas que es él. «No puede estar muerto. Simplemente no puede».

Me limpio las lágrimas con la manga. Lo último que quiero es que algún periodista me haga una foto en este estado.

—Sé que es absolutamente horrible, Charlie —Jenna se acerca y me toca el hombro—. Pero al menos pronto sabrás con certeza por qué no has tenido noticias de él. No puedo imaginar lo terrible que debe haber sido sentir que te ignoraba.

—Preferiría que me estuviera ignorando —las lágrimas corren por mis mejillas por primera vez desde que Jenna apareció en la puerta con el diario. Quizás ya no puedo luchar contra ello. La realidad empieza a calar—. Al menos entonces podría encontrarlo y echarle la bronca.

Stephen me rodea con el brazo. Su olor me recuerda a papá y las lágrimas fluyen más rápido. —¿De verdad eras el novio de Liz? —pregunto entre lágrimas.

—Más o menos.

—Estabas rascando el fondo del barril, ¿no? —Jenna sacude la cabeza.

—Yo, por mi parte, no quiero quedarme aquí viendo esto —Donna señala hacia donde se puede ver la tienda de campaña por encima de la valla de Helen—. Vamos a terminar con esta cosa de la muestra y luego reservemos esos vuelos.

—No puedo. Tengo a los perros... —comienza Jenna.

—Entonces conseguiré billetes para nosotras dos en los próximos vuelos —Donna da una palmada y saca su teléfono—. Charlie, ¿puedes adelantarme el dinero hasta que reciba el mío?

—No sé... mi abuela me lo impedirá de todas formas.

—Entonces no se lo digas.

—No seas tonta. Tengo que hacerlo.

—Bueno, si no vienes conmigo —dice—, iré sola.

Me contengo de preguntar cómo piensa pagarlo.

—Yo pagaré los billetes para las dos —Stephen debe ser capaz de leerme la mente.

—¿Tienes siquiera el pasaporte? —pienso dónde está el mío. En casa de la abuela. Tendría que ir allí primero de todos modos. Hacerle saber lo que está pasando. Intentará impedir que me suba a ese avión, pero no tiene ninguna posibilidad.

Donna da unas palmaditas en su bolso. —Es una suerte que pudiera cogerlo antes de que esa policía nos echara —la emoción en su voz me molesta. Cualquiera pensaría que vamos a Lanzarote de vacaciones al sol, no a ayudar a acorralar a la asesina de uno, o posiblemente de mis dos padres.

PARTE II

DONNA

26

DONNA

—En breve estaremos llegando a Lanzarote, donde la hora local es 15:37 y la temperatura es de veintisiete grados. Por favor, abróchense los cinturones mientras comenzamos el descenso. Aterrizaremos aproximadamente en veinte minutos.

Tengo que evitar agarrarme al brazo de Charlie mientras el avión comienza a descender bruscamente. No puedo mentir. Estoy más que emocionada de estar sentada donde estoy ahora mismo, especialmente después de todo lo que he pasado últimamente.

Incluso si Carole hubiera impedido que Charlie viniera, yo habría hecho esto sola. Stephen parece estar forrado, no habría pagado nuestros billetes de avión si no lo estuviera. Cuando todo esto termine, tengo planes serios para él. Aunque, hasta ahora, parece más interesado en hablar con Charlie que conmigo.

—Tendremos que buscar una tienda de ropa cuando aterricemos —le doy un codazo.

—No hemos venido de compras, ¿verdad? ¡Dios mío, Donna! — Caramba, se está convirtiendo en Lou. Ella también era siempre demasiado sensata, incluso de adolescente. Me necesitaba para sacar la diversión en ella. Igual que Charlie cuando hayamos superado esto.

—Pero solo tenemos la ropa que llevamos puesta —respondo—. Has oído a la mujer. Hace veintisiete grados. No es precisamente tiempo de vaqueros y jersey.

—Veamos qué pasa cuando lleguemos —Charlie mira por la ventana mientras descendemos por debajo de las nubes.

—Stephen tiene que ponerse en contacto con Liz primero. Y encontrarla. No es que vaya a estar precisamente tumbada en la playa, ¿verdad?

Su cabeza sobresale por encima de las demás varias filas delante de mí. Puedo ver lo que Liz vio en él. Es increíblemente guapo, además de forrado. Insistió en pagar nuestros billetes, diciendo que estaba realmente aliviado de que fuéramos a apoyarlo. Es una pena que Liz ya haya estado con él, pero seguro que puedo pasar por alto eso. Sería un crimen dejarlo escapar después de esto y permitir que otra lo atrape. Definitivamente es una buena presa.

Charlie quería contarle a su abuela o a la policía lo que íbamos a hacer, pero logré convencerla de que no lo hiciera. Por suerte, entramos y salimos de la comisaría en un abrir y cerrar de ojos para proporcionar su muestra de ADN. Habría preferido esperar fuera después de mis recientes experiencias en ese lugar, pero obviamente ella todavía es menor de dieciséis años, así que alguien tenía que firmar un formulario. Supongo que ahora que vivimos en la misma casa, puedo afirmar ser su tutora. Lo cual conlleva más beneficios que simplemente tener un lugar gratuito donde quedarme. También significa que, hasta que pase por el proceso de compensación, tendré acceso a algunos fondos. Estoy segura de que podré manejar a Charlie a mi antojo, de la misma manera que podía hacerlo con Lou.

Cuando recogió su pasaporte, me sentí inmensamente aliviada de que Carole no estuviera en casa. Ya fue bastante malo que se presentara en mi audiencia de apelación con sus labios fruncidos y su mirada de desaprobación. La única vez que se mostró remotamente cálida conmigo fue la primera vez que Lou me llevó a

su casa para presentarme, cuando éramos adolescentes. No recuerdo qué hizo que me marcara después de eso, pero algo debió ocurrir.

Probablemente se decepcionó cuando me dejaron en libertad en esa audiencia. Pero al menos evitamos cualquiera de sus dramas y un sinfín de preguntas antes de marcharnos. Seguramente se pondrá como una fiera cuando se entere de esto. Después de todo, Charlie es considerada una menor, y aquí estoy, sacándola del país. O al menos Stephen lo ha hecho, ya que él lo pagó. Pero creo que no podría haberla dejado atrás, aunque lo hubiera intentado.

Todo lo que quería era llegar al aeropuerto. Pensé que no tendríamos problemas para conseguir un vuelo en esta época del año, pero resultó que tuvimos suerte de conseguir estos dos últimos asientos. Solo estaban disponibles porque dos personas no habían hecho el check-in. Tuve un momento de pánico cuando el personal de seguridad estaba comprobando mi relación con Charlie, al mirar nuestros pasaportes. Ella se estremeció tanto cuando dije que sus padres estaban muertos que me preocupé de que hiciéramos saltar las alarmas. Sin embargo, soy su madrina, así que finalmente aceptaron que me había mudado a su casa y asumido el papel de su tutora legal. Pero durante varios minutos, no estuvo claro si permitirían viajar a Charlie.

Mi estómago da un vuelco con el avión. Aterrizar siempre es lo peor. La última vez que estuve en un avión fue para ir y volver de Antibes con Charlie y Lou, poco antes de que ella muriera.

El viaje de regreso fue horrible. Después de la confesión que hice sobre mi larga aventura con Darren, Lou me dio la espalda durante todo el viaje. Pero no podía permanecer hostil conmigo para siempre; siempre podía convencerla, sin importar qué. Me pregunto cómo habrían sido diferentes las cosas si nunca le hubiera contado sobre la aventura. Pero no puedo pensar en esta línea o empezaré a culparme por todo. Y eso no va a devolverla. Ni a Darren.

Miro a Charlie. Parece estar tomándose todo esto bastante bien. Está inquietantemente callada, pero al menos no está llorando y lamentándose por todas partes. Nunca se me ha dado bien lidiar con el dolor ajeno. Pero debo estar preparada para el suyo, si identifican a Darren. Es probable que vuelva a derrumbarse entonces.

A pesar de mis esfuerzos por asegurarle lo contrario, todo indica que se trata de Darren. En realidad, debería estar haciendo más para prepararla para las malas noticias. Será menos doloroso si se acostumbra a la posibilidad. Entonces, cuando la realidad golpee, no será un shock tan terrible. Al menos, eso espero.

Si Darren siguiera vivo, definitivamente habría estado en mi apelación, lo sé con certeza. Y a pesar de lo que Charlie cree sobre él, basado en las tonterías con las que Carole ha intentado lavarle el cerebro, él la quería a su manera; puede que no haya sido el mejor padre del mundo, pero de ninguna manera la habría ignorado durante todo este tiempo. Así que me corresponde a mí conseguir que ella también lo crea.

En realidad, es una suerte que lo hayan descubierto de esta manera. A través de palabras en el diario de Helen, en lugar de que uno de los perros desenterrara sus huesos. Jenna mencionó que uno de los suyos había estado cavando alrededor del estanque durante un tiempo.

Pobre Darren. Todavía no me he dado la oportunidad de asimilar todo esto, pero tarde o temprano me va a golpear como un camión. Debimos acostarnos juntos al menos cien veces a lo largo de los años. No es posible tener una conexión así con alguien y no derrumbarse en algún momento.

Me llevé el susto de mi vida cuando Lou me mostró por primera vez una foto del nuevo chico con el que estaba saliendo. Me di cuenta de que era alguien con quien ya había estado. Pero ninguno de los dos lo mencionó cuando nos presentó. Sin embargo, estaba claro que la chispa seguía entre nosotros. Supe en ese momento que sería solo cuestión de tiempo antes de que acabáramos juntos en la

cama otra vez. Me sentía culpable a veces, por supuesto que sí, pero lo justificaba diciéndome a mí misma que lo conocía mucho antes que ella.

Lou tenía una enorme herencia de su padre, que creo que fue la razón principal por la que él se casó con ella, en lugar de querer estar conmigo. Incluso cuando estaban planeando su boda, yo seguía significando algo para él.

Nunca olvidaré cuando apareció en mi puerta, cuando se suponía que estaba en su despedida de soltero. Sus amigos pensaron que estaba durmiendo la borrachera en algún lugar, y se burlaron de él al día siguiente. Cuando todo el tiempo, él estaba a mi lado o encima de mí.

Seguíamos diciendo que pararíamos, pero nunca parecíamos capaces de hacerlo. Las cosas realmente se intensificaron cuando Lou estaba esperando a Charlie, y nos convertimos en la droga el uno del otro. No estoy orgullosa de lo que le hice a mi mejor amiga, pero mirando atrás, admito que no pude evitarlo.

Por ahora, estoy aquí, a un millón de kilómetros de todo aquello, con Liz por encontrar y Charlie a quien cuidar. Sea lo que sea que haya ocurrido antes, aquí es donde tanto Lou como Darren querrían que estuviera, y esto es lo que querrían que hiciera.



Observo cómo los bíceps de Stephen se hinchan mientras arrastra su bolsa del compartimento superior, otro recordatorio de que Charlie y yo necesitamos conseguir un cambio de ropa y algunos artículos de aseo. Vamos a terminar quedándonos aquí por lo menos una noche. No hay más vuelos de regreso hoy.

Quizás pueda persuadir a Charlie para que se quede más tiempo una vez que Liz haya sido encontrada y encerrada. Y sería muy agradable si pudiera persuadir a Stephen para que se quedara también. Ciertamente podría ayudarme a distraerme.

Me encanta bajar del avión y sentir el calor. Lo que estoy experimentando ahora está muy lejos de la celda de la prisión en la que estuve encerrada hace solo unos días. Levanto mi rostro hacia el sol en un intento por estar plenamente presente en el momento.

Se siente surrealista, todo se siente surrealista, como si no estuviera ocurriendo realmente. En cualquier momento voy a despertar en esa celda de hormigón con sus mantas rasposas, el retrete de metal en la esquina y mi compañera de celda roncando desde la otra litera. Al menos estuve encerrada con alguien medio decente —y tenía con quien hablar, aunque a veces ella dijera que le daba dolor de cabeza. Le pregunté si querría mantenerse en contacto cuando nos liberaran, pero dijo que no. Consideraba que no querría ningún recordatorio de estar dentro, una vez que fuera libre. Ella estaba allí por asesinato. Pero por motivos de responsabilidad disminuida, así que solo recibió doce años.

Nunca olvidaré mis primeras noches en el módulo de inducción. Estaba encerrada sola, escuchando los lamentos y gritos de otras mujeres desde las celdas que me rodeaban. Pasaba la mayor parte del tiempo encerrada y sentía como si mi vida hubiera terminado, mientras que ahora, siento que está comenzando de nuevo.

—Bien —dice Stephen, antes incluso de que hayamos llegado al final de las escaleras del avión—. Sugiero que pasemos el control de seguridad, encontremos un lugar para tomar algo y, mientras tanto, intentaré ponerme en contacto con ella.

—Parece un buen plan. ¿Cómo vas a hacerlo?

—Normalmente nos comunicamos por Messenger, así que probaré primero con eso.

—No irá con su teléfono encima, ¿verdad? —dice Charlie—. Incluso ella debe saber que la policía la encontraría de inmediato.

—Estoy de acuerdo —dice Stephen—. Pero aún se puede iniciar sesión en Messenger desde otro teléfono u ordenador descargando la aplicación. Creo que estará pendiente, queriendo saber si me he puesto en contacto con ella. Está muy interesada en mí, ¿sabes?

—Ya. —Intento reprimir la envidia que siento por esa relación que existe entre ellos. Pero no será por mucho tiempo—. ¿Cómo os conocisteis, por cierto?

—Fue en ese crucero. Ya sabes, el que su amiga...

Charlie interrumpe: —Creo de verdad que deberías informar a la policía de lo que estamos haciendo. —Se quita el abrigo mientras nos dirigimos hacia la terminal del aeropuerto—. ¿Y si Liz se vuelve contra ti? Ha demostrado de lo que es capaz. Deberíamos informarles de que estamos todos aquí.

—Lo sé, pero primero lo primero. —Nos sujeta la puerta. Es todo un caballero, además de todo lo demás—. En primer lugar, necesitamos asegurarnos de que sigue aquí. Así que, para empezar, averiguar dónde se aloja es lo más importante.

—Pero... qué...

—La policía nos diría que nos alejáramos si descubrieran que estamos cerca de esto. —Baja la voz en el pasillo resonante—. Nuestra mejor oportunidad de encontrar a Liz es a través de mí. No le he dado ninguna razón para que desconfíe. Todavía no. Así que os pido que confiéis también en mí. Sé lo que estoy haciendo.

No entiendo qué es lo que atrae tanto de Liz. Primero Darren. Ahora Stephen. Recuerdo lo destrozada que me sentí cuando descubrí que Darren se volvía a casar. Fue justo después de que hubiéramos tenido sexo. Esperó hasta conseguir eso de mí antes de darme la noticia. Es una lástima que no me lo dijera mientras lo tenía en mi boca.

No podía creerlo. Su "argumento" era que difícilmente podía mantener una relación formal conmigo. En ese momento, Lou no sabía nada sobre él y yo. Confiaba tanto en mí que nunca tuvo la menor sospecha. Si no me hubiera emborrachado, puesto celosa y hecho estupideces cuando nos fuimos de vacaciones juntas, probablemente nunca lo habría descubierto. Y Liz tampoco.

Estoy preparada para la eventual posibilidad de que Charlie suelte que es culpa mía que sus padres estén muertos. Después de cómo me he comportado y lo que he confesado. Si conoce la verdad, quizás sería más fácil si cualquier tipo de confrontación conmigo

terminara de una vez. Entonces podríamos seguir adelante. Pero supongo que ahora mismo solo está pensando en su padre.

Cuando se casó con Liz, pasó más de un año antes de que pudiera acercarme a Darren de nuevo. Realmente había creído que él y yo acabaríamos juntos formalmente y que Lou llegaría a entenderlo. Pero no, fue y se casó con Liz, aunque al final le dejé retomar donde lo había dejado conmigo.

Creo que él es una de las principales razones por las que Liz decidió incriminarme por el asesinato de Lou: para quitarme de en medio definitivamente. Aunque a menudo me he preguntado por qué la mató a ella y no a mí. ¿Qué había hecho Lou tan mal a Liz? Aparte de haber sido la primera en tener una relación con Darren. Y luego haberle contado la verdad sobre su aventura conmigo.

Charlie todavía no ha mencionado si sabe lo que ocurrió entre Darren y yo. Incluso si ha oído rumores, no conocerá el alcance de nuestra aventura, ni el tiempo que duró. Y así es como me gustaría que siguiera.

27

DONNA

Estoy más que nerviosa mientras hacemos cola para los controles de seguridad. Probablemente tendré que pasar de nuevo por toda la ceremonia de cómo soy responsable de Charlie. ¿Y si por haber salido tan recientemente de prisión estoy en algún tipo de lista donde no me permiten entrar? Algunos países no lo permiten.

Hay policías por todas partes. Supongo que estarían por todo el aeropuerto en un día normal, pero más aún cuando existe la posibilidad de que pase por allí un asesino múltiple que necesita ser encerrado. Un asesino con quien ya me han confundido.

Nunca he entendido cómo una persona puede arrebatar la vida a otra. ¿Cómo pueden vivir consigo mismos? ¿Cómo pueden siquiera dormir por las noches? Estaría aterrorizada de ser perseguida por el fantasma de la persona que hubiera matado. Ya es bastante malo quedarse en esa casa sabiendo que Lou y Sally, a quienes nunca conocí bien pero vagamente recuerdo del colegio, murieron allí. Y ahora Darren. Todavía no sabemos qué ha revelado el registro de la casa, pero dijeron que se mantendrían en contacto con nosotros. Es probable que Charlie sea la primera en enterarse de algo.

—¿Has encendido el móvil? —le toco el hombro mientras la cola avanza—. Por si hay noticias.

—Sí —se detiene y se gira hacia mí—. Pero no me lo recuerdes.

Miro fijamente la nuca de Stephen mientras llegamos al principio de la cola, imaginando que realmente estamos juntos. No me gustaría estar aquí sin él. Con él presente, otra persona se encarga de organizar y decidir las cosas. Me gusta eso. Nadie ha cuidado nunca de mí. Excepto Lou.

Sin embargo, me recuerda a cómo me sentí cuando Scott apareció en Harrogate para llevarme al hospital, cuando sí cuidaron de mí. Fue la noche en que pensé que Ash me había roto la muñeca. Hasta ese momento, Scott había sido bastante desdeñoso conmigo, e incluso cuando se detuvo junto al banco donde yo esperaba, era obvio que solo estaba allí para quedar bien con Lou. No sabía qué sabía él sobre mí, si ella le había contado algo sobre mi aventura con Darren, o si había sido distante desde que nos presentaron porque no confiaba en sí mismo conmigo.

Sin embargo, tres horas esperando una radiografía son suficientes para que cualquiera empiece a hablar, y ciertamente descubrimos muchas cosas el uno del otro. Fueron temas profundos además, no como la charla trivial que hacen la mayoría de los hombres. Parecía genuinamente interesado en mi origen y en lo que me hacía funcionar. Me miraba de una manera que llegaba directamente a mi alma. Apenas mencionamos a Lou.

—Cogeremos un traslado desde aquí hasta el pueblo —Stephen se vuelve hacia nosotras mientras nos dirigimos por la sala de equipajes, hacia la salida—. Luego ya veremos qué hacer.

—¿Crees que estará en algún lugar del pueblo mismo? —pregunto—. Yo creo que estará escondida en las afueras.

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Le enviaré un mensaje mientras estemos en el autobús.

—Entonces ¿todavía tiene su móvil? —la voz de Charlie se eleva —. Si es así, ¿por qué la policía no la ha atrapado aún?

—Estoy seguro de que sabrá usar lo que llaman un teléfono desechable; al menos así los llaman en las series policíacas.

—Pero ¿tienes un número para contactarla?

—He recibido un par de mensajes suyos a través de Messenger. Obviamente ha investigado y sabe que los mensajes de Messenger están encriptados si activas esa opción.

—¿Qué significa eso?

Me alegro de que Charlie haya preguntado. No quiero parecer estúpida.

—Principalmente que los mensajes no pueden ser rastreados. No como un mensaje enviado por correo electrónico o por texto.

—Ah, vale.

Nos detenemos en el mostrador de los autobuses de traslado. —¿Qué te hace pensar...?

Mi pregunta se interrumpe cuando él comienza a hablar con la mujer detrás del mostrador. Me impresiona su español. Yo literalmente solo sé decir hola. Y ya está.

—¿Qué te hace pensar que va a salir de su escondite solo porque tú se lo pidas? —Seguimos caminando—. Como tú mismo dijiste, solo estuvisteis juntos un par de días.

—Porque he conseguido darle la falsa sensación de seguridad de que voy a escuchar sus razones para lo que ha hecho. Estará pensando que si me convence con lo que me cuenta, la apoyaré para que siga huyendo. Tengo la impresión de que cree que voy a huir con ella, empezar algún tipo de nueva vida donde no pueda ser extraditada.

—¿Después de lo que ha hecho? A mis padres. Tienes que estar de coña.

Charlie y yo casi corremos para mantenernos al ritmo de Stephen. Sé que tiene las piernas largas, pero nunca he conocido a nadie que camine tan rápido.

—¿Puedes ir más despacio, por favor? —Llevo botas con tacón debajo de los vaqueros; lo único que quiero es ponerme unas chanclas y que mis pies hirviendo reciban algo de aire.

—¿Quieres confiar en mí de una vez? —grita Stephen por encima del hombro—. Te estoy diciendo que aunque la policía no pueda detenerla, yo sí puedo. Y lo haré.

Para los extraños, probablemente parecemos una familia. Madre, padre y nuestra hija adolescente. Una familia normal de vacaciones,

aunque sin equipaje. Pero mi vida, especialmente durante los últimos dos años, ha sido cualquier cosa menos normal.



—¿Has visto esto? —Stephen me pasa su móvil por el pasillo del minibús—. Por esto necesitaba venir aquí. Claramente, todavía no tienen ni idea de dónde está.

—Solo quiero verla en prisión —digo—. Que soporte lo que yo tuve que pasar. Con suerte, se enfrentará a un tiempo aún más duro por permitir que otra persona cumpliera dieciocho meses de su condena. —Dirijo mi atención a la pantalla de Stephen.

La búsqueda de Elizabeth Rhodes se ha trasladado ahora a Lanzarote, tras la información recibida recientemente por la policía.

—Espera. —Levanto la mirada—. ¿No sabrá que has sido tú quien se lo ha dicho?

—Cualquiera podría habérselo dicho —responde Stephen—. El aeropuerto, por ejemplo. Han puesto controles para que no pueda salir ahora, ¿no?

Rhodes es buscada en relación con el asesinato de varias víctimas; en primer lugar, Louisa Rhodes, de 39 años, quien murió en su jardín en Farndale hace casi dos años. Como se informó anteriormente, una mujer acaba de ser liberada de prisión tras haber sido encarcelada injustamente por su asesinato.

También Helen Atkins, de 38 años, cuya muerte inicialmente se consideró un suicidio, hasta que su cuerpo fue recuperado en una playa de Alnwick, Northumberland. Su hermana ya se había pronunciado sobre las circunstancias en torno a la muerte de Helen, descartando toda posibilidad de suicidio.

Y Sally Hughes, de 41 años, que falleció tras un paro cardíaco en la casa de Rhodes, inicialmente considerado un trágico incidente, pero ahora se sabe que ocurrió en circunstancias sospechosas. Ha sido descrita por su familia como una estrella brillante que siempre cuidaba de los demás.

La policía ahora puede confirmar que se han descubierto restos humanos en el jardín trasero del hogar de la fallecida Helen Atkins, y están trabajando intensamente para establecer una identidad firme del fallecido.

Darren, pienso para mí misma. Quién sabe adónde podríamos haber llegado él y yo si nos hubieran permitido estar juntos. Pobre Darren. Escuchar que posiblemente lo describen como el fallecido es como un golpe en el pecho. Pero tengo que controlar lo que estoy sintiendo. Por el bien de Charlie. Carole puede pensar que soy una cabeza hueca obsesionada con los hombres, pero yo cuidaré mejor de Charlie de lo que ella jamás ha hecho.

"También ha salido a la luz más información de la familia de una de las víctimas que implica a Rhodes en la muerte de su propia madre, cuando Rhodes tenía solo doce años. La policía también está investigando esto.

Es imperativo que Rhodes sea capturada lo más rápido posible. Se pide a los turistas que actualmente están en Lanzarote, o que llegarán pronto, que estén extremadamente vigilantes en todo momento. Se dice que Rhodes es altamente peligrosa y, por lo tanto, no debe ser abordada; en su lugar, se insta a los miembros del público y a los turistas a notificar de inmediato a las autoridades policiales de Lanzarote sobre cualquier avistamiento sospechoso. Todas las salidas terrestres y marítimas de la isla han sido notificadas y puestas en alerta máxima.

Mis ojos caen sobre la fotografía debajo del artículo. Apenas puedo soportar mirarla. La mujer que ha arruinado tantas vidas.

—Incluso están diciendo que mató a su propia madre. —Miro a Charlie, que está leyendo el mismo artículo en su propio móvil—. ¿Has visto esto?

—Ya lo sabía —responde Charlie.

—¿Cómo?

—No puedo decirlo.

—¿Por qué no? Tú y yo no deberíamos ocultarnos nada.

—Mira, no importa, ¿vale? —Vuelve a prestar atención a su móvil —. Lo único que importa ahora es encontrar a Liz.

—Por todo lo que escuché sobre ella, tanto de ti como de tu madre, siempre sospeché que no estaba bien de la cabeza. —Miro por la ventana la extensión de lo que parece un terreno baldío a ambos lados de la carretera. Quiero estrangular a Liz con mis propias manos, dejar que sus huesos se pudran en ese terreno baldío, justo como probablemente ha hecho con Darren.

Tengo tantas preguntas sobre el cómo y el porqué que amenazan con dejarme sin aliento. ¿Cómo piensa que puede huir a un lugar como este y que nadie la encontrará? Por supuesto que la encontrarán. Ya sea por nosotros o por la policía. No puedo imaginar que se entregue sin resistencia. Quizás sin el diario de Helen guiando a la policía hasta Darren, podría haberse escondido para siempre.

A pesar del propósito por el que estamos aquí, se me corta la respiración cuando nos detenemos al borde del paseo marítimo, junto a unas palmeras. El mar se ve tan tentador que me dan ganas de desnudarme aquí y ahora, pero dudo que Charlie me perdonara jamás si lo hiciera. Aunque quizás conseguiría que Stephen me prestara más atención.

Quiero quitarme estas botas y sentir la arena entre los dedos de los pies. Parecía que pasarían veinte años más antes de que tuviera la oportunidad de estar en un sitio como este.

Y nunca soy de las que desaprovechan una oportunidad.

28

DONNA

CHARLIE HA CEDIDO a mis insistencias y ha ido a las tiendas a por pantalones cortos, camisetas y chanclas para ambas. Una parte de mí quería ir con ella, para asegurarme de que elige algo decente, pero la otra parte agradece la oportunidad de estar a solas con Stephen, razón por la cual ahora voy tras él hacia la entrada de una cafetería en el paseo marítimo.

Le he estado dando todas las señales, pero no parece remotamente interesado. Estoy empezando a pensar que aunque me desnudara y corriera en pelotas por esa playa, aun así ni me miraría dos veces. ¿Qué demonios tiene la maldita Liz que yo no tenga? Eso es lo que quiero saber. Y mientras Charlie está fuera, voy a intentar averiguarlo.

Ella quería irse sola para poder llamar a ese chico Joel con el que está saliendo. Para decirle dónde está y lo que está pasando. Fue difícil no sentir una punzada de celos cuando se alejó de mí. Incluso Charlie tiene novio. A veces siento que estoy destinada a estar sola para siempre.

—¿Crees que esto está bien? —Stephen me pone su teléfono delante—. ¿Lo suficientemente casual?

Hola. Estoy aquí. Como acordamos. Solo dime dónde estás. xx

Estoy a punto de deslizar el dedo hacia arriba para leer los mensajes anteriores cuando Stephen me arrebata el teléfono.

—Está bien —le digo—. ¿Normalmente responde con bastante rapidez? —Una parte de mí espera que no. No quiero volver aún a Farndale. A un cuerpo en el jardín y una casa llena de fantasmas. Aunque de todos modos no podemos volver a entrar en la casa todavía. Mientras tanto, de ninguna manera quiero quedarme en casa de Carole con Charlie. Ni tener que ver la cara condescendiente de Jenna. Solo quiero quedarme aquí. Donde hace calor y sol; donde podría ser cualquiera.

—Dependerá de si tiene acceso a internet dondequiera que esté —responde. Está notablemente tranquilo considerando la situación en la que se ha encontrado—. Gracias. —El camarero pone cafés frente a nosotros. Realmente podría necesitar algo más fuerte, pero Stephen nunca me dio la opción.

—¿Por qué estás realmente aquí, Stephen? —Lo miro—. Seguramente no quieres involucrarte en todo esto, ¿no? Obviamente eres un hombre exitoso con una buena vida en otro lugar. —Un poco de adulación funciona con la mayoría de los hombres.

—Norfolk. Y sí, soy propietario de una empresa de transporte.

Ahora estamos hablando. Lou siempre decía que todo pasa por una razón; si esta es la situación que va a unirnos, que así sea. Aunque está resultando ser una cáscara más dura de romper que la mayoría.

—En respuesta a tu pregunta, Liz claramente va a evitar que la encuentren a toda costa. Pero ella y yo, bueno, nos acercamos mucho en poco tiempo.

—Vale, ahórrame los detalles. —La puerta de la cafetería emite un pitido. Un policía con una gorra asoma la cabeza y mira alrededor, luego cierra la puerta de nuevo—. Apuesto a que está buscándola a ella —digo mientras se aleja.

—Sí. —Sigo la mirada de Stephen hacia la ventana—. Mira, hay algunos más en la playa.

—¿No crees que deberías decirles quién eres?

—Es mejor que encuentre a Liz primero. —Remueve el azúcar en su café—. Aún no tengo nada que contarles.

—Creo que quieres verla. En secreto. ¿Te excita la idea de una asesina múltiple o algo así?

Su expresión se oscurece. —He pagado tu billete de avión, te he invitado a un café y te he dejado participar en lo que estoy haciendo. —Sacude la cabeza—. Y sin embargo, aquí estás, soltándome toda esta mierda.

—Lo siento. —En realidad no lo siento, pero estoy cabreada con la situación. Ahí estaba yo, pensando que Stephen quizás nos había traído a Charlie y a mí porque yo le gustaba.

—No puedes engañarme, Donna. No lo olvides.

—¿Qué demonios se supone que significa eso? —Las lágrimas saltan a mis ojos. Espero que no vaya a echarme la bronca, no puedo soportarlo en este momento.

—He estado husmeando en todos los viejos reportajes de noticias. ¿Cómo te llamaban? Ah sí, Frenemy. Ahora puedo ver exactamente por qué.

—Odio esa maldita palabra. Así que déjalo, ¿quieres? —Miro alrededor. Varios de los otros clientes nos están mirando. Probablemente solo parecemos una pareja normal, teniendo una discusión. Quizás cuando me haya recuperado, haya ganado algo de peso, me haya arreglado el pelo... Cuando vuelva a ser mi antiguo y seguro yo, entonces me mirará más de dos veces.

—Lo dejaré si tú también lo haces. Mira, podemos unir fuerzas aquí, todos nosotros. O puedes desaparecer de vuelta a Yorkshire y dejarme esto a mí —levanta la taza a sus labios.

—Simplemente no puedo entender por qué crees que puedes encontrarla más fácilmente que la policía.

—Porque ella confía en mí.

—¿Alguna respuesta? —señalo con la cabeza su teléfono.

Inclina la pantalla hacia sí mismo. —Nada.

—Mientras esperamos, ¿crees que deberíamos buscar algún sitio donde quedarnos esta noche?

Me lanza una mirada extraña mientras sorbe su café. Me vendría bien algo de comer para acompañarlo, pero esperaré a que Charlie regrese. Veré qué quiere hacer todo el mundo. Sí puedo pensar en

los demás, sin importar lo que piensen de mí personas como Carole y Jenna, y posiblemente incluso Stephen.

—No me refería a juntos —digo rápidamente—. Obviamente compartiré habitación con Charlie.

—No estaba pensando eso en absoluto.

Mi cara arde. —No quería, no pretendía, oh bueno, no importa. Escucha, ¿veré si puedo encontrar algún lugar que tenga habitaciones libres, vale?

—Si quieres.

—Bueno, todos vamos a tener que dormir en alguna parte. No hay vuelos de regreso hoy. No me apetece pasar toda la noche en la playa.

—Para ser sincero, no puedo pensar más allá de encontrar a Liz ahora mismo. —Saca una tarjeta de pago de su cartera y me la acerca—. Solo reserva algo, ¿quieres? —dice—. Algún sitio con comida. Una habitación individual para mí y una doble para vosotras dos. ¿Puedes conectarte a internet aquí? —señala con la cabeza el teléfono que he sacado de mi bolso.

Dos policías más pasan por la ventana. Si Liz se atreve a andar por ahí, no durará mucho en estos alrededores. Pero dondequiera que se esté escondiendo, tendrá que salir a por comida eventualmente. O quizás está recibiendo entregas. Aunque su cara está en todas las noticias, tanto en Lanzarote como en Reino Unido. La he visto en al menos cuatro quioscos desde que llegamos. Si le están entregando comida, alguien seguro que la reconocerá. Siendo alta, es bastante distintiva y no hay forma de disimular esos ojos saltones suyos. Nunca entenderé qué ven los hombres en ella. No cuando podrían tener a alguien que se parezca a mí. Aunque necesite arreglarme el pelo y las uñas.

Me conecto al wifi de la cafetería y entro en una página web de reservas. Es la que usé cuando reservé en Antibes. Lo que daría por volver atrás en el tiempo. Antes de soltar la verdad a Lou sobre Darren, es decir; antes de dejar que las cosas fueran demasiado

lejos con Ash, antes de hacer lo que hice con Scott. Algunas cosas puedo perdonármelas, pero hacerle una mamada al novio de mi mejor amiga en su salón no es uno de mis mejores momentos. Gracias a Dios nadie conoce los detalles exactos de lo que pasó allí, solo que algo ocurrió entre nosotros.

Tres adultos. Dos habitaciones.

El primero de la búsqueda es un hotel que parece más un barco que un edificio. Su piscina es tan azul como el cielo y es todo incluido. Lo mejor de todo, tiene un spa. Vale, no estamos aquí de vacaciones, lo sé, pero estamos aquí por una noche. Podría levantarme al amanecer, ¿no? Igual bien podría sacar algo de esta situación.

—He encontrado un sitio. Está solo a un kilómetro de distancia. ¿Lo reservo? —Le miro, esperando que no me pida ver lo que he encontrado. No puedo imaginar que aprobaría un hotel de lujo con spa.

—Hmmm. —Está leyendo algo en su teléfono—. Sí. Lo que sea.

Introduzco todos los detalles con un aleteo de emoción bailando en mi estómago. Si hay un spa, podría haber incluso una peluquería. Le obligaré a fijarse en mí aunque sea lo último que haga.

—¿Qué estás mirando? —Le devuelvo su tarjeta deslizándola por la mesa. Estoy harta ya. Solo quiero ir al hotel. No importa lo que esté pasando a nuestro alrededor, voy a tener al menos una noche sintiéndome como si estuviera de vacaciones. Aunque solo sea una pequeña muestra de la vida de gente normal.

—Estoy echando un vistazo a las noticias locales. La búsqueda de Liz es tan enorme aquí como lo era en casa.

—Es lógico —resoplo—. No quieren a una asesina entre ellos más de lo que la queremos nosotros. Potencialmente una asesina de cinco personas, además.

29

DONNA

Charlie parece un poco más animada cuando regresa a la cafetería.

—Este Joel debe de ser bueno para ti —empujo hacia ella el vaso de coca-cola que Stephen ha comprado.

—La verdad es que me siento mejor después de hablar con él —da un gran sorbo mientras cuelga su bolso en el respaldo de la silla —. Aunque me ha dicho que todo el mundo en el instituto está cotilleando.

—Es inevitable —dice Stephen—. Pero pasará.

—Algunas chicas han dicho cosas horribles. Joel no quería contarme lo que decían, pero le obligué.

—Eso dice más de ellas que de ti —continúa Stephen.

Quiero preguntarle quién se cree que es, una especie de consejero sentimental. Debería ser yo quien le dé consejos, no él. Tampoco quiero que ella se apegue a él. Con lo reciente que está lo de su padre, podría empezar a verlo como una figura paterna.

—¿Recuerdas lo que te dije? —alargo la mano para tomar la de Charlie—. ¿Justo después de que muriera tu madre?

—No —me mira con los ojos muy abiertos—. ¿Qué?

—Que si la gente maltrata a otros, un día eso les perseguirá. Recibirán su merecido por acosar. Puede que tarde días, semanas o meses. Pero lo recibirán.

—Supongo que sí.

—Al menos tienes a tu chico. Parece muy comprensivo.

Digo eso, aunque no puedo imaginar por qué le estaría contando lo que dicen los otros chicos del instituto, cuando ya tiene tanto con lo que lidiar.

—Dice que sin importar lo que haya pasado, siempre estará ahí para mí.

—Estoy deseando conocerle.

Ella frunce el ceño y juro que veo las palabras ni lo sueñes flotando en sus ojos.

—No te avergonzaría ni nada por el estilo.

—Ni siquiera la abuela lo ha conocido todavía —dibuja líneas en la condensación del lateral de su vaso y parece sumida en sus pensamientos.

—¿Estás bien?

—Es muy extraño. Cuando mamá murió, sentí como si mi vida también hubiera terminado. Pero con papá, la idea de que probablemente esté muerto se siente horrible y me golpea una y otra vez, pero de alguna manera puedo sobrellevarlo mejor que con mamá.

—Es cuando alguien es una presencia constante en tu vida que resulta más difícil —Stephen apura lo último de su café, con la mirada perdida.

—Pero yo seguía queriendo a mi padre —Charlie sorbe por la nariz—. Daría cualquier cosa para que las cosas hubieran sido diferentes.

—Quizás lo sean —responde Stephen.

Decido no preguntarle qué quiere decir. Esto no nos está ayudando a salir de aquí.

—¿Qué me has comprado? Me vendría bien cambiarme estos vaqueros.

—Está todo en la bolsa —responde Charlie—. Espera un momento. Quiero comprobar las noticias otra vez.

—No hay nada nuevo —Stephen toca su pantalla por lo que parece la millonésima vez desde que nos sentamos—. Y Liz aún no ha respondido.

—¿Le has enviado un mensaje? —pregunta Charlie con los ojos muy abiertos—. ¿Puedes ver si lo ha leído?

—No lo ha hecho. Pero estoy seguro de que responderá cuando lo lea. Lo único que podemos hacer es esperar.

En cambio, es mi teléfono el que suena. Lo agarro rápidamente, ya que es el primer mensaje de texto que recibo desde que me liberaron. No es de nadie de mi lista de contactos. No es que haya muchos contactos en ella, de todas formas.

Donna, soy Brad (Ash). Siento haber tenido que irme corriendo del juzgado el otro día. En fin, me han dado la libertad condicional así que estaría bien verte. Entiendo si no quieres, pero quiero explicarte por qué mentí sobre ti. Realmente pensé que habías sido tú quien me había denunciado aquel día. Pero entonces Georgia me contó la verdad. Espero que me des la oportunidad de explicarme. Por los viejos tiempos, si no por otra cosa. Tendrá que ser pronto porque mi abogado cree que tendré suerte si no me cae una temporada corta. X

Ha puesto un beso al final. Sé exactamente lo que eso significa. Me habrá visto en el banquillo ayer y estará viendo sus posibilidades de nuevo, igual que aquella primera noche cuando salí con Lou. Es mala noticia, lo sé, pero aun así la emoción burbujea dentro de mí como lava. No puedo evitarlo.

—¿De qué te estás riendo? ¿De quién es? —Charlie se asoma por encima de mi hombro.

—De nadie —coloco el teléfono boca abajo sobre la mesa, pero ella lo agarra y logra leer las primeras palabras antes de que pueda impedírselo.

—¿El tío que te pegó te está enviando mensajes? —arruga la cara—. ¿El que te mandó a prisión?

—No te preocupes —le quito el teléfono de la mano y lo meto en mi bolso—. No voy a acercarme a él —miro el mensaje de nuevo—. Aunque quizá debería responderle.

—¿Estás loca? —Charlie me mira con ojos entrecerrados y, una vez más, siento como si tuviera a Lou sentada a mi lado.

~

Veo el hotel con forma de barco a lo lejos en cuanto salimos de la cafetería. Sin duda es el edificio más impresionante de los alrededores. Seguimos la aplicación de mapas en el móvil de Stephen para salir de la zona comercial y comenzamos a subir el kilómetro cuesta arriba hasta el hotel.

Voy resoplando y jadeando todo el camino, ya que apenas usé el gimnasio mientras estuve en prisión. Tenía demasiado miedo de que alguna de las otras reclusas me dejara caer una pesa en el pie o me golpeara en la cabeza con una. Pasé la mayor parte del tiempo intentando mantenerme apartada.

Pero cuando todo esto termine, me apuntaré a un nuevo gimnasio, uno elegante. Va a ser la operación Donna, a toda marcha. Ahora mismo soy un desastre en todos los aspectos.

Gracias a Dios que nunca tuve que volver a ese lugar. Me habría gustado ver algunas de sus reacciones tras mi absolución. Incluso la noche antes de mi apelación, cuando estaba haciendo cola en el comedor, recibía comentarios como volverás, nos vemos después, y si logras salir, será porque te ofreces a follarte al juez.

—Ya hemos llegado —digo cuando finalmente arribamos a la entrada. Charlie y Stephen ni siquiera están sin aliento, lo que me hace sentir aún más avergonzada.

—¿Aquí? —Charlie mira hacia arriba y puedo notar por su cara que está realmente impresionada. No tan impresionada como yo. El lugar se ve incluso mejor en persona que en la página web. Normalmente suele ser al revés.

—Tiene que ser una broma. —Stephen saca el móvil de su bolsillo, probablemente para comprobar cuánto ha pagado por esto.

—No había muchos sitios con disponibilidad —me encojo de hombros—. Tú me dijiste que buscara algo.

Él niega con la cabeza y señala la puerta. —Bueno, ya que te has gastado todo mi dinero... —su voz se suaviza y estoy segura de ver rastros de diversión—. Te dejaré que organices también las llaves de

las habitaciones. Yo estaré ahogando mis preocupaciones económicas en el bar.

Al menos lo está tomando a broma. Pero no me siento mal. Ni un poquito. Evidentemente tiene montones de dinero y no debería importarle gastarlo por una buena causa. Charlie parece no saber a quién seguir primero, si a mí o a él, así que me alegro cuando es a mí a quien acaba siguiendo. Estar aquí con ella me hace añorar a Lou, me recuerda tanto a ella. Era una parte integral de mi mundo... no puedo creer todo lo que ha pasado. Ni siquiera tuve la oportunidad de llorar a Lou como es debido. Estaba demasiado ocupada luchando por sobrevivir, tanto antes de mi condena como después.

Charlie se deja caer en un banco cerca del mostrador mientras hablo con el impecable recepcionista. Pregunto por los horarios de las comidas, de la piscina y del spa... lo importante.

—¿Estáis aquí solo una noche? —Me mira con curiosidad—. ¿Habéis venido desde Inglaterra?

—Quizás prolonguemos nuestra estancia. Ya os lo haremos saber.

—Es un largo viaje... ¿Habéis oído, verdad? La mujer. La que mata. También está aquí. La policía ha estado aquí. Comprobando. ¿La conocéis? ¿De Inglaterra?

—Más o menos —respondo.

Si Charlie no estuviera sentada cerca, observando, probablemente le habría sugerido que nos viéramos después de su turno para discutirlo más a fondo. Siempre me han gustado los hombres españoles. Como Stephen se está haciendo el difícil, más que la mayoría de los hombres que conozco, bien podría aprovechar al máximo lo que podría ser mi única noche aquí.

Entonces la posibilidad de recibir noticias sobre Darren en cualquier momento me abofetea la cara otra vez. Necesito quedarme con Charlie, lo sé.

—¿Nos tomamos algo? —Me arrastro con mis nuevas chanclas hacia ella. Me están pellizcando entre los dedos, pero son mejores que ir cloqueando con mis botas de invierno—. Ya tengo las llaves.

—Solo quiero ducharme y cambiarme —responde—. Pero me da miedo buscar la habitación sola. Cuando estaba hablando con Joel antes, tenía miedo de encontrarme con Liz. No había pensado realmente en ello antes de dejarte.

—Estará escondida en algún sitio. —Le aprieto el brazo. Se ha vuelto casi infantil otra vez. Pero me gusta que me necesite.

—He recibido un mensaje de Georgia diciendo lo mismo que Joel: que no vaya sola a ningún sitio. Después de contarle dónde estaba, claro.

—¿Qué quería ella? —Maldita Georgia. Fue cordial conmigo en el juicio, pero yo podía notar lo que realmente pensaba.

—Solo estaba poniéndose en contacto conmigo. Ha mantenido el contacto desde que murió mi madre. Obviamente conoce lo último, lo de Helen, y Sally, y...

—¿Así que le has dicho que estás en Lanzarote?

—Sí. Por eso me estaba diciendo que tuviera cuidado.

—¿Sabe que estás conmigo?

—¿Qué diferencia supone eso?

—Ninguna. Pero espero que no se lo diga a Ash. —En secreto, quizás sí que lo espero.

—Simplemente no me dejes sola —dice con voz débil—. Si me tropezara con Liz, quién sabe lo que podría hacerme.

—No veremos nada de Liz, estoy segura. Somos las últimas personas que esperaría que aparecieran por aquí. Pero no te preocupes. Por supuesto que me quedaré contigo.

30

DONNA

CUANDO LE LLEVAMOS la tarjeta llave a Stephen al bar, realmente preferiría quedarme y tomar una copa con él, pero me conformo con llenar una copa de vino para llevármela a la habitación. El deber llama. Charlie y yo nos dirigimos hacia el ascensor de cristal y pulso el botón para el último piso.

—Vaya, me está mareando estar a esta altura.

Podemos ver por encima del restaurante, los bares e incluso la zona comercial en la planta baja. El hotel es más vasto por dentro de lo que parecía desde fuera.

—Aléjate del borde —le digo a Charlie mientras salimos del ascensor—. Esos pretiles son demasiado bajos para mi gusto.

Ella se acerca sigilosamente y mira por encima de uno. Literalmente llegan a la altura de la cintura. No me hace ninguna gracia.

A ella tampoco. —Realmente no me gusta esa caída. Pensarías que estas paredes serían más altas o tendrían una barandilla por encima, ¿verdad?

—Entonces aléjate, me estás poniendo nerviosa. Dios mío, si alguien estuviera realmente borracho, podría caerse fácilmente. Esas plantas no harían mucho para detenerlo.

—Uf. Me está dando náuseas. ¿Buscamos esta habitación, de acuerdo?

Nuestra habitación es tan opulenta como cabría esperar de un lugar como este.

—¡Guau! —Charlie da vueltas en el centro, con su pelo rubio ondeando tras ella. Me encantaría que el mío fuera naturalmente de ese color, en lugar de costarme una pequeña fortuna cada vez que visito la peluquería. Desearía tener su juventud y energía sin más. Odio envejecer. Y odio aún más haber tenido que desperdiciar muchos meses de mi preciosa vida encerrada entre rejas.

Charlie se vuelve hacia mí. —¿Quién está pagando todo esto? —Deja caer su bolsa en el centro de una de las camas—. Aún no tienes dinero, ¿verdad? ¿Tengo que pagarlo yo?

—Stephen muy generosamente me dio su tarjeta bancaria.

—¿En serio? —Entonces parece mirarme más detenidamente—. Tú y él. No... no estáis... ¿Verdad?

—No puedo mentir. Quizás una vez que estemos...

—Puaj. —Charlie arruga la cara—. ¿Incluso cuando él y Liz han, bueno, ya sabes?

No voy a tener esta conversación con Charlie. Además, Stephen no sería el primer hombre al que he perseguido, y a sabiendas "compartido" o pasado después de otra mujer. Cuando llegas a mi edad, todos los hombres decentes o están cogidos, son homosexuales o tienen serios problemas de compromiso.

Abro las puertas del balcón de par en par. Mientras jadeo ante la vista sobre la piscina, es fácil olvidar la verdadera razón por la que estamos aquí.

—No voy a salir ahí —grita Charlie desde el baño—. Ni hablar. ¿Por qué tuviste que reservar una habitación tan alta? De todos modos, me voy a duchar.

—¿Qué? ¿Ahora? —le contesto, molesta—. ¿Antes que yo? —Me habría gustado ser la primera en usar el baño con todas las lociones y pociones que vi al pasar.

El clic de la puerta y el posterior susurro de la ducha responden a mi pregunta. Me dejo caer en la cómoda cama y observo el entorno. Mi celda de prisión podría caber diez veces en esta habitación, y el aire acondicionado se siente maravilloso contra mi piel caliente. Inglaterra está muy, muy lejos y no tengo prisa por volver allí.

Echo un vistazo a los armarios con espejos. Tengo un aspecto horrible. Mi pelo se adhiere a los lados de mi cuello como algas y se me ha corrido el rímel. Necesito desesperadamente ganar algo de peso después de toda esa pésima comida de prisión. Los pantalones cortos y camisetas que Charlie compró son todos talla 38 y me van a quedar holgados cuando me cambie.

No es de extrañar que Stephen esté resultando tan difícil de conquistar. En mi vida antes de la prisión, lo habría tenido comiendo de mi mano a estas alturas.

El teléfono de Charlie suena, haciéndome saltar. Me inclino hacia él. Es la maldita Carole. Dudo. Pero podría tener noticias sobre Darren. Voy a contestar.

—Soy Donna —digo—. Charlie no está aquí ahora.

—Tengo toda la intención de denunciarte por secuestro infantil —chilla—. ¿Cómo te atreves a llevarte a mi nieta...

Pulso el botón de finalizar llamada. Charlie claramente le ha hecho saber dónde está.

Casi inmediatamente, el teléfono vuelve a sonar con fuerza. Lo miro, esperando que no sea Carole otra vez. Ha aceptado la decisión de Charlie de volver a casa y vivir conmigo, pero está claramente furiosa porque la haya traído aquí. Lanzo un suspiro de alivio cuando veo que no es ella. Es Joel. Agarro rápidamente el teléfono de la cama.

—Hola —digo con mi mejor y más seductora voz telefónica.

—Esa no es Charlie —se ríe—.

—No. Soy Donna. Su madrina, de hecho.

—Eso pensaba. He oído mucho sobre ti —suena como un chico decente. Me alegro.

—¿Todo bueno, espero? —De repente me siento insegura. Me devastaría enterarme de que Charlie dijera algo negativo sobre mí. A pesar de todo lo que ha pasado antes, quiero que me quiera con locura. Estoy segura de que lo hace, o no habríamos llegado a donde estamos hoy.

Me visitó en prisión, luego vino a la apelación. Después, lo más revelador, aceptó sin pensarlo dos veces que me mudara a la casa con ella.

Y ahora esto: otra experiencia que nos unirá para siempre. Tenía el mismo tipo de relación con Lou; sin importar lo que hiciera o no hiciera, teníamos un vínculo tan cercano como el de una familia. Siempre podía convencerla.

—¿Está ahí? ¿Puedo hablar con ella?

—Ahora mismo no. ¿Puedo ayudarte?

—Solo estaba comprobando si está bien. Sonaba disgustada cuando hablé con ella antes. Ya sé que es lógico, con lo de su padre, pero...

—Está bien. La estoy cuidando muy bien. De todos modos, estoy deseando conocerte. Deberías venir a cenar cuando volvamos a casa.

—Eh, sí —suena inseguro.

—Necesito comprobar si eres tan agradable como suenas —Mierda. He caído en la voz melosa que siempre reservo para los hombres. Ni siquiera sé qué edad tiene este chico—. Así que, sí. Le diré que has llamado. Hasta pronto, Joel.

—¿Qué haces respondiendo a mi teléfono? —Charlie emerge del baño, con vapor elevándose desde sus hombros.

Me encantaría cambiar de lugar con ella. Es tan naturalmente guapa, mientras que yo tengo que esforzarme cada vez más. Además, me habría encantado tener su madurez y confianza cuando tenía su edad.

—¿Te he oído decir Joel?

—Suena encantador —sonrío mientras alcanzo la toalla al pie de mi cama.

Una oscuridad entra en sus ojos. —Es un poco joven para ti, Donna.

Me río. —Por supuesto que lo es. Solo estaba diciendo lo que tu madre podría haber dicho si todavía estuviera por aquí. Seguramente querría que yo evaluara a tus novios. —Me doy cuenta de que he utilizado la expresión equivocada con evaluara a tus novios tan pronto como lo he dicho. Su rostro se oscurece aún más.

—Mira. Siento haber respondido a tu teléfono. Solo pensé...

—Preferiría que no lo hicieras en el futuro. Ni siquiera mamá lo habría hecho —saca sus nuevos pantalones cortos y una camiseta de la bolsa de la compra.

—Vale. Es justo.

—¿Qué le has dicho, de todos modos? —se aprieta la toalla alrededor. Si es como yo a su edad, querrá que salga de la habitación para poder vestirse.

—Le he invitado a cenar.

—¿Has hecho qué? —su voz resuena en mis oídos mientras cierro la puerta del baño detrás de mí.

31

DONNA

AUNQUE TENGAMOS que volver a casa hoy, al menos he disfrutado de esta mañana. He nadado cincuenta largos en la piscina y he aprovechado al máximo las salas térmicas del spa. Charlie probablemente sigue profundamente dormida. Quizás no esté muy contenta cuando descubra que la he dejado sola, pero está encerrada allí. Está perfectamente segura.

Después de que se quedara dormida anoche, esperé hasta que estuviera profundamente dormida. Luego la dejé, con la esperanza de ausentarme mucho más tiempo del que realmente estuve. Animada por dos copas de valor holandés, me había puesto un poco de rímel, me había arreglado el pelo y había llegado a la puerta de Stephen.

—¿Puedo entrar?

—¿Para qué? —Estaba vestido, o desvestido, solo con una toalla, y me encontré deseando que se le cayera al suelo.

—Para hablar contigo.

—Acabo de salir de la ducha. ¿No puede esperar hasta mañana?

—No. Quiero hablar contigo ahora. —Nunca he tenido que luchar tanto. Quiero decir, técnicamente él también está soltero. Quizás he perdido mi toque.

—Espera ahí mientras me pongo algo de ropa.

Cuando abrí la boca para decir no te molestes, él ya había cerrado la puerta. Estuve paseando de un lado a otro durante unos minutos, mirando por el balcón la vida vacacional abajo. Había un grupo actuando en el bar, hacía tanto ruido allí fuera, pero era inaudible desde nuestra habitación. Luego un grupo de mujeres riendo a carcajadas mientras se acercaban a la puerta giratoria, probablemente camino a un club. Mientras tanto yo, recién liberada después de dieciocho meses de encarcelamiento, estaba atrapada en una habitación de hotel para la noche. Así que me merecía esta pequeña diversión.

Finalmente Stephen abrió la puerta de nuevo. —Entra.

—Gracias. —Miré de arriba abajo sus pantalones cargo y camiseta blanca que resaltaban sus músculos esculpidos, mientras me preguntaba otra vez qué tenía Liz que yo no tuviera.

—¿De qué se trata? —No me invitó a sentarme.

Miré hacia su cama y luego hacia él. —Es solo que, em, me preguntaba...

—¿Qué?

—Si te gustaría que te acompañara cuando vayas a buscar a Liz. Si te responde, quiero decir. —No me respondió, así que continué—. No creo que debas ir solo. Bueno, como ya sabes, no creo que debas ir en absoluto.

—Ese es exactamente el objetivo de este viaje. Encontrarla yo mismo. La policía no lo ha conseguido hasta ahora, ¿verdad?

—Deberías contarle a la policía lo que sabes.

—Se lo voy a contar. A su debido tiempo.

—Solo quiero que estés seguro. No nos conocemos desde hace mucho, pero yo... —Hice una pausa para respirar, y él intervino.

—¿Y has venido a mi habitación para decirme eso? ¿No podía esperar hasta mañana?

Me senté en su cama. —No te importa que me siente, ¿verdad?

El movimiento de su mano sugería que sí le importaba, pero yo ya estaba allí. Crucé una pierna sobre la otra y di palmaditas en el espacio a mi lado.

—Prefiero estar de pie, gracias. Mira, ¿es eso todo lo que has venido a decir? Porque estoy realmente bastante cansado.

Me miró con impaciencia en sus ojos. Estuve a punto de hacer una de dos preguntas. Primero, ¿eres secretamente gay? O, ¿tengo que ir a asesinar a alguien para que muestres interés por mí?

—De acuerdo. —Me puse de pie entonces. Probablemente ya me había hecho suficiente el ridículo—. Solo pensé que podrías necesitar algo de compañía.



Me sumerjo en el jacuzzi y me froto la cara con una mano. La sauna ha hecho que mi piel se sienta mucho mejor después de un tiempo interminable de estar encerrada. Podría haber salido fuera —la prisión permitía una hora de "ejercicio" cada día, pero era demasiado cautelosa con lo que podría encontrarme allí. Muchas de las reclusas parecían el trasero de una vaca, mientras que, bueno, muchos hombres me dicen que soy guapa. Siempre me he cuidado.

Por lo tanto, y mi trabajadora social también lo dijo, las otras mujeres probablemente estaban celosas de mí. Me amenazaron varias veces, la más reciente cuando estaba en la cola para el comedor. Una zorra me amenazó con desfigurarme la cara con un tenedor.

En el área de ejercicio, el guardia supervisor permanece en una zona separada bajo llave. Cualquier cosa que ocurra tarda varios minutos en ser atendida. Y pueden pasar muchas cosas en varios minutos.

Me dirijo de vuelta a nuestra habitación, pasando por la piscina exterior. No puedo resistirme a descansar un poco en una de las tumbonas. Solo diez minutos. Luego volveré con Charlie. Diez minutos más sintiéndome como una veraneante normal. Los adolescentes no suelen despertarse antes del mediodía de todos modos. Yo sé que no lo hacía, así que estoy segura de que estaré bien un rato más.

Protegiéndome los ojos del sol con la mano, observo a las parejas y familias a mi alrededor. Se ponen crema solar unos a otros.

Sorben café tranquilamente. Ellos no van a verse obligados a regresar a casa después de solo un día o dos. No es que sienta que tengo un verdadero hogar. Debo seguir insistiendo con Charlie. Ella tiene el dinero para que podamos quedarnos más tiempo. Mucho más tiempo. No es como si alguna de las dos tuviera algo a lo que volver con prisa.

Parpadeando contra el reflejo del sol en la superficie de la piscina, alzo la mirada hacia el último piso del hotel. Anoche dormí como una niña en esa habitación. Pensé que me costaría acostumbrarme a dormir en el silencio de la normalidad, después de los interminables golpes y gritos del Pabellón D. Nunca dormí bien allí. Mayormente, solo existía, al límite de mis nervios.

No puedo distinguir cuál es nuestra habitación desde fuera —todas parecen iguales— oh, vaya, ahora sí puedo. Incluso desde aquí abajo, puedo ver a Charlie enmarcada en la puerta del balcón de nuestra habitación —probablemente es lo máximo que se atreverá a aventurarse. Y puedo notar por su postura con las manos en las caderas que está lejos de estar contenta.

Le saludo con la mano. Ella no me devuelve el saludo.

Suspirando, me incorporo de la hamaca y me abro paso entre los veraneantes de verdad. Aquellos que se instalan para la mañana con sus libros y sus parejas junto a ellos. Mi zigzagueo se convierte en pisotones al subir los escalones hacia la entrada trasera del hotel. Todo es tan injusto. Siempre me ha tocado la peor parte y a veces sospecho que siempre será así.

La puerta del ascensor se abre en el quinto piso con Charlie esperando al otro lado.

—Justo iba a buscarte.

Ella entra. —Sí, claro que ibas. Te vi, tumbada junto a la piscina como si estuviéramos de vacaciones.

—Dios, Charlie. ¿Qué tiene de malo fingir un poco? Solo cinco minutos. Nos merecemos unas malditas vacaciones después de todo lo que hemos pasado.

Tose cuando alguien entra al ascensor en el segundo piso, como para hacerme callar. No sé cuál es su problema —ni siquiera son ingleses.

—Mi abuela está en camino —dice Charlie mientras la sigo fuera del ascensor.

—¿Qué quieres decir con en camino? —Me quedo paralizada detrás de ella—. ¿Adónde?

—Aquí. —Se gira para mirarme—. Me envió un mensaje esta mañana, a las seis; lo acabo de leer. Si el vuelo llegó a tiempo, estará aquí en un par de horas.

Genial. Esto es justo lo que me faltaba. Mi mayor fan, Carole. Dios sabe cómo se va a comportar conmigo cuando llegue. Ya me ha amenazado con denunciarme por secuestro de menores. No sé qué bien cree que puede hacer presentándose así.

—Supongo que vamos a comer algo primero, ¿no? —Señalo hacia el comedor. Es casi como si yo fuera la adolescente y Charlie la adulta; parece que es ella quien toma todas las decisiones.

Es Stephen quien está pagando la cuenta, así que quizás deberíamos incluirlo en las cosas. Incluso después del rechazo que recibí anoche.

—¿Has visto a Stephen esta mañana? —Charlie mira hacia el ascensor. Debe de haberme leído la mente—. Quiero saber si ya ha recibido respuesta a ese mensaje.

—Ni idea. He estado en el spa. Pero también me gustaría averiguarlo. —Miro mi reloj. Debería haber aparecido hace rato.

—¿Has estado en el spa? —La voz de Charlie se eleva—. ¿Estás de broma?

—Estabas dormida, ¿no? ¿Por qué no debería aprovechar las cosas?

—Porque se supone que estamos aquí para ayudar a encontrar a Liz, ¿no? ¿Tienes su número?

—No. ¿Y tú?

Ella niega con la cabeza. —Podría estar en el comedor.

—Buena idea. Me muero de hambre. —Me dirijo hacia allí.

—Yo solo me siento enferma. —Charlie camina a mi lado—. Sabiendo que esa mujer, que ha hecho lo que ha hecho, podría estar

merodeando por aquí. Probablemente me mataría al instante si supiera que estoy aquí.

—Tendría que pasar por encima de mí primero. —Lo digo en serio. Era bastante peleona en mi adolescencia, y la cárcel me ha endurecido aún más. Estoy segura de que podría darle guerra a Liz si se acercara a Charlie. Mostramos nuestras pulseras al camarero en la puerta.

—Vaya. Mira este lugar.

La sala preparada para el desayuno es como nada que haya visto antes. Especialmente después de lo que he estado acostumbrada recientemente. Sin decir nada, Charlie y yo nos separamos y comenzamos a examinar cada extremo del comedor buscando a Stephen, antes de reunirnos de nuevo en el medio. No está aquí.

—Déjame coger algo de comer —le digo—. Luego probaré en su habitación.

—¿Cómo sabes en qué habitación está? —Me mira de forma extraña.

—Yo nos registré a todos, ¿no?



Ella deja su bandeja frente a mí. Un simple vaso de zumo de naranja y un yogur.

—Necesitas mantener tus fuerzas, ¿sabes? Ve a por unas tostadas o algo.

—Sí, mamá. —Un atisbo de sonrisa cruza sus labios solo para ser rápidamente ahuyentado por la tristeza que nubla sus ojos. Busca en su bolso el teléfono que está sonando—. Probablemente sea Joel otra vez —dice—. Creo que está preocupado por mí.

Debe ser agradable que se preocupen por ti, pienso mientras muerdo mi cruasán.

—Es Jenna —articula sin voz.

Genial. Pienso para mis adentros. Lo próximo que sabremos es que ella también estará en un avión hacia aquí.

—Voy a hablar con ella fuera donde hay más silencio —arrastra la silla con un chirrido—. Donde la gente no pueda escuchar.

—¿Quién? ¿Yo? —Espero que se refiera a gente en general, y no solo a mí. No sé qué quiere decirle a Jenna que no pueda decir delante de mí.

—Lo siento, Jenna. Sí, estoy aquí —se aleja a zancadas de nuestra mesa hacia la salida.

Con un suspiro, alcanzo mi propio móvil. Qué estúpida he sido al no intercambiar números con Stephen, y ni siquiera sé su apellido. Si no está en su habitación, tendré que preguntar en recepción por el apellido que aparecía en su tarjeta cuando nos registramos. Si es que me lo dicen, claro. Es inútil que busque en las redes sociales sin saber su apellido.

Entro en mis mensajes y vuelvo a leer el de Ash. Me muero por responder. La vida siempre parece mucho menos significativa cuando no tengo a un hombre en mi vida. Ya sé, mejor le mandaré un mensaje a Scott. El hecho de que apareciera en mi apelación tiene que significar algo.

Hola Scott, soy Donna. Solo quería darte las gracias por venir a mi apelación; tu apoyo significó mucho para mí. Es una pena que tuvieras que marcharte tan rápido, habría sido agradable ponernos al día. x

Veamos qué pasa con eso. Puedo entender por qué me dejó antes, pero ahora, no hay nada que se interponga en nuestro camino.

Al levantar la vista, veo a Charlie, caminando de un lado a otro en el pasillo fuera del comedor. Luego se desploma en uno de los bancos y hunde la cabeza entre las manos. Algo ha pasado. Darren.

Dejo lo que queda de mi cruasán en el plato y salgo corriendo hacia ella. Todavía sujeta el teléfono mientras me mira, con una expresión difícil de descifrar. Sea lo que sea que le han dicho, no son buenas noticias.

Me siento a su lado. —¿Estás bien?

—Jenna quería informarme antes de que me enterara por los medios. Probablemente por eso la abuela viene hacia aquí.

—¿Informarte de qué?

No necesita decir las palabras en voz alta. Ya lo sé. Creo que lo supe tan pronto como nos dijeron que habían encontrado restos humanos en ese jardín. Quizás incluso lo sabía desde antes. En el fondo.

—Es él. Han comparado su ADN con el mío —su voz es un susurro—. Es mi padre. —Los transeúntes que pasan por nuestro banco nos miran fijamente. Después de todo, este es un lugar de disfrute, no un lugar para recibir noticias de muerte. Cierro los ojos mientras la acerco a mí.

Darren y Lou están juntos de nuevo, dondequiera que estén, a manos de la misma mujer perturbada. Me he distraído con Stephen y con este lugar; he estado distraída solo por estar libre otra vez. Pero ahora debemos concentrarnos. Hoy debemos encontrarla.

El tiempo parece detenerse mientras estamos sentadas, ella aferrada a mí, pero el sonido de su teléfono nos devuelve al presente.

—No conozco el número —me pasa el teléfono—. ¿Puedes encargarte tú?

Lo cojo de su mano. —¿Diga? —Probablemente sea la policía. O un periodista.

—¿Es Charlie? —La voz me resulta familiar.

—No. Pero puedo darle un mensaje. ¿Quién es?

Charlie me observa con ojos llorosos.

—Soy Scott.

Me siento erguida. —¿En serio? Intenté mandarte un mensaje antes... yo...

—¿Puedo hablar con Charlie, por favor?

¿Qué le pasa a todo el mundo? Bien podría ser invisible. Cubro el micrófono con la mano. —Es Scott, nada menos. Pero no quiere decirme qué quiere.

—Debe de haberse enterado de lo de papá. Pero no quiero hablar con él. ¿Puedes deshacerte de él por mí?

Me llevo el teléfono a la oreja de nuevo. —Ella no...

—Lo he oído. Mira, solo llamaba para decirle cuánto lo siento. Acabo de enterarme de la noticia. Quería hacerle saber que si alguna vez necesita algo...

—Eso es muy amable por tu parte —empiezo, mi voz adoptando su habitual tono de estoy hablando con un hombre. Bueno, esto es esperanzador—. Yo...

Charlie me arrebata el teléfono y pulsa el botón para finalizar la llamada. —Acabo de enterarme de que mi padre está muerto —espeta—. Y tú estás coqueteando una vez más con el novio de mi madre. Eres una vergüenza.

Con eso, se marcha airada, dejándome sin palabras por una vez. Hundo la cabeza entre las manos mientras me inclino hacia adelante en el banco. Entonces aparece un mensaje en mi teléfono.

Solo para que conste, no estaba en el juicio para apoyarte. Estaba allí con la esperanza de conocer más de la verdad sobre lo que pudo haberle pasado a Lou. Tampoco estaba llamando para hablar contigo. Fuiste, y sigues siendo, el mayor error que he cometido jamás. Scott.

32

LIZ

Me estoy volviendo loca aquí dentro. Sí, tengo la dichosa terraza para sentarme, pero es tan interesante como mirar las cuatro paredes de este apartamento minúsculo. Estoy harta de ver pasar las horas y me he quedado sin vino.

Podría pedir que me lo trajeran, pero difícilmente puedo hacer un pedido, no usando una tarjeta con mi nombre. En realidad, solo debería pagar en efectivo. Pero eso significa salir.

Necesito saber qué está pasando y si la policía tiene alguna idea de dónde estoy todavía. Stephen debe de haber llegado ya, así que necesito desesperadamente conectarme a Messenger. Es muy tentador comprar cobertura de internet en itinerancia para poder leer las noticias y recibir sus mensajes, pero eso significa registrar el número y, de nuevo, usar mi tarjeta.

Con suerte, Stephen encontrará una forma de sacarme de aquí y llevarme más lejos. Tiene dinero. También debe conocer a gente. Si quiere estar conmigo, tendrá que mover algunos hilos.

Doy cuatro pasos hasta el baño y me miro fijamente en el espejo. Mi pelo, ahora teñido de rojo, es diez centímetros más corto de lo que era. Alcanzo mi bolsa de maquillaje. Me lo pondré lo más cargado posible y mantendré las gafas de sol y el sombrero puestos todo el tiempo mientras esté fuera. Estoy segura de que puedo

arriesgarme a bajar caminando hasta el café si soy cuidadosa, y esconderme en ese mismo hueco de antes. No me parezco en nada a mí misma a menos que me quite las gafas de sol. Darren siempre decía que tenía unos ojos distintivos, sea lo que sea que quisiera decir con eso.

Miro por la ventana los coches que pasan, luego a los grupos de gente, todos sin duda dirigiéndose a la playa. Si no hubiera hecho lo que he hecho, casi podría formar parte de uno de esos grupos. Donde mi única preocupación sería acordarme de ponerme crema solar y asegurarme de pillar la mejor hamaca.

Mientras les veo pasar, charlando y riendo, odio a todos y cada uno de ellos. Les odio por su tranquilidad mental, su libertad y sus relaciones entre ellos. Estoy harta de no tener a nadie.

¿Quién sabe si podré convencer a Stephen de que he actuado en defensa propia y autopreservación? También tengo que persuadirle de que en los casos de Helen y Sally, fue como pareció al principio: un suicidio y un paro cardíaco, y que la policía está completamente equivocada.

Mientras esté en el café, voy a investigar en qué países podría estar segura, donde nadie pueda tocarme. Y de alguna manera, voy a conseguir llegar a uno de ellos más pronto que tarde. Debería tener dinero suficiente para un pasaporte falso. Después de todo, ¿de qué sirve aferrarme a mi libertad si estoy encerrada aquí? Es como estar en prisión de todos modos.

Hay un grupo de mujeres en la distancia. Vienen hacia aquí. Miro los pantalones cortos y la camiseta sin mangas que he estado llevando desde que llegué. Al menos me camuflaré. Si camino lo suficientemente cerca detrás de ellas, pareceré parte de su grupo. Nadie me prestará atención.

Cogiendo mi bolso y poniéndome el sombrero en la cabeza, cierro rápidamente la puerta y me dirijo hacia la acera, siguiéndolas discretamente. No tan cerca como para que piensen que soy una bicha rara, pero no tan lejos como para llamar la atención.

Son americanas y, a juzgar por la mujer arreglada al frente del grupo, están en una despedida de soltera. Siempre he sido solitaria, pero ir detrás de sus risas y gritos me hace sentir más sola que nunca. Nunca he tenido amigas de verdad y ciertamente no tuve ningún tipo de despedida de soltera cuando me casé con Darren. Supongo que Sally fue lo más parecido a una amiga que tuve, pero solo me quería por lo que podía sacar de mí, como demostró una y otra vez.

La única otra persona en quien intenté confiar fue Darren. Mira dónde me llevó eso al final. Y a él.

—¿Puedo ayudarte? —Una de las mujeres del grupo se da la vuelta de repente y se planta frente a mí.

—Eh, no. Lo siento. Solo voy en la misma dirección que vosotras. —Otra mujer de su grupo se gira y me mira con el ceño fruncido. Mi estómago se retuerce mientras me invade el pánico de que me hayan reconocido. Me quedo más atrás y su alboroto se reanuda rápidamente. Dejo escapar un largo suspiro de alivio.

Otro grupo, mixto esta vez, me está alcanzando, así que me mantendré lo más cerca posible de ellos sin que me increpen. Esto es lo que se conoce como seguridad en números. Es un verdadero riesgo aventurarme así, pero una vez que esté bien instalada en el rincón de ese café, estaré bien. Hasta ahora he estado segura allí y, con suerte, solo Stephen sabe que estoy aquí.

Realmente espero que salga bien, confiar en Stephen de esta manera. Mi instinto me dice que sí, aunque mi cabeza me dice que no debería confiar en nadie. Su rostro aparece en mi mente... si tan solo hubiéramos podido seguir como estábamos, sin todo lo que ha salido a la luz desde entonces. Nadie me ha mirado nunca como él lo hace, es como si pudiera ver quién soy realmente en mi interior. El lado decente de mí.

No soy una asesina malvada que disfruta acabando con la gente. Más bien, me he visto obligada a hacer lo que he tenido que hacer, principalmente para sobrevivir. Sin embargo, no tengo más opción

que confiar en él; si no hago algo, o voy a morir de aburrimiento dentro de ese apartamento, o me atraparán intentando seguir adelante. Al menos con la ayuda de Stephen, tengo muchas más posibilidades de evadir la captura. Y si hay una posibilidad, por pequeña que sea, de dejar atrás todo lo que he hecho y empezar de nuevo, voy a agarrar esa oportunidad con ambas manos.



He estado viviendo de adrenalina durante las últimas dos semanas y mi apetito está por los suelos. Pero debo obligarme a comer. Tengo que hacerlo si quiero tener la fuerza para continuar así. Mientras hago mi pedido en la barra, imito el acento americano que escuché de camino aquí. Tanto si la policía me está buscando como si no, no quiero llamar la atención sobre mí como una inglesa. Si nunca vuelvo, ya no me importa. No me queda nada en Inglaterra, siempre y cuando pueda conseguir que Stephen se quede conmigo dondequiera que acabe. Apenas puedo esperar a llegar a mi asiento en el rincón y conectarme al wifi. Para ver si me ha respondido.

Me siento de espaldas a la puerta y me conecto. El mensaje de Stephen aparece inmediatamente.

Hola. Estoy aquí. Como acordamos. Solo dime dónde estás. xx

Está aquí. Realmente está aquí. Un rubor se extiende por mi cuello. Sabía que vendría. Sabía que me ayudaría. Con Stephen a mi lado, puedo superar cualquier cosa.

Me encanta cómo comienza algunos de sus mensajes con hola. Para haber viajado todo este camino para escucharme y ayudarme, debe pensar algo bueno de mí. El mensaje fue enviado ayer por la tarde. Pensar que ha estado aquí, en Lanzarote, toda la noche. Podría haber ido a buscarlo, o él podría haberse quedado en el apartamento ahora que lo he limpiado. Respiro hondo. Tengo que confiar en él. Puedo confiar en él.

Me alegro de que hayas llegado. ¿Estás definitivamente solo? ¿Puedo confiar en ti? x

—Gracias —Estoy tan nerviosa que olvido el acento americano cuando la camarera coloca mi café y mi sándwich delante de mí. Es casi todo lo que puedo tolerar. Antes de que pueda volver a mi teléfono, dos policías pasan caminando frente a la ventana del café. Resistiendo el impulso de deslizarme debajo de la mesa, intento mordisquear mi sándwich y parecer normal, aunque estoy temblando por dentro. Van a decirme algo, estoy segura. Entonces, mi teléfono suena.

Por supuesto que puedes confiar en mí, Liz. Por eso estoy aquí. Solo dime dónde estás, e iré enseguida. Podemos hablar.

Quiero eso más que nada en el mundo. Pero no ha puesto un beso al final de este mensaje como suele hacer. ¿Qué significa eso?

Dios mío, la puerta del café se está abriendo. Ahora mismo. No pueden llevarme. No antes de que haya tenido la oportunidad de ver a Stephen. Miro fijamente su mensaje, las palabras se vuelven borrosas ante mis ojos.

—Perdone —una voz femenina a mi lado me sobresalta.

—No hablo español —sin haberlo planeado, vuelvo al acento americano.

Un agente masculino aparece a su lado y parece estar examinándome. Ella le dice algo en español. ¿Qué está diciendo? ¿Y si está diciendo, podría ser ella?

—¿Su nombre, por favor? —dice él.

—Beth Carson —podría darme una patada a mí misma. Por qué la variación de mi nombre real y el apellido de soltera de mi madre son los primeros nombres que me han venido a la cabeza es algo que cualquiera podría adivinar. Debería haberlo pensado antes. No puedo estar dudando sobre cuál es mi propio nombre cuando me lo preguntan. Estoy segura de que me preocupo por nada. Nadie sabe quién es mi madre.

—¿Identificación? —me muestra la palma de su mano.

Niego con la cabeza. —No la llevo encima. Lo siento —ahora sí que podría estar en problemas.

La agente se aleja y comienza a interrogar a los clientes de las mesas vecinas. Intento liberar algo de tensión de mis hombros. Supongo que si sospecharan de mí, ambos habrían mantenido su atención en mí. Pero aún no estoy fuera de peligro. Ni de lejos. Él todavía sigue aquí.

—¿Dónde se aloja? —su voz es brusca. Casi impaciente. Parece que ya tengo mi respuesta a la pregunta de si la policía sabe que estoy en Lanzarote. Quizás están dirigiéndose a todas las mujeres que parecen estar solas.

Señalo en la dirección opuesta a la que he caminado y suelto el nombre de un hotel por el que pasé cuando me bajé del taxi. Me sorprende que se me haya quedado grabado en la cabeza y nunca he estado más agradecida.

—¿La acompañamos? —señala hacia la puerta.

—¿Para qué?

—Por su identificación —alcanza la radio en su hombro.

—Pero estoy esperando a un amigo —señalo la silla frente a mí, luego mi sándwich—. Y tengo esto para comer.

—¿De dónde es usted?

Justo cuando siento que mi corazón podría saltar de mi pecho, la agente farfulla algo en su radio, luego de repente agarra a su compañero masculino y lo conduce hacia la puerta tomándolo del brazo.

Observo cómo corren en dirección a la playa y saltan a una furgoneta patrulla que espera en la carretera. Con un aullido de su sirena, se ponen en marcha, con las luces parpadeando, en cuestión de segundos.

Me he librado, al menos por ahora. Pero estoy temblando de dentro hacia fuera. Eso. Ha. Estado. Muy. Cerca.

Será mejor que salga de aquí pronto.

Cuando me he recompuesto lo suficiente para responder a Stephen, cojo mi teléfono.

Ve a la esquina donde están las bicicletas de alquiler. Es la calle que baja a la playa, digamos dentro de una hora. Podré verte desde mi ventana. Una vez que sepa que estás definitivamente sola, te diré exactamente dónde estoy. x

Vale. Como te dije, puedes confiar en mí. Solo quiero ayudarte. x

Una de las cosas que mamá solía decir cuando no estaba colocada era: nunca, jamás confíes en una persona que te dice que puedes confiar en ella.

33

DONNA

Dejo a Charlie en la habitación hablando por teléfono con Joel. Está bastante tranquila, considerando todo. Sin duda, las noticias que hemos recibido la golpearán como un autobús más tarde.

Me dirijo por el pasillo y llamo a la puerta de Stephen antes de esperar unos momentos. ¿Dónde está? Me sorprende que no nos hayamos cruzado hoy. Quizás me está evitando después de que apareciera aquí anoche.

El hombre de recepción suelta algo sobre protección de datos cuando pregunto por el número de teléfono de Stephen. Pido hablar con un encargado. Normalmente puedo ser muy persuasiva, pero parece que he perdido mi toque desde mi temporada en prisión.

Espero en el banco de mármol en el centro del vestíbulo de recepción, después de que me dijeran que estará conmigo en unos minutos. Escaneo a todos los que pasan, buscando a Stephen. Todos van en pantalones cortos, chanclas y preciosos vestidos de verano. Todos deambulando sin preocupación alguna.

Mis ojos se posan en la pantalla detrás del mostrador de recepción mientras las noticias se desplazan por la parte inferior.

Está todo en español, pero distingo UK y Darren Rhodes. Saco mi teléfono y voy a la aplicación de BBC News. Es la noticia principal. Como era de esperar.

Asesino en serie de Yorkshire - Otra víctima

La búsqueda se cierra sobre Elizabeth Rhodes, de 41 años, mientras continúa evadiendo su captura en la soleada Lanzarote, aunque su ubicación exacta aún no ha sido determinada.

Se ha establecido una presencia policial discreta a lo largo de las principales rutas alrededor de la isla, y la policía confía en tener a Rhodes bajo custodia en las próximas horas.

Los resultados de ADN han confirmado que los restos humanos encontrados bajo el estanque del jardín vecino de Rhodes pertenecen a su marido, Darren Rhodes, quien no ha sido visto desde agosto del año pasado. Esto eleva el potencial número de víctimas de Rhodes a cinco.

Se advierte nuevamente a los turistas en Lanzarote que Rhodes es extremadamente peligrosa y no se debe intentar acercarse a ella. Cualquier presunto avistamiento debe ser reportado inmediatamente a la policía de Lanzarote. Os mantendremos informados sobre esta historia a medida que continúe desarrollándose.

Hay toneladas de artículos más en la misma línea. Cinco víctimas. Apenas puedo creerlo. Y esa foto de ella otra vez, esta vez con una de Darren junto a ella. La acerco y miro fijamente a los ojos del hombre que siempre fue de otra persona. Pero de alguna manera, sentía que también era mío. Las lágrimas nublan mis ojos. Estuvimos tan cerca de estar juntos de verdad, pero nunca estuvimos destinados a serlo.

—¿Señorita Meers? —Un hombre con un traje impecable se dirige hacia mí y me levanto con anticipación—. Siento haberla hecho esperar. ¿En qué puedo ayudarla?

—Nos registramos ayer en el quinto piso —señalo hacia arriba—. Estoy en una habitación doble con mi ahijada, y nuestro amigo, Stephen, está en otra habitación. El caso es que necesitamos contactarle urgentemente, y no tenemos su apellido ni su número de teléfono.

Con suerte, sabrá lo que significa la palabra urgentemente y estará más dispuesto a ayudarme.

En cambio, parece totalmente confundido. Tarda una eternidad en entender lo que quiero. No deja de preguntar, ¿pero es vuestro amigo? Entiendo lo que quiere decir: un apellido y un número de teléfono son cosas que un "amigo" sabría.

Después de varios minutos, acepto la derrota. Estoy perdiendo el aliento. Me quedo con las palabras protección de datos resonando en mis oídos mientras se aleja.

Me hundo de nuevo en el banco y cargo la barra de búsqueda.

Stephen. Norfolk. UK. Transporte.

¡Bingo! ¡Al instante! Debería haber hecho esto desde el principio. Varias fotos de Stephen aparecen entre los resultados de búsqueda, una de él estrechando la mano de alguien, otra dando un discurso, una mientras corta una cinta en un evento inaugural. Stephen P Rhodes. Aparece como CEO de UK Hauliers Ltd. No es de extrañar que sus zapatos brillen tanto.

Espera un momento. Rhodes. Menuda coincidencia. Tendré que comprobarlo con Charlie. Pero seguramente, si fuera un pariente lejano suyo, lo habría mencionado desde que apareció ayer. Supongo que Rhodes es un apellido bastante común.

Escribo Stephen Rhodes, Norfolk en Facebook. Está en lo alto de la búsqueda. Pero su perfil está completamente bloqueado. Maldita sea, me habría gustado curiosearlo bien. Todo lo que puedo hacer es enviarle una solicitud de amistad y un mensaje.

Solo me preguntaba dónde estás y si has tenido respuesta de Liz. Soy Donna, por cierto. xx

Añado también un emoji guiñando el ojo. Después de todo, probablemente solo estaba cansado anoche. Y toda esta situación es

bastante estresante. Es normal que le esté afectando. Así que no hay ningún daño en seguir dejándole muy claro que me gusta. Estoy segura de que acabará cediendo, cuando esté menos distraído.

Cuando finalmente caiga, como siempre hacen, ¿quién sabe de qué podría ser el comienzo?

Ah, y solo para avisarte: la abuela de Charlie está en un vuelo hacia aquí. Probablemente no va a ser agradable. x

En cuestión de segundos, mi teléfono suena con una llamada de Messenger. Es él.

—¿Qué es lo que quieres, Donna? —Caramba, su tono es incluso más hostil que anoche.

—No hay necesidad de ponerse así.

—Hay toda la necesidad si sirve para hacerte entender. Venga, dime. ¿Qué quieres?

No voy a molestarme en intentar ser amable con él nunca más. No tiene sentido. Igual debería limitarme a responder a Ash y zanjar el tema. Stephen me ha rechazado, Scott me ha rechazado...

—Estoy esperando.

—Yo, eh, es que... solo quería saber dónde estás.

—¿Y a ti qué te importa?

Menudo encanto. Está así por lo de anoche, pero no sé cuál es su problema. La mayoría de los hombres se sentirían halagados.

—Mientras tú has estado haciendo lo que sea que has estado haciendo esta mañana, yo he tenido que lidiar con la pobre Charlie —mi voz se eleva—. Está destrozada, ¿sabes? Era su padre el que estaba enterrado en el jardín de al lado.

La multitud junto a la puerta giratoria queda en silencio. Evidentemente, encuentran mi conversación unilateral mucho más interesante que vigilar los autobuses de enlace.

—¿Sigues ahí? —Se ha quedado mortalmente callado—. ¿Has oído lo que he dicho?

—Sí. Te he oído —hace una pausa—. ¿Lo han confirmado realmente? Me refiero a través de las pruebas de ADN.

—Por supuesto que lo han hecho. —Bueno, eso le ha dejado sin palabras. Me siento casi satisfecha por haber conseguido algún tipo

de reacción por su parte. Al menos ha dejado de meterse conmigo —. Jenna, la de al lado, llamó para informarle.

—Dios mío.

—¿Eso es todo lo que puedes decir?

—Es solo que es un poco impactante, eso es todo. Pobre Charlie. ¿Cómo lo está llevando?

—¿Tú qué crees? Y ahora, su maldita abuela viene de camino también.

—Lo sé. He visto tu mensaje. —De repente suena realmente apagado.

—Escucha, siento lo de anoche.

—No importa. Siempre que aceptes que no estoy interesado.

—Todavía no me has dicho dónde estás. Ni lo que has estado haciendo toda la mañana. —Debo sonar como una vieja gruñona, pero no me importa—. Se supone que estamos aquí para encontrar a Liz, no para ir paseando por la playa, o dondequiera que hayas estado.

—No he estado paseando, como tú dices. Si quieres saberlo, Liz ha respondido a mi mensaje. Voy de camino a verla.

Lo dice como si fueran a quedar para tomar un café. Todo casual. Como si no fuera una asesina múltiple.

—¿Has avisado a la policía? —Sería terapéutico para Charlie y para mí, especialmente para Charlie, ver a Liz esposada y metida en la parte trasera de un furgón policial. Nos ofrecería algo de cierre. Así que es algo que no quiero perderme.

—Todavía no.

—¿¿Qué?? ¿Por qué no?

Claramente está pasando algo aquí. Tiene que ser así. ¿Cómo es posible que no haya informado que planea verla?

—Dime dónde está, Stephen. La denunciaré yo misma, maldita sea.

—Está en un apartamento, pero aún no sé la dirección exacta. Ella me buscará cuando me acerque. —Suena sin aliento. O está subiendo una cuesta, o está estresado. O ambas cosas—. No hay necesidad de que te involucres. Tú solo ocúpate de Charlie y déjame manejar esto a mí.

—Ya me estoy ocupando de ella. Pero no lo entiendo. ¿Vas a verla en un apartamento? ¿Sin avisar primero a la policía? ¿Estás loco?

—Sé lo que estoy haciendo.

—¿En serio? Entonces, ¿qué demonios estás haciendo? Oh Dios, no, no contestes.

Este día va de mal en peor. Liz sigue por ahí, libre como el viento. Y Stephen parece empeñado en facilitarlo.

—En realidad no es así. —Su voz baja desde su tono defensivo—. Os contaré toda la historia cuando vuelva, ¿vale?

—¿En qué planeta vives, Stephen? —Agito la mano mientras hablo—. Tendrás suerte si consigues volver a nosotros. Probablemente te golpeará a ti con un martillo a continuación.

Deja escapar un suspiro entrecortado. —No creo.

—Seguro que eso es lo que todos pensaban. Su madre, su marido, Sally, Helen, mi mejor amiga... —Mi voz se desvanece en la miseria al pensar en Lou.

—Mira, Donna. Hay cosas sobre esta situación que desconoces.

—Pues cuéntamelas. Aunque no cambiaría nada. Esa zorra tiene que estar encerrada. Es malvada y peligrosa —echo un vistazo alrededor. La gente me está mirando.

Me levanto del banco. Será mejor que continúe esta llamada fuera. Supongo que los suelos y paredes de mármol hacen que las voces se propaguen más aquí dentro.

—Deberían meternos a mí, a Charlie, a Carole, a Jenna y a la familia de Sally en una habitación con ella. Entonces quizás se acercaría a recibir el castigo que merece por lo que ha hecho. Le enseñaré lo que se siente al ser golpeada hasta la muerte con un martillo.

—Confía en mí en esto, ¿quieres?

—¿Confiar en ti? ¿Estás de broma? Puede que algún día me agradezcas la llamada que estoy a punto de hacer —me dirijo con fuertes pisadas hacia la puerta exterior.

—Donna. ¿Puedes esperar un momento?

—Voy a colgar. Y voy a llamarles yo misma, te lo digo en serio —cambio el vestíbulo climatizado del hotel por la sofocante zona de la

piscina. Me duelen los ojos con la repentina luminosidad—. Y voy a decirles que tú sabes dónde está —pulso el botón de finalizar llamada y atravieso con pisadas fuertes el gentío de gente relajándose.

Se ha llenado aún más aquí fuera, así que me dirijo hacia la esquina más alejada del hotel. La alegre música vacacional que suena a todo volumen desde la cabaña de animación me hace sentir más oscura de lo que jamás hubiera pensado posible.

Lo único positivo es que al menos toda esta basura con Stephen me ha distraído del pobre Darren. Al menos por unos momentos.



Las lágrimas me queman los ojos mientras me estiro en la tumbona. Por Charlie. Por Lou. Por Darren. Pero sobre todo, por mí misma. No puedo soportar más todo esto; esa mujer necesita estar encerrada de una vez por todas. Me seco los ojos con la esquina de mi camiseta.

Llamaré a la policía, les daré los datos de Stephen, y luego me recompondré e iré arriba para asegurarme de que Charlie esté bien. Ya la he dejado sola bastante tiempo. Debe haber terminado de hablar con Joel a estas alturas.

Mientras busco el número para llamar a la policía de Lanzarote, risas y conversaciones alegres resuenan desde todos los lados de la piscina. Y aquí estoy yo pensando en asesinato y justicia.

Hay un enorme contraste entre lo que se agita dentro de mí y lo que hay fuera.

—Así que estás aquí otra vez. Pues gracias, Donna —Charlie está de pie frente a mí con las manos en las caderas.

—Solo tengo que hacer una llamada. Después pensaba subir. De verdad.

No responde. Ni siquiera me mira mientras se deja caer en la tumbona de al lado. Tiene todo el derecho a estar enfadada conmigo por desaparecer. Especialmente después de las noticias que ha recibido de Jenna esta mañana.

—Oye —dejo el teléfono y busco su mano. Hablar con Charlie es más importante en este momento. Si Stephen quiere que le rompan la cabeza, es cosa suya. Puedo llamar a la policía más tarde—. ¿Cómo estás? —Pero su cara surcada por las lágrimas me dice todo lo que necesito saber—. Pregunta tonta, lo siento.

—¿Por qué tú no estás llorando, Donna? ¿No te importa que mi padre esté muerto?

—Claro que sí. Me importa más de lo que nunca podrías imaginar. Pero no puedo decir esto.

—Puedes estar triste, ¿sabes? Después de todo, me han contado lo vuestro, que os acostabais juntos —su voz es la más sarcástica que le he oído nunca.

Mierda. Ahora tengo mi respuesta. Sí lo sabe. Apuesto a que ha sido Carole quien le ha dado los detalles escabrosos. O Georgia. Pero justo en este momento, solo necesitamos centrarnos en lo que está pasando con Liz. Y Stephen.

—Esta no es una conversación para ahora, Charlie. Es algo de lo que tendremos que hablar, por supuesto. Pero no ahora, no aquí. Ahora mismo me preocupas más tú —no aparto los ojos de ella, pero ni siquiera me devuelve la mirada. Mantiene la vista fija en sus uñas de los pies pintadas de morado, con furia chispeando en sus ojos.

Finalmente responde: —Hablar con Joel me ha hecho sentir aún peor de lo que ya estaba —agradezco que haya cambiado de tema, dejando atrás lo de su padre y yo.

—Sonaba tan lejano... Si soy sincera, solo quiero volver a casa. Ya no quiero estar aquí. No debería haber venido.

—¿Tu abuela se ha puesto en contacto contigo ya? —No estoy segura de cómo me siento ahora mismo, pero extrañamente, parece estar rozando los celos. No sé si tengo celos porque Charlie parece necesitar a alguien más que a mí, o simplemente celos porque ella tiene un novio que se preocupa por ella, y yo no.

En algún lugar de esta mezcla está el hecho de que ella puede llorar abiertamente a Darren, mientras que yo, por razones obvias, tengo que mantener mi dolor bajo el radar, aunque solo sea para restar importancia a la relación que existía entre nosotros.

—No. Pero probablemente tomará un taxi y aparecerá aquí después de aterrizar. Le he enviado un mensaje con el nombre del hotel.

—¿A qué hora aterriza? —Necesito prepararme para el inevitable bombardeo. Me reclino y contemplo el cielo despejado.

—No tengo ni idea. —Saca un pañuelo del bolsillo y se suena la nariz—. Ojalá pudiera dejar de sentirme tan mal. —Finalmente, me mira.

—¿Tu abuela ha dicho algo sobre que yo esté aquí contigo? —Lo último que necesito es que Carole la tome conmigo en cuanto llegue por haber traído a Charlie aquí. Todos tenemos suficientes problemas. Especialmente ahora.

—Solo nos hemos estado enviando mensajes. Aún no hemos hablado realmente. —Entrecierra los ojos hacia mí bajo el sol.

—Ah, vale. —Con suerte, cuando Carole llegue estará demasiado cansada para buscar pelea. Al fin y al cabo, para tomar un vuelo temprano habrá tenido que levantarse a una hora absurda. Y ya no es ninguna jovencita.

—Por cierto, he decidido que voy a vender la casa. —Charlie mira sus manos como si evitara mirarme a los ojos de nuevo.

—¿Que has qué? —Varias personas en las mesas cercanas nos miran cuando levanto la voz. Supongo que, para otros, pareceremos una madre y una hija teniendo una discusión doméstica.

La voz de Charlie se mantiene firme y serena. —No quiero volver allí, no volver donde ambos mis padres fueron asesinados.

—¿Cuándo has decidido esto?

—He estado pensándolo mucho mientras estabas fuera. Creí que deberías saberlo.

—Ni siquiera he estado tanto tiempo fuera. Alguien ha debido decirte que hagas esto.

—En realidad has estado fuera una eternidad. Para lo que se supone que debes estar a mi lado por si aparece Liz, no has estado

haciendo muy bien tu trabajo.

—¿Y qué harás entonces? ¿Qué haremos nosotras?

—La pondré en venta y seguiré viviendo con mi abuela. Ella me necesita. Y yo la necesito a ella.

—Pero. Pero yo siempre le prometí a tu madre que yo te cuidaría. Si algo ocurría.

—Creo que mi madre habría querido que me quedara con mi abuela. Especialmente después de...

—Pues yo estoy totalmente en desacuerdo, y... estabas hablando con Joel por teléfono, ¿verdad? ¿Ha sido él quien te ha metido esta idea en la cabeza?

—Lo siento. Pero ya he tomado mi decisión. Por mí misma. —Ahora me mira directamente.

—Mira, no nos precipitemos tomando decisiones impulsivas. Pensémoslo un poco más.

—No hay nada que tú debas pensar. Es mi decisión.

Pero es una decisión de la que tengo que disuadirla, eso seguro. Quién sabe qué haré si vende el lugar. ¿Adónde iría yo? Me quedaré en la calle otra vez.

—¿Qué está pasando, de todos modos? —La voz de Charlie suena cansada mientras balancea las piernas sobre la tumbona—. ¿Has hablado ya con Stephen?

—Se podría decir que sí. Pero olvídate de él, aún no hemos terminado de hablar sobre la casa. Tú tienes que entrar en razón.

—No, no tengo que hacerlo. —Entonces su voz se suaviza—. Por favor, Donna. Realmente he entrado en razón. Pensé que tú, más que nadie, entenderías lo difícil que es quedarse allí después de todo lo que ha pasado.

—Pues no lo entiendo.

—Y, ¿qué querías decir hace un momento con se podría decir que sí?

—La ha encontrado. Stephen ha encontrado a Liz.

—¿De verdad? —Charlie se incorpora de golpe y se gira hacia mí.

Al menos la he sacado de su miseria, y con suerte la he distraído de ideas ridículas como vender la casa. Más tarde llegaré al fondo de quién le metió esa idea en la cabeza. Estoy tan harta.

Intento ordenar las palabras para responder de una manera que pueda entender.

Entonces una sensación desagradable me invade, la sensación de que alguien nos está observando. Miro alrededor, sin querer alarmar a Charlie innecesariamente. Sin embargo, no puedo quitarme la sensación en el estómago de que necesitamos volver adentro inmediatamente.

—Entonces, ¿dónde está ella?

—En realidad, deberíamos subir a la habitación —digo—. Te lo contaré cuando lleguemos allí. Hasta que Liz esté físicamente encerrada, no creo que debas quedarte por aquí fuera.

—Difícilmente va a aparecer aquí, ¿no? —Charlie me sigue mientras zigzagueamos entre una clase de yoga junto a la piscina de vuelta hacia la entrada trasera—. ¿Stephen ha hablado con ella? ¿Qué te ha contado?

34

LIZ

Me quedé boquiabierta cuando Stephen llamó a mi puerta esta mañana. Después de haberle dado mi dirección, me preparé para que derribaran la puerta y para que la policía armada irrumpiera. Corrí un gran riesgo al dejarle saber dónde estaba, pero las ganas de verle superaron cualquier racionalidad.

Sin embargo, estaba solo. Una mirada rápida detrás de él alivió mis temores de que hubiera alertado a la policía. Al menos por lo que pude ver. Pero aun así, ya había deslizado un cuchillo de cocina entre los cojines del sofá por si intentaba algo estúpido.

—Has venido —fue todo lo que pude murmurar mientras le dejaba entrar.

—Dije que lo haría, ¿no? —Pero permaneció de pie junto a la puerta, como si estuviera listo para salir corriendo si lo necesitaba—. Te has cambiado el pelo.

—¿Te gusta?

—Pareces completamente diferente.

—Puedes sentarte si quieres —señalé la silla. No quería que eligiera sentarse en el sofá y encontrara el cuchillo. Lo que sí quería era un abrazo de él, o cualquier tipo de calidez. Pero a juzgar por la rigidez de sus hombros y la incomodidad de su postura, no iba a recibir ningún abrazo.

—Estoy bien de pie, gracias.

El silencio se cernió entre nosotros. No sé qué había esperado cuando llegara, pero después del calor que transmitía su tono en nuestros mensajes, esperaba algo. Más que esto. Había tanto que quería decirle. Después de todo, podría haber sido mi última oportunidad en mucho tiempo. Pero las palabras seguían sin salir.

—¿Es todo cierto, Liz? ¿Lo que sale en las noticias? ¿De lo que estás huyendo?

Asentí.

—¿Todo?

Asentí de nuevo.

—Pero no quiero ser esa persona nunca más. Haría cualquier cosa para cambiar. Para poder empezar de nuevo —Decía cada palabra en serio. Hasta que él dijo lo siguiente.

Sus ojos estaban fríos mientras me miraba fijamente.

—Asesinaste a mi hermano.

—¿Tu hermano? ¿De qué estás hablando?

—Darren. Es mi hermano.

Le miré fijamente, recordando de repente nuestro primer encuentro en el crucero. Había descartado rápidamente la idea de que se parecía a Darren, diciéndome a mí misma que estaba siendo paranoica. Además, su hermano se llamaba Paul. Que es lo que le dije a Stephen.

—Stephen es mi nombre —su voz era plana—. El nombre que siempre he usado. Solo Darren y mis padres me llamaban Paul, mi segundo nombre. De todos modos, no tengo que explicarte por qué a ti. —Dijo la palabra ti como si fuera algo asqueroso en el suelo. Luego, dio un paso hacia mí.

—Así que me has tendido una trampa, ¿es eso? —Retrocedí—. No puedo creer lo que está pasando. No debería haber confiado en ti. —¿La policía sabe que estás aquí?

Negó con la cabeza.

—Estoy aquí para impartir mi propia clase de justicia.

—¿Eso es algún tipo de amenaza? —Se me erizó la piel. Estaba preparada.

—Es lo que tú quieras que sea —su boca formaba una línea firme y dura.

—Supongo que nuestro encuentro en el crucero no fue una coincidencia, entonces —pienso en el momento en que nos vimos por primera vez en aquella mesa de desayuno, todo sonrisas; cada momento en su compañía lleno de distracción de la vida real.

—Co-rrecto —cruzó los brazos—. Sin embargo, en ese momento, solo estaba tratando de encontrar a mi hermano desaparecido. No sabía entonces lo que sé ahora.

—No os habéis preocupado el uno por el otro durante todos estos años. ¿Por qué ahora?

—Nuestro padre está enfermo.

—Así que pensaste que acostándote conmigo, se me escaparía algo y te lo contaría.

—La simple idea de acercarme a ti me pone la piel de gallina.

¿Por qué no hice caso a mi cabeza? A menudo había sospechado que Stephen era demasiado bueno para ser verdad. Incluso cuando regresó. Cuando condujo hasta Yorkshire aquel día. Pero mi corazón pudo más. Nunca antes había sabido que tenía uno.

—Eras la única persona que podría haberme dicho dónde podría estar. Pero como ahora sé, había dos personas que sabían lo que realmente le había pasado. ¿Es por eso que también te deshiciste de Helen?

Asentí. Seguía bastante tranquilo, teniendo en cuenta la situación. Quizás simplemente quería respuestas, eso había pensado yo. Para encajar las piezas. Entonces podría haberme dejado marchar. Pero incluso mientras esperaba lo mejor, estaba preparada para lo peor. Un movimiento en falso y le clavo ese cuchillo en las tripas, pensé para mis adentros.

Miré de reojo al sofá. No sé por qué comprobaba dónde estaba, solo que me sentí mucho más tranquila después de verlo ahí —la hoja aún brillando con la luz del sol que entraba por la puerta de la terraza.

—¿Por qué estás aquí, Stephen?

—Porque sabía que podía tener éxito donde la policía ha fracasado hasta ahora.

—¿Alguien sabe dónde estás? —Incluso en ese momento seguía pensando que podría haber una oportunidad para nosotros. Hasta que su respuesta me dejó desconcertada.

—Donna y Charlie están conmigo. Saben que estoy aquí. Así que ni se te ocurra intentar nada.

—¿Ahora te acuestas con esa fulana?

—Eso no es asunto tuyo en absoluto. Solo estoy aquí para averiguar por qué asesinaste a mi hermano. Y cómo puedes vivir contigo misma. Bebiendo vino, yendo de cruceros, fingiendo que eres una mujer normal.

—Quería ser normal. Yo...

—¿Por qué asesinaste a mi hermano? —Me gritó entonces.

Me encogí. —Él sabía lo de Lou. Y aunque fingía que intentaba entender por qué lo había hecho, podía darme cuenta de que solo estaba siguiéndome la corriente. A la primera oportunidad iba a entregarme.

—Por supuesto que lo haría. Era una persona decente.

—Entonces, si te importaba tanto tu hermano como afirmas, ¿por qué nunca te conocí?

—No es de eso de lo que he venido a hablar.

—Entonces, ¿de qué has venido a hablar? Dímelo y luego puedes largarte. —Sin embargo, sabía que no iba a ser así como terminarían las cosas entre nosotros. No podía ser tan sencillo. Solo había una forma en que las cosas iban a acabar.

—Y luego estaba Sally. —La cara de Stephen se torció en una mueca de desprecio—. Ella ya me había contado lo que le habías hecho a tu madre. De alguna manera entendí eso, dado lo que habías pasado con ella, pero claramente matarla desató algo malvado dentro de ti.

—¿Cómo conocías a Sally? —Mierda. Era una víbora más grande de lo que nunca pensé.

—Estuve comprometido con su hermana, la conozco desde hace años. Sally resultó ser muy útil al final.

—¿Qué quieres decir? —¿Qué fue lo que me dijo Sally? Antes de exigirme el dinero manchado de sangre?

Te he estado vigilando.

—¿Fuiste tú? ¿Qué hiciste, pagarle para que vigilara fuera de la casa? —Ese coche. Esas notas. Me pusieron nerviosa durante un tiempo. Debería haber sabido que Sally no lo habría pensado todo por sí misma. Era demasiado tonta para eso. Stephen ha estado detrás de todo desde el principio. ¿Pero por qué se acostó conmigo?

—Me contó sobre el crucero que habías reservado. ¿De verdad crees que habría ligado contigo en circunstancias normales?

Dejé que su pregunta flotara en el aire.

—Luego, después de que te largaras, Sally me informó de cómo estabas tratando a Charlie.

—Charlie es una mocosa consentida. No puedo creer que la hayas traído contigo. ¿Qué es esto? ¿Una feliz reunión familiar o algo así?

—¿Cuando acaban de encontrar los restos de Darren en el jardín de tu vecino? ¿Una reunión feliz? Sí, por supuesto que lo es.

—Y en cuanto a Donna... —continué.

—Te refieres a la persona injustamente encerrada por algo de lo que tú deberías haber sido declarada culpable.

—Nadie sabía de eso.

—Vamos. Solo hay que echarle un vistazo. Es una completa cabeza hueca, sí. Pero no es fría y calculadora. No como tú. Tú eres malvada hasta la médula.

Realmente pensé que tenía algo con Stephen. Estaba intentando con todas mis fuerzas que sus palabras no me afectaran. Pero no podía evitarlo. Pensé que iba a ayudarme. Pero nunca ha sido quien yo creía que era y se ha vuelto completamente contra mí.

—Desde luego me engañaste —le miré—. Lo que quiero saber, sin embargo, es si soy tan mala, ¿cómo pudiste ser tan amable conmigo?

—Soy buen actor —respondió—. Y siempre supe que acabarías diciéndome la verdad. Aunque nunca sospeché que fuera algo tan horroroso. Cinco personas, Liz. Muertas. Por lo que tú les has hecho. ¿Cómo te hace sentir eso?

Le miré fijamente. —Has dicho lo que viniste a decir. Me has contado quién eres. Ahora me gustaría que te fueras.

—¿Así sin más? —Se rio—. Tienes que estar de broma.

—La cárcel sería poco para ti —continuó, acercándose más. Miré de nuevo el cuchillo; el filo apenas visible al lado del cojín. Esta vez, él siguió mi mirada. Cuando me lancé a por él, se abalanzó sobre mí, haciéndome caer al suelo con el impacto de su peso.

Luché por liberar mis brazos, y luego clavé las uñas con todas mis fuerzas en su cara. Él me sujetó los brazos contra el suelo mientras se sentaba a horcajadas sobre mi estómago, dejándome sin aire.

Le había permitido ganar ventaja, tanto mental como físicamente. Me retorcí de izquierda a derecha, y viceversa, intentando derribarlo.

Levantó una de sus manos, y justo cuando estaba a punto de agarrarme el cuello, metí mi mano entre sus piernas y apreté con todas mis fuerzas.

Gritó y cayó hacia atrás, con la cara contorsionada por el dolor. Esa era mi oportunidad. Me puse en pie con dificultad y agarré la lámpara de la mesa. Era tan pesada como parecía. Stephen también intentaba ponerse en pie. Le golpeé con la lámpara, fallando la primera vez. Pero el segundo golpe bastó para hacerle caer de nuevo al suelo. Al chocar contra el suelo, la sangre brotó de su cabeza.

Estaba inconsciente. O muerto. Giré su cabeza hacia un lado y luego hacia el otro con el pie. Sus ojos estaban abiertos y vidriosos. Ojos que una vez mostraron algo más hacia mí. O eso creía. Nunca volveré a confiar en nadie.

Entonces noté algo a su lado. Como una tarjeta de crédito. La levanté. Hotel Costa Bollenna.

La llave de su habitación de hotel.

Primero, me lavé las salpicaduras de sangre del brazo y me cambié de ropa. Luego recuperé el cuchillo del lateral del sofá y lo metí en mi bolso. Por último, cogiendo mi sombrero y gafas de sol, cerré la puerta del apartamento con llave y me dirigí hacia la dirección por la que había llegado Stephen. Parecía una eternidad desde que le

había estado vigilando llegar. Sin embargo, solo habían pasado quince minutos.

Caminé tan rápido como pude, resistiendo el impulso de echar a correr. Esto solo atraería la atención sobre mí. Cuando divisé el Hotel Costa Bollenna en lo alto de la colina, intenté mezclarme con un grupo de personas que caminaban juntas, de la misma manera que lo había hecho con la despedida de soltera la última vez que había salido.

En todo momento, mantuve la mirada baja, mientras repetía una afirmación silenciosa. Nadie sabe quién soy ni lo que he hecho. Nadie sabe quién soy ni lo que he hecho. Pero, aun así, me sobresaltaba cada vez que un coche se acercaba por detrás, imaginando que cada coche era un coche de policía.



Y ahora, podría tener la oportunidad de llegar hasta Donna y Charlie. Me siento en el muro al lado del hotel por un momento, deliberando qué hacer a continuación. Estoy corriendo un enorme riesgo, estando aquí fuera así. Alguien terminará reconociéndome tarde o temprano. Necesito entrar en la habitación del hotel de Stephen. Estaré segura allí, al menos por ahora. Sin embargo, no puedo exactamente entrar paseando por la entrada principal.

O quizás solo necesito encontrarlas a ellas. Probablemente solo sea cuestión de tiempo antes de que empiecen a buscar a Stephen, quizás intentando llamarle. Debería haber revisado sus bolsillos en busca de un teléfono móvil, y haberlo apagado. O haberlo pisoteado. Hay muchas probabilidades de que esas zorras guíen a la policía hacia mí antes de que pueda escapar. Una repetición de lo que acabo de hacer va a ser definitivamente necesaria. Después me largaré de aquí.

Quizás pueda usar el pasaporte de Donna. Después de todo, como tan a menudo me ha servido bien, nos parecemos bastante.

Continúo caminando a lo largo de la extensión del hotel antes de detenerme en la entrada del spa. Mirando a través, veo una salida justo enfrente, al otro lado de la recepción, hacia la piscina exterior en la parte trasera del hotel. Respiro hondo, empujo la puerta y entro caminando con la cabeza bien alta.

Necesito encontrar a Donna o Charlie, o a las dos, seguirlas hasta su habitación y luego hacer lo que hay que hacer. No tengo ni idea de cómo escaparé después. Lo único que sé es que si caigo, me las llevaré a todas conmigo.

—¿Puedo ayudarla, señora? —Una voz me persigue cuando alcanzo la puerta trasera.

Me doy la vuelta y miro a la mujer inmaculadamente maquillada detrás del mostrador, frunciendo el ceño.

—La otra puerta —dice.

Me encojo de hombros. No me atrevo a decirle que soy inglesa. Por si acaso.

—La otra puerta —señala en la dirección de la que he venido.

—Mi hermana —señalo la puerta, hablando con mi recién adquirido acento estadounidense—. Tengo la llave de mi habitación —la agito en el aire—. ¿Puedo?

Ella duda. —¿Su nombre?

—Beth Carson —es el único nombre, aparte del mío real, que me viene a la cabeza. Es la tercera vez que lo uso desde que estoy aquí.

—¿Número de habitación?

—Ciento dos.

Frunce el ceño. —De acuerdo. Pero la próxima vez... —señala a su derecha. Con el zumbido del botón, puedo empujar la puerta trasera hacia la piscina. La tensión da paso al alivio.



Es como entrar en otro mundo. Parpadeo ante el resplandor de todo. Un mundo que no podría ser más diferente del miserable y sombrío mundo al que me he acostumbrado a habitar. Necesito sentarme y encontrarlos. Rápido.

Los veo. Donna... con Charlie. Con razón Stephen no quería acercarse a mí antes. Y pensar que casi confié en él. Me ha manejado como un violín bien afinado.

La zorra. Se acostó con Darren a mis espaldas, y ahora ha clavado sus garras en Stephen. Me acerco sigilosamente y me siento detrás de una mesa. Estoy en diagonal a ellos al otro lado de la piscina. Tengo una vista perfecta.

Charlie está agitando las manos en el aire y parece alterada. La he visto hacerlo mil veces con su padre. Donna ha dejado su móvil para escucharla. ¿Estaría intentando llamar a Stephen? ¿Le habrá dicho él exactamente adónde iba?

Bajo el ala de mi sombrero. Al menos nadie parece fijarse en mí. Ni interesarse por mí. Con mi pelo ahora rojizo y corto, no me parezco en nada a la foto de la repisa de la chimenea. La que circula en la prensa. Menos aún desde la distancia. Me he sorprendido a mí misma repetidamente si he captado mi reflejo en el escaparate de una tienda de camino aquí. Sin embargo, todo podría cambiar en cualquier momento.

Odio a Donna más de lo que he odiado a nadie nunca. Incluso a Charlie. Miro fijamente las delgadas piernas que asoman por debajo de los shorts de Donna imaginándolas envueltas alrededor de la espalda de mi hombre. ¡Otra vez! No se va a salir con la suya. Mis fantasías se convierten en imaginar esas mismas piernas, retorciéndose desesperadamente, mientras mis manos se aprietan alrededor de su cuello. Antes de quedarse flácidas cuando la venzo.

Ya he tenido suficiente.

Sigo observándolos, sin saber realmente cuál debería ser mi próximo movimiento. No tengo otra opción que sentarme aquí y esperar a que uno de ellos haga algo. Si Donna piensa que está a punto de robar la vida que yo quería vivir, mientras estoy encerrada en alguna celda de prisión, está muy equivocada. Si cree que va a vivir feliz para siempre en esa casa, con Charlie, gastando el dinero que debería haber sido mío, bueno, no tiene ninguna posibilidad. Mis

manos se cierran en puños sobre la mesa frente a mí. Se lo va a llevar. Y Charlie también se lo va a llevar. He dado un giro completo: vuelvo a la autopreservación.

¡Mierda! Donna parece estar mirando en mi dirección. Contengo la respiración mientras se levanta de la tumbona. Charlie la sigue. ¿Vienen hacia aquí? Charlie parece estar pisando fuerte, de manera similar a la que noté que hacía en el breve tiempo que me vi obligada a vivir con ella, cuando tenía uno de sus berrinches de niña mimada. Suelto el aliento que he estado conteniendo. Se dirigen hacia el edificio principal.

Serpentean alrededor de una clase de yoga que está teniendo lugar al lado de la piscina, luego suben unos escalones que deben conducir a otra entrada.

Rápidamente, me escabullo por el otro lado de la piscina, observando desde el pie de las escaleras cómo desaparecen en el interior.

Entonces, comprobando primero que nadie me presta atención, voy tras ellas. Es un alivio cambiar el calor por el fresco interior del hotel. Las veo justo cuando entran en un ascensor de cristal en el centro del vestíbulo.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Último piso. Eso puede ser útil.

Me apresuro hacia la zona comercial del vestíbulo, alejándome lo suficiente para tener una buena vista de hacia dónde podrían dirigirse en el quinto piso.

Salen del ascensor. Estiro el cuello para verlas caminar hasta una puerta, seis puertas más allá del ascensor. Os pillé.

El ascensor ya está abajo cuando llego. Listo y esperándome. Mientras sube, contemplo la opulencia del hotel que se extiende hasta donde alcanza la vista. Apuesto a que Stephen ha estado pagando todo esto para ellas. La miseria se asienta sobre mí como tierra sobre un ataúd nuevo.

35

DONNA

HAY un suave golpeteo en la puerta. —Seguro que por fin es Stephen —digo mientras cruzo la habitación descalza—. O tal vez sea la limpieza. No hemos puesto el cartel de no molestar, ¿verdad?

Miro a través de la mirilla. No puedo ver nada. O está bloqueada o la han pintado. Dios, espero que sea Stephen. Puede que fuera horrible conmigo por teléfono, pero he estado muy preocupada desde que me dijo adónde iba. No puedo creer que alguien pueda ser tan estúpido. Desde luego, estoy interesada en saber cuál va a ser su explicación.

Arrastro la puerta sobre la gruesa alfombra, pero antes de poder hacer nada más, alguien me embiste y me empuja hacia atrás agarrándome por la garganta.

Mientras me estampan contra el armario, la puerta de la habitación se cierra. Clavo la mirada en los ojos de nada menos que Liz, y consigo señalar la puerta del baño. Mis palabras salen como un gorgoteo. —Charlie. Enciérrate ahí. ¡Ahora!

Con un gemido, Charlie hace lo que le digo. Es el único sitio adonde puede ir. Tendría que pasar por delante de Liz para llegar a la salida de la habitación, y necesita mantenerse bien alejada del balcón. La puerta del baño se cierra de golpe y suena el pestillo. Solo espero que sea resistente.

Intento girarme —necesito ver si el móvil de Charlie sigue en la cama. Pero en el agarre férreo de Liz, apenas puedo moverme. Con suerte, Charlie lo habrá cogido y llamará pidiendo ayuda. Ojalá se lo hubiera dicho cuando le ordené entrar al baño.

—¿Qué pasa contigo y Stephen? —El aliento agrio de Liz me inunda la cara mientras escupe la palabra Stephen.

Es la primera vez que la miro de cerca. Todo lo que puedo ver es la maldad tras las gafas de sol.

Me pisa un pie. —¡Contéstame!

—Aargh —intento doblarme para atender al dolor que me ha causado, pero ella intensifica su agarre.

—¿No te bastó con follarte a uno de mis socios? ¿Qué pasa, Donna? —Me golpea la cabeza contra el armario y mi mente da vueltas—. ¿Te pone comerte las sobras o qué?

—Suéltame —me retuerzo en su agarre. La cabeza y el pie me están matando, y apenas puedo respirar con sus dedos apretando. Estoy perdida si sus dedos se aprietan un poco más alrededor de mi cuello. Lo que significa que Charlie también estará perdida. Si Liz consigue estrangularme, hará lo que sea para llegar hasta Charlie, lo sé. Intento gritar pidiendo ayuda, pero me tiene tan apretada que no sale ningún sonido.

—¿Eso es lo mejor que tienes? —Se ríe; sin embargo, su agarre se afloja ligeramente. Lanzo mi rodilla entre sus piernas, haciendo una mueca al sentir el golpe de hueso contra hueso. Pero es suficiente para que me suelte por completo y me da tiempo para llegar a la puerta.

Pero no es así.

Me agarra el pie cuando estoy en pleno vuelo, haciéndome caer al suelo con estrépito. Luego, sin soltar mi pie, mi piel arde mientras me arrastra de vuelta por la alfombra.

—Socorro —grito, tan fuerte como me permiten mis cuerdas vocales comprimidas. Intento girarme hacia el balcón. Si puedo acercarme más, quizás alguien en alguno de los balcones inferiores podrá oírme.

Jadeo bajo el peso de Liz mientras trepa sobre la parte posterior de mis piernas. Me está ganando.

Lucha más fuerte. Vamos.

Va a matarme. Me retuerzo en ambas direcciones, intentando quitármela de encima, pero es mucho más pesada que yo. Más fuerte también. Finalmente, logro arquear la espalda y lanzar mi cabeza hacia atrás contra su cara, haciendo que chille y caiga hacia atrás. Es suficiente para escapar de debajo de ella y llegar al balcón.

—Socorro. —Mi voz es apenas un graznido—. Por favor, ayudadme. —Muy abajo, la vida vacacional continúa. Nadie es consciente del peligro en que nos encontramos. Podríamos morir aquí arriba mientras ellos siguen con su natación, tomando el sol y haciendo yoga junto a la piscina.

Liz se apoya en el marco de la puerta, limpiándose la sangre de la nariz. —Ya no tienes adónde correr, ¿verdad, Donna?

Agarro una planta de la mesa y la lanzo por el borde del balcón. Eso debería llamar la atención sobre nosotras. Justo cuando estoy alcanzando la otra, Liz se abalanza hacia delante y me agarra del cuello otra vez, esta vez empujándome hacia atrás sobre la barandilla del balcón.

—¡Socorro! —grito de nuevo. Seguro que alguien se ha dado cuenta después de que esa planta se estrellara. Alguien debe poder ver lo que está pasando aquí arriba.

—Bueno, esto es como un déjà vu. —La saliva de Liz golpea la parte inferior de mi barbilla mientras me dobla más hacia atrás, apretando aún más su agarre. Mi espalda siente como si fuera a romperse—. ¿Cuándo he estado en esta situación antes? ¿También en un balcón? Déjame pensar. —Su voz es agradable. Siniestra—. Oh, sí, fue con Helen, casualmente. Y como sabes, tampoco acabó bien para ella.

Pero no me doy por vencida como hizo Helen. Intento levantar la rodilla otra vez, pero las piernas de Liz están firmemente cerradas esta vez, además de estar en un ángulo más alejado de mí. Entonces, de repente, se deja caer al suelo y se abalanza sobre mis

piernas. Mientras las aparto de una patada, su bolso, que todavía lleva cruzado sobre el pecho, se balancea hacia fuera.

Agarro lo que puedo alcanzar de la correa con una mano, luego con la otra. A ambos lados de su cuello.

Tiro con toda la fuerza que puedo reunir, rezando para que el cuero no se rompa. Mis puños se ponen blancos mientras retuerzo la correa hacia arriba, manteniéndola tensa sobre su tráquea. Consigue meter los dedos bajo un lado de la correa, pero sigue retorciéndose frente a mí como una anguila varada, todavía de rodillas, antes de caer hacia delante sobre su pecho.

Llevo la presión de la correa hacia la parte posterior de su cuello. La tengo. Realmente la tengo. Aprieto la mandíbula, refuerzo mi agarre y cierro los ojos. Entonces, de repente, hay una pérdida de tensión. Se ha quedado completamente flácida. Mantengo la presión unos segundos más, solo para asegurarme, antes de soltarla.

Retrocedo tambaleándome y me agarro al borde del balcón.

He matado a una persona.

¡Dios mío, he matado a una persona!

¿Cómo demonios voy a poder vivir conmigo misma? Pero mientras me tambaleo de vuelta a la habitación del hotel, todavía jadeando por aire, sé que no será tan difícil vivir conmigo misma. Después de todo, era ella o yo, y muy probablemente Charlie también.

—Charlie —mi voz suena quebrada mientras intento girar el pomo del baño—. Ya puedes salir. —Miro de nuevo a Liz, sin estar segura por un momento si veo el subir y bajar de su pecho o si me lo estoy imaginando—. Es seguro.

Un pensamiento terrible se apodera de mí. ¿Y si me envían de vuelta a prisión por esto? Realmente he matado a alguien esta vez. Pero no es como si hubiera tenido otra opción.

La puerta del baño se abre lentamente y la cara aterrorizada de Charlie se asoma por la rendija. Está blanca como el papel. —¿Estás bien? De verdad pensé que iba a matarte. Parecía que lo haría.

Asiento, intentando tragar, mientras señalo el vaso de agua que tiene en la mano. —¿Puedo...? —Miro de nuevo a Liz, segura de que su brazo acaba de moverse.

—¿Está...? —Charlie la mira fijamente.

—Creo que sí. Eso espero. Salgamos de aquí y busquemos ayuda.

—¿No deberíamos comprobar primero? —Sale del baño y me pasa el agua—. Asegurarnos de que está... —Da un paso hacia el balcón, luego se detiene—. Uf. No puedo. No quiero acercarme a ella.

Me dirijo a la puerta. —Tenemos que irnos. Ahora. Llama a la policía.

Miro hacia atrás mientras Charlie coge su teléfono de la cama. —Les llamaré desde fuera. —Echa un vistazo a Liz—. Nunca he visto un cadáver. Uno muerto, quiero decir. Ni siquiera el de mamá.

Quería que Liz fuera a prisión. Que sufriera exactamente lo que yo tuve que sufrir. Que conociera la miseria de estar encerrada en una diminuta celda de hormigón durante veintitrés horas al día los fines de semana, tener que existir, comer, dormir y cagar allí dentro.

Y durante la semana, que solo se le permitiera salir para hacer trabajos meniales y asquerosos. Con la muerte, ha conseguido escapar de todo eso. Pero realmente era ella o yo.

La música que viene de la piscina se detiene abruptamente. Un jadeo colectivo se eleva, seguido por el golpeteo de botas y el estruendo de voces masculinas.

Corro hacia la puerta del balcón y paso por encima de su cuerpo. Es la policía. Están aquí. Stephen debe haberlos llamado. O podrían haberlo hecho desde alguna de las otras habitaciones. Alguien debe haber oído algo.

Corremos hacia la salida de la habitación. Charlie abre la puerta. Se coloca a un lado para dejarme pasar primero.

Entonces, antes de que pueda hacer algo para evitar lo que sucede a continuación, Liz atraviesa la habitación como una bala, llevándose a Charlie por la puerta y volando hacia el rellano exterior.

Charlie tenía razón. Deberíamos haberla comprobado adecuadamente. No estaba muerta. De hecho, en el tiempo que Liz

ha estado tendida en el suelo del balcón, claramente ha recuperado energía. Ella y Charlie chocan contra la pared del rellano.

—¡No! —grita Charlie mientras Liz la levanta y la inclina hacia adelante sobre las plantas del borde. Son lo único que se interpone entre Charlie y una caída de nueve metros hasta el vestíbulo del hotel.

—¡Ayudadme! ¡Que alguien me ayude! —Entonces un grito de agonía sale de ella. Nunca he oído nada igual.

Hay sangre por todas partes. Muchísima sangre. Pero no puedo distinguir de dónde viene toda. Las manos de Liz están cubiertas de sangre y ha salpicado por todo el suelo.

Entonces, atrapado en los rayos de sol que se filtran a través de las claraboyas, veo el destello del acero.

36

DONNA

TODO SE MUEVE A CÁMARA LENTA. Liz sigue sujetando a Charlie por la nuca, con la cara contra las plantas, mientras la sangre brota de lo que parece ser su brazo.

Liz se sube al borde del balcón, arrodillándose junto a ella. En solo dos movimientos podría lanzar a Charlie al vacío. Tiene la rabia y, desde luego, tiene la fuerza.

Me acerco poco a poco. Si pudiera simplemente tirar de Charlie hacia el suelo. O abalanzarme sobre Liz para hacerla caer a ella. Debe de verme acercándome sigilosamente, porque de un solo movimiento, ha colocado la hoja en la nuca de Charlie, apoyándola contra el cierre de lo que fue el collar de Lou. Por favor, Lou. Por favor, Lou, digo en mi cabeza.

Liz me apunta con el cuchillo. —Acércate más y acabaré con esto aquí y ahora —su voz es un gruñido.

No sé qué hacer. ¿Dónde demonios está la policía? Debería haber dejado a Charlie encerrada en el baño. Todo esto es culpa mía.

—Por favor —gimotea Charlie, con la voz ahogada entre las plantas—. Ya has matado a mis padres. Por favor, no me mates a mí también.

—Déjala ir —doy otro paso adelante, sintiéndome repentinamente más valiente. Levanto las manos por encima de mi

cabeza—. Llévame a mí en su lugar. Ella tiene toda la vida por delante.

—Esta zorra tiene todo lo que yo debería haber tenido —hay un cambio de tono en su voz mientras levanta la cabeza de Charlie por el pelo. Contengo la respiración. ¿Va a dejarla ir?

Entonces la golpea contra las plantas otra vez. —Todo. Mi vida ha sido espantosa, mientras que ella... —Casi echa espuma por la boca mientras me mira, luego vuelve a mirar a Charlie—. Si mi vida se acaba, la tuya también, pequeña bruja. Si no fuera por ti...

Hay un rayo de esperanza aquí. Si realmente quisiera matar a Charlie, ¿por qué está alargando esto? Tiene el cuchillo en la mano y tiene a Charlie en una posición en la que no tiene ninguna posibilidad. O quizás esto es lo que le excita: alargar las cosas.

Liz sabrá que en el momento en que haga cualquier cosa a Charlie, será el momento en que la empujaré volando desde ese borde. Lo habría hecho ya si no fuera por ese cuchillo. Quizás solo necesito ser valiente y lanzarme sobre ella.

Hay un estruendo colectivo de pasos y voces desde el vestíbulo debajo de nosotras, luego el golpe de puertas. Si podemos quedarnos exactamente así unos momentos más, la policía podrá controlar la situación. Liz será reducida y se la llevarán para siempre.

Charlie estará a salvo y Liz nunca volverá a ver la luz del día. Después de todo lo que ya ha hecho, tendrá lo que ha hecho aquí, a nosotras, para añadir a su lista.

La llegada de la policía al edificio parece hacer entrar en pánico a Liz. Debe darse cuenta de que se le acaba el tiempo. Se inclina hacia delante, como si fuera a agarrar las piernas de Charlie. De repente me doy cuenta de lo que está intentando hacer.

Va a lanzarla por el balcón. Está tratando de subir completamente a Charlie al borde. Cuando me lanzo contra Liz, ella agita el cuchillo en el aire, alcanzando mi brazo. Intento llegar hasta Charlie, pero Liz ataca de nuevo, esta vez dándome un corte en condiciones.

—Te lo dije —sisea.

Mientras caigo hacia atrás, agarro una de las piernas de Charlie, tirando de ella hacia abajo con todas mis fuerzas, a la vez que resbalo en la sangre de quien sea que está goteando por todo el suelo. Liz gruñe con el esfuerzo de intentar empujar a Charlie más cerca del borde mientras yo me aferro a su pierna, ignorando el dolor y la sangre que gotea de mi brazo. El peso de Charlie está tan desigualmente distribuido que las probabilidades están definitivamente en nuestra contra.

—¡Ayúdame, Donna! —El terror en la voz de Charlie me atraviesa tan agudamente como lo acaba de hacer el cuchillo.

—No te voy a soltar. La policía está en camino.

De repente, se oye un taconeo por el pasillo. Es el turno de Liz de gritar cuando Carole se abalanza sobre ella, empujándola hacia el borde del saliente, y casi, pero no del todo, haciéndola caer por un lado.

—Abuela —grita Charlie.

Liz suelta el cuchillo y agarra el brazo de Charlie con más fuerza. —Si crees que me vas a tirar por ahí, zorra —le gruñe a Carole—. Me llevaré a ella conmigo.

Charlie podría estar a segundos de la muerte. Así que antes de que pueda convencerme de lo contrario, cojo el cuchillo y lo hundo en el hombro de Liz. Es suficiente para que suelte su agarre sobre Charlie. Mientras cae hacia atrás, logra agarrarse a una tubería saliente que forma parte del techo. Mis ojos se encuentran con los suyos. Serán lo último que vea. Cuando una puerta a nuestra derecha golpea contra la pared, Carole se abalanza sobre ella de nuevo, esta vez con la fuerza suficiente para enviarla a su destino.

Pasos resuenan en la esquina del pasillo. —¡Policía armada! ¡No te muevas!

Charlie se desploma en el suelo, sollozando, agarrándose el brazo. Hay sangre por todas partes. Carole cae junto a Charlie. —Dios mío. Mi pobre niña. Se acabó. Todo ha terminado ya. —Entonces me mira —. ¿Estás bien, Donna?

No sé si estoy más sorprendida por lo que acaba de ocurrir o por su pregunta. Es la primera vez que Carole jamás me ha preguntado si estoy bien. Solo puedo asentir mientras me agarro mi propio brazo. —Aparte de esto. Pero seguro que es solo un corte profundo.

Me asomo por el borde, sintiéndome mareada con el movimiento repentino. Pero no tengo que inclinarme demasiado para obtener la confirmación que esperaba.

Liz está tirada en el centro del vestíbulo, con sus extremidades extendidas en varios ángulos y la sangre filtrándose formando un charco como un halo a su alrededor. Todo está en silencio abajo, excepto por una mujer que vomita en una papelera.



No estoy segura de creer en el cielo o el infierno. Pero si alguno de los dos existe, Liz ciertamente no estará de camino al primero ahora mismo.

Sin embargo, si el llamado más allá está situado en un plano "nivelado", y todo el mundo va allí, Lou sin duda estará esperando, con las manos en las caderas, lista para asegurarse de que Liz expíe todas sus maldades en esta vida.

Y habrá una cola considerable justo detrás de ella.

37

DONNA

—No entendía muy bien lo que decía el médico antes —dice Charlie mientras gira el brazo para inspeccionar su vendaje—. Pero por el tono de su voz, me dio la impresión de que podré salir de aquí pronto.

—Yo también. —Levanto el brazo—. Mira, iguales. —Mi voz hace eco en las paredes blancas y estériles.

—¿Cuántos puntos te dieron?

—Doce. ¿Y a ti?

—Te gané. Veintiocho.

—No es precisamente una competición —resopla Carole.

Todas nos quedamos en silencio por un momento.

—Gracias a Dios que está muerta —digo finalmente—. Podría haber sido cualquiera de nosotras.

—Desde donde yo estaba —dice Carole con rigidez—, podría haber sido perfectamente Charlotte. Era ella la que estaba al borde.

—Lo sé. Fue aterrador.

—No sé en qué estabas pensando al traerla aquí en primer lugar, poniéndola en riesgo como lo has hecho. —Carole se levanta de su silla y camina hasta la ventana.

—Yo quería venir, abuela —dice Charlie a su espalda—. Te lo repito: ya no soy una niña pequeña.

Todas miramos hacia la puerta cuando aparecen dos policías. La policía en el lugar de los hechos ya nos había dicho que quien empujó a Liz hasta su muerte podría enfrentarse a cargos.

Apenas puedo creer que esto pueda ser cierto dadas las circunstancias, pero parece que ha llegado el momento de afrontarlo.



—Gracias a Dios que eso ya pasó. —Charlie suelta un largo suspiro cuando los agentes y el intérprete por fin salen de la habitación. Parece agotada—. Pero lo que no entiendo, Donna, es por qué les dijiste que tú fuiste quien la empujó.

—Me conoces lo suficiente como para quedarte callada cuando te lancé esa mirada. —Me río a medias, aunque la situación no tiene nada de graciosa.

—¿Por qué lo hiciste? —La voz de Carole ha perdido su habitual tono acusatorio—. Después de todo, fui yo quien la empujó.

—Asumir la culpa es lo mínimo que puedo hacer, después de cómo me he comportado en el pasado. —Miro a Carole, esperando que mi mentira piadosa haya contribuido a suavizar lo que siente por mí. También espero que sirva como expiación por cómo traicioné a Lou.

—Pero escuchaste lo que dijo —dice Charlie.

—Sí, existe la posibilidad de ir a prisión, pero lo dudo.

—Podría depender de lo frustrada que esté la policía por no poder llevar a Liz ante los tribunales. —Carole cierra los ojos momentáneamente.

—Yo estoy acostumbrada a la vida entre rejas, ¿no? Pero tú no. De todos modos, no llegará a eso. Ni en un millón de años.

—Te estoy agradecida, Donna. —Creo que es la primera vez que Carole me mira directamente—. Y eres bienvenida a quedarte con

nosotros cuando regresemos a casa, si te ayuda hasta que recibas tu dinero.

Nuestra atención se desvía nuevamente hacia la puerta cuando una enfermera asoma la cabeza. Nos señala y luego indica a lo largo del pasillo—. ¿Seguir?

Camino pesadamente tras ella hacia el ascensor, sintiéndome como si llevara pesas de plomo dentro. Estoy agotada. No sé si es por la caída de adrenalina después de todo lo ocurrido o si se debe a los analgésicos que me han dado para el brazo. Al mirar atrás a Charlie y Carole, parecen estar en un estado similar.

Charlie parece ansiosa cuando entramos en el ascensor. Le aprieto el brazo bueno, sabiendo que estar aquí le recuerda al ascensor del hotel.

Seguimos a la enfermera por otro pasillo y finalmente entramos en una habitación individual donde está Stephen.

—No tienes muy buena pinta —digo, quedándome en la puerta.

Carole asoma la cabeza por mi lateral.

—Esta es Carole —digo—. La abuela de Charlie.

Charlie se coloca delante de mí. —Así que has descubierto el encantador temperamento de mi madrastra, por lo que veo.

—Intenté advertírtelo. —Sé que suena a te lo dije.

—Una vez que descubrí lo que esa zorra le había hecho a mi... ¡ay! —Stephen levanta la mano hacia su cara hinchada.

—Ciertamente parece que has salido mucho peor parado que nosotras.

Asiente y vuelve a hacer una mueca de dolor. Tiene la cabeza envuelta en un vendaje, con sangre que empieza a filtrarse. —Estaré bien pronto. Estos analgésicos empiezan a hacer efecto. —Señala unas sillas apiladas en una esquina.

—Me han dicho que eres mi tío —Charlie arrastra una silla por el suelo hasta los pies de la cama—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué he tenido que enterarme por la policía?

—Tiene razón. —Me esfuerzo por sacar una silla de la pila con una sola mano.

—Lo siento. —Es difícil mirarlo, uno de sus ojos está completamente inyectado en sangre—. Nunca pude encontrar el momento adecuado.

—No sé qué creías que estabas haciendo al venir aquí en primer lugar. —A juzgar por el tono de su voz, Carole siente poca simpatía por él—. No solo has puesto a mi nieta en grave peligro, sino que casi consigues que te maten en el proceso.

—Solo quería enfrentarme a ella. —La voz de Stephen es débil y parece tener mucho dolor—. Sabía que nunca tendría otra oportunidad. Además, la policía no estaba haciendo un buen trabajo encontrándola, ¿verdad?

—Casi nunca vuelves a tener la oportunidad de enfrentarte a nada —dice Carole—. ¿Cómo pudiste ser tan estúpido? ¿Por qué no contactaste simplemente con la policía?

—Iba a hacerlo. —Entrecierra los ojos ante la luz del atardecer que se filtra por los huecos de la persiana—. Pero no podría haberles dicho exactamente dónde estaba ella hasta el último minuto. No me lo quiso decir hasta que estuve cerca.

Luego, cuando la vi, la rabia se apoderó de mí. Tengo suerte de haber tenido el móvil para pedir ayuda. Podría habérmelo quitado fácilmente.

—Tienes suerte de haber salido de allí, a juzgar por tu aspecto —dice Carole.

—No puedo entender cómo pudiste meterte en una especie de relación. —Casi escupo la palabra relación—. Es enfermizo, si me preguntas.

—Nunca te pregunté. Pero puedo imaginar cómo debe parecer —responde—. Sin embargo, en mi defensa, inicialmente, solo buscaba respuestas sobre Darren. Simplemente pensé que se había largado a alguna parte.

—Como hice yo. —La voz de Charlie es apenas audible.

—No tenía ni idea de que Liz fuera una asesina —continúa—. Y mucho menos una asesina múltiple. No hasta estos últimos días cuando todo ha salido en las noticias.

—Pero aun así te acostaste a sabiendas con la mujer casada con tu hermano —Carole niega con la cabeza—. Todo es una locura.

—No es peor que lo que ella hizo. —Stephen me señala con un dedo tembloroso—. Sabes de lo que estoy hablando, ¿verdad, Donna?

—Eso ya es parte del pasado.

—Solo porque está muerto. —Ahora es el turno de Charlie de escupir sus palabras.

—Es parte de por qué no he hablado con mi hermano durante años. Por tu culpa. —El dedo de Stephen apunta en mi dirección de nuevo y se me llenan los ojos de lágrimas. Después de todo lo que hemos pasado hoy, parece que no hay tregua.

—No voy a asumir la culpa de que vosotros dos os pelearais. —No lo haré. Se me ha culpado de suficientes cosas. Sabía que Darren no veía realmente a su hermano, pero no tenía ni idea de que estuvieran completamente distanciados. Ni el motivo.

—Darren y Lou llegaron a planear su boda, pero vosotros dos aún no pudisteis conteneros, ¿verdad? ¿Por qué no pudo simplemente dejarla, si te quería a ti?

—Entonces yo no habría nacido. —Charlie suena herida.

—Creo que el dinero que Lou heredó de su padre tendría mucho que ver con todo esto. —Carole mira por la ventana. Sigo su mirada, notando un avión despegando. Ese seremos nosotros pronto, de vuelta al frío, y no me refiero solo a la temperatura.

—Lou estaba completamente destrozada. Ella sabía que algo tenía que estar pasando con él, incluso entonces. Me dijo que sospechaba que había otra mujer. Pero nunca sospechó que eras tú.

—¿Es por eso que nunca te he conocido? —Charlie parece haber recuperado algo de energía—. ¿Por mi padre y Donna?

—He estado viviendo en Norfolk. Muy lejos de todo. Decidí cortar lazos con tu padre.

—¿Pero qué hay de mí? —Habla con el mismo tono herido que antes. Supongo que es una pregunta justa.

—Mira, hay mucho más en todo esto que solo la aventura que estaba teniendo. —Me mira de reojo—. Pero créeme cuando te digo que ni siquiera sabía que existías, Charlie. Nadie me lo contó nunca. Nadie se lo dijo ni siquiera a nuestro padre. No supe de ti hasta que te vi hablando con Liz aquel día.

—¿Qué quieres decir con que había algo más?

—Mira, sé que él está muerto, y tu madre también, y no están aquí para defenderse, pero...

—Solo dímelo. —La voz de Charlie adopta un tono cortante ahora —. Ya estoy harta de ser siempre la última en enterarme de todo.

—Tu padre estafó a nuestro padre quitándole dinero. Hizo parecer que Lou también estaba involucrada. Era mucho dinero en aquel entonces. Darren y yo incluso llegamos a las manos por eso. Y luego me marché. —Se encoge de hombros y hace una mueca, ya que el movimiento claramente le duele.

—Mi hija jamás habría participado en estafar a nadie —dice Carole—. Mientras que tu hermano ha demostrado una y otra vez la clase de mentiroso y tramposo que podía ser.

—Está muerto, abuela. ¿No es suficiente para que dejes de insultarle?

—Me hubiera gustado formar parte de tu vida, Charlie. —Stephen se hunde más en su almohada, su voz sonando más débil—. Pero puedo estarlo ahora, si me lo permites.

—Terminad, por favor —llama la enfermera desde la puerta—. Necesita descansar.

—Nunca he conocido a tu padre. Mi abuelo. —Charlie mira de la puerta hacia Stephen—. ¿Sigue vivo?

—Está enfermo —responde Stephen—. Muy enfermo. Por eso estaba intentando encontrar a Darren después de todo este tiempo. Había decidido que ya era suficiente y quería arreglar las cosas entre nosotros. Si tan solo le hubiera buscado antes.

—Todos podemos vivir nuestras vidas a través de si tan solos — digo yo—. Lo sé mejor que nadie.

—Quiero conocer a mi abuelo. —Charlie mira a Stephen a través de su flequillo—. Pensaba que mi única familia era la abuela. — Charlie alcanza la mano de Carole como intentando tranquilizarla. Resisto la tentación de intervenir con un ¿y yo qué?

—Y de repente tengo un tío y un abuelo.

—También tienes dos primos. Un chico y una chica.

—¿De verdad? —Se incorpora en su silla—. ¿Entonces también hay una tía?

—Ya no. Estaba demasiado ocupado casado con mi negocio. Nos separamos hace unos años.

—¿Pero ves a tus hijos? ¿Cuándo puedo conocerlos?

—Tan pronto como podamos organizarlo.

Me siento como una pieza sobrante aquí. Marginada, como siempre. Pero me da esperanzas oír que Stephen está divorciado. Quizás cuando se recupere, y si ve más a Charlie, podría empezar a verme de forma distinta a como lo ha hecho hasta ahora.

—¿Así que estás divorciado? —pregunto.

—Sí. —Hace una pausa—. Pero escucha, Donna, realmente no estoy interesado. En ti, quiero decir, lo siento y todo eso.

La cara de Charlie refleja pura diversión. La miro con enfado. —¿Le has contado a Joel lo que ha pasado aquí? —pregunto, usando mi voz más dulce.

—¿Quién es Joel? —pregunta Carole.

Es el turno de Charlie de mirarme con enfado.

EPÍLOGO

Charlie

MIENTRAS DEAMBULO de habitación en habitación, me doy cuenta de que solo la cocina se parece a la vida que solía conocer. El resto de la casa ha cambiado por completo.

Por culpa de esa mujer. Apenas puedo soportar pronunciar su nombre.

Al menos, usando las palabras de la abuela, no se le concedió la dignidad de un funeral. Su cuerpo ni siquiera fue trasladado de vuelta al Reino Unido. Espero que después de incinerarla, sus cenizas acabaran simplemente tiradas en alguna papelera.

—¿Donna? —me quedo de pie en el centro del salón, mi voz resonando por la habitación ahora vacía. La venta de la casa no se completará hasta dentro de unas semanas, pero la abuela y yo acordamos que no tiene sentido esperar para deshacernos de todo.

Nunca recuperamos nuestros muebles; ella debió hacer lo mismo con ellos que lo que nosotras hemos hecho ahora con los suyos: tirarlos. Después de todo, ¿quién querría sentarse en el sofá de una asesina de cinco personas?

—¿Estás bien? —Donna empuja la puerta del salón y asoma la cabeza.

A medida que han pasado las semanas, ha empezado a parecerse cada vez más a su antiguo yo, pero con ello, también actúa como su antiguo yo. Puedo soportarla en pequeñas dosis, pero no sé qué parte de mí pensó alguna vez que podríamos vivir juntas.

—Es el final de una era —atraviesa la habitación a grandes zancadas y se sienta en el banco de la ventana—. Se siente raro.

—No sé cómo sentirme —miro alrededor de la habitación y luego por la ventana—. Si soy sincera, supongo que estoy triste. Estoy triste por mi madre, por mi padre y...

—Al menos Liz está muerta —dice Donna.

—Ya no puede hacer daño a nadie más —respondo.

—Aunque habría preferido que se desintegrara en prisión —Donna sorbe por la nariz—. Como casi me pasó a mí.

—Bueno, ciertamente estás usando eso a tu favor —me río—. ¿Cuánto dijo el Yorkshire Times que te iban a pagar?

—Una suma no revelada —Donna se cruza de brazos—. No puedo decirlo.

—¡Venga ya! ¡Puedes contármelo!

—No puedo. De verdad —se echa el pelo detrás de un hombro. Le ha crecido un poco desde que salió y ha recuperado su brillo. También ha vuelto el destello en sus ojos desde que empezó a salir con chicos por internet.

La abuela le dejó quedarse con nosotras después de volver de Lanzarote y salía casi todas las noches, cada vez con un hombre diferente. La abuela no podía ocultar su desaprobación, mientras que a mí me ha parecido bastante gracioso.

—Ooooh mira, tengo siete nuevas coincidencias. La suerte está de mi lado —desliza el dedo por la pantalla del teléfono.

—Déjame ver —me siento a su lado y miro por encima de su hombro. Entonces jadeo—. ¿Qué demonios has escrito en tu página de perfil?

Me permite coger el teléfono de su mano. Ha publicado ocho fotografías de sí misma; una haciendo pucheros, otra con los ojos muy abiertos, una donde lleva el vestido de mamá, y otra donde

claramente ha recortado a mamá. En todas las demás se ve similar, no sé por qué ha sentido la necesidad de publicar tantas. Bajo para leer lo que ha dicho sobre sí misma.

—¡Donna! —mi voz es un chillido—. ¿No crees que es demasiado sincero?

Hola, soy Donna. Puede que ya hayas visto mi cara en las noticias, pero no te preocupes, ¡no soy una asesina, jaja! Si miras de nuevo, verás que fui absuelta.

Así que sí, busco pasarlo bien y si aparece el hombre adecuado, tal vez vivamos felices para siempre. Mientras tanto, disfruto gastando el dinero de la compensación por haber sido encarcelada injustamente. Pero aún así te dejaré invitarme a una copa.

—Bueno, desde luego vienen a mí en bandada —agita las manos en el aire—. Deberías probarlo, es muy divertido.

—Tengo a Joel, ¿recuerdas? —Le lanzo una mirada que espero transmita cuidado con lo que dices. Cuando finalmente los presenté, ella estuvo encima de él hasta el punto que era doloroso verlo. Después, él me dijo: —Nunca me dejes a solas con esa mujer. ¿Es así con todo el mundo?

—Solo con la mitad de la población —le respondí.

Pero se lleva bien con la abuela y ella le deja venir tan a menudo como quiera, siempre que nos quedemos en la planta baja. Es tan anticuada que no estoy segura de que haya asimilado el hecho de que ya no soy una niña de ocho años con coletas y muñecas Barbie.

Sin embargo, me siento más segura viviendo con ella, y como dice el tío Stephen, probablemente sea la estabilidad que necesito después de todo lo que ha ocurrido.

Al principio sugirió que viviera en Norfolk. Uno de sus hijos, mi recién descubierto primo, pasa mucho tiempo en su casa. Pero no

podía. Quizás me queje de la abuela, pero nunca podría abandonarla. Y definitivamente no podría dejar a Joel o a Jess.

Además, empiezo en bachillerato el mes que viene. Tengo plaza garantizada, aunque no obtenga los resultados que necesito. El instituto lo comprendió perfectamente y saben por qué mi mente tuvo dificultades para centrarse en los exámenes después de regresar de Lanzarote.

—Parece que tengo otra cita esta noche —la voz alegre de Donna interrumpe mis pensamientos—. Se llama Scott —evidentemente al notar mi ceño fruncido, añade—: no ese Scott.

Ni siquiera quiero entrar ahí. No en el elefante en la habitación. Tanto la abuela como yo intentamos fingir que lo que Donna y Scott le hicieron a mamá nunca ocurrió; es más llevadero de esa manera.

Aunque la abuela se ha ablandado mucho con ella. El hecho de que asumiera la culpa por el empujón final que la abuela le dio a Liz ayudó bastante. Al principio pensamos que Donna podría acabar de vuelta de donde acababa de salir, pero la perspectiva de cargos se descartó rápidamente, gracias a Dios.

A pesar de toda su fanfarronería, no creo que hubiera podido soportar volver a la cárcel. De todos modos, merecería una medalla por terminar con Liz, bueno, la abuela la merece. Puede que Donna quisiera que Liz realmente cumpliera condena, pero personalmente, me alegro de que esté muerta.

—Pero antes de eso —continúa Donna—, tendré que volver al piso; me entregan la cama nueva a las cuatro. —Me guiña un ojo.

Puaj. Constantemente hay que recordarle que soy yo, no mi madre, y que no encuentro ciertas cosas tan interesantes o divertidas como mamá podría haberlo hecho. Me deprime que Donna parezca estar intentando convertirme en una copia exacta de ella, pero apenas menciona a papá. Casi siempre soy yo quien lo saca a relucir.

En mi visión periférica, noto que un coche se detiene fuera. —La abuela está aquí. Qué raro. Ella nunca viene aquí.

—Recuerdo que lo dijiste.

Observamos cómo cierra el coche con llave y sube por el camino de entrada.

—Quizás está diciendo un último adiós antes de que las llaves vayan a la inmobiliaria —dice Donna.

—Qué va. Mira su cara, es algo más que eso. —Me pongo de pie de un salto y me dirijo hacia la puerta para dejarla entrar. Mi madrastra puede estar muerta, pero aún me siento más segura con la puerta cerrada.

—Hola abuela. ¿Qué pasa?

Se acerca a mí. —Acabo de hablar con Stephen por teléfono.

—¿Te refieres al tío Stephen?

Donna hace una mueca. Como uno de los pocos hombres en su vida que la han rechazado repetidamente, Stephen ha sido relegado al final de su lista de felicitaciones navideñas.

—Sí. —La abuela cierra la puerta tras de sí—. Donna, ¿puedes ausentarte un momento? Necesito hablar con Charlotte a solas, por favor.

El rostro de Donna se ensombrece y se escabulle de vuelta al salón sin decir palabra. Parece que solo yo me doy cuenta de que no ha cerrado bien la puerta.

—Siéntate, cariño. —La abuela señala las escaleras, irónicamente el mismo lugar donde estaba sentada cuando Jenna me dio la noticia sobre papá.

—¿Por qué? —No puedo imaginar cómo podría haber más malas noticias. Quiero decir, ya he perdido a mamá y papá—. ¿Está bien el tío Stephen?

—Ha esperado hasta después del funeral para hablar de esto —comienza—. Quería hablar conmigo primero, en vez de acudir directamente a ti.

—¿Hablar de qué? No puedo soportar que salga mal nada más. La vida apenas está recuperando algo de normalidad. Cuando esta casa se haya ido y comience el bachillerato, yo...

—¿Recuerdas cuando Stephen habló de cómo él y tu padre se distanciaron cuando eran jóvenes? —pregunta la abuela.

—Sí. —Me abrazo a mí misma mientras me inclino hacia delante —. Lo mencionó cuando estábamos en Lanzarote, ¿no?

—Bueno, parece que hay más en todo esto de lo que dejó entrever.

—Continúa.

—Antes de que tu madre descubriera que estaba embarazada de ti, parece que ella y Stephen se habían vuelto cercanos. Muy cercanos.

—¿Qué quieres decir?

—Empezó con ella confiándole cosas sobre tu padre, y ya sabes... —Mueve la cabeza en dirección al salón—. La cosa fue a más, me dijo, hasta que una noche...

—¿Quieres decir que... él y mamá...?

Donna irrumpe desde el salón. —¿Quieres decir que todo este tiempo se ha hecho ver como si yo hubiera traicionado completamente a Lou, pero durante todo ese tiempo ella fue tan mala como Darren y yo?

—Tú sí traicionaste a mamá. —Miro fijamente a Donna.

—Espera un momento. —Donna mira de mí a la abuela—. Has dicho que esto fue antes de que Lou supiera que estaba embarazada de Charlie. ¿Qué estás insinuando?

Una sensación fría me invade y me doy cuenta de lo que esto podría significar. —Stephen dijo, cuando hablamos en el hospital, que no sabía nada de mí en aquel entonces.

—Carole, ¿estás diciendo que Stephen podría ser el padre de Charlie? —Típico de Donna, ir directa al grano.

La abuela me mira directamente. —Siento tener que contarte esto, Charlotte, pero sí. Parece que hay más que una posibilidad de que seas hija de Stephen.

—Dios mío. —Me recuerda a papá y no puedo negar que he sentido una conexión especial con él desde que nos conocimos, pero seguramente...

—Así que esos primos que conociste, Charlotte, podrían ser en realidad tus medio hermanos.

—No puedo creer que Lou nunca me contara lo de ella y Stephen —murmura Donna—. Recuerdo que Darren lo llamaba la inmaculada concepción cuando Lou quedó embarazada, ya que...

—¿Quieres callarte? —Me tapo los oídos con las manos—. No quiero saberlo.

—¿Por qué Stephen se lo está contando sólo ahora? —Hay un tono acusatorio en la voz de Donna mientras permanece de pie, con las manos en las caderas, mirando fijamente a la abuela.

—Dijo que nunca hubo un buen momento. Con lo que estaba pasando con Liz y luego tuvisteis que pasar por el funeral de tu padre...

—Excepto que quizá no fuera su padre después de todo.

—Ya está bien, Donna. —La abuela la fulmina con la mirada—. ¿No crees que ya tiene bastante que asimilar?

Ambas me miran.

—Sí —respondo, sintiéndome como si hubiera envejecido otros dos años en los últimos dos minutos—. Creo que probablemente sea así.



Antes de que te vayas...

Muchas gracias por leer Némesis - Espero que lo hayas disfrutado y que consideres dejarme una reseña, ya que esto marca una gran diferencia a la hora de ayudar a otros lectores a encontrar el libro.

Némesis es el libro final de la La Serie Corazones Oscuros. El primero es Falsos Amigos, seguido por La Caída.

PREGUNTAS PARA EL CLUB DE LECTURA

1. El padre de Charlie ha sido poco fiable y mayormente distante durante toda su vida. Comentad qué impulsa a un niño a perseguir a un padre ausente, incluso cuando se enfrenta al rechazo.

2. Analizad tanto los efectos positivos como negativos que Donna podría tener sobre Charlie, si su relación continuara sin supervisión.

3. ¿Cuál es la probabilidad de que tanto Jenna como Charlie puedan vivir cómodamente en sus respectivos hogares?

4. Stephen ha sido un personaje en los márgenes de todo hasta el final del libro. Hablad sobre el papel que desempeña en la historia.

5. Comentad las razones por las que Scott podría haberse presentado a la audiencia de apelación de Donna. ¿Qué podría haber estado pasando por su mente?

6. Donna coquetea con todo el mundo. Desde taxistas hasta hombres casados, incluso con Stephen, que ha tenido una relación con Liz, y Joel, el novio adolescente de Charlie. ¿Por qué se comporta así?

7. Hablad sobre la relación de Charlie con su abuela. ¿Por qué le oculta cosas, como el hecho de que tiene novio?

8. ¿Creéis que se ha hecho justicia?

9. Analizad el título Némesis y cómo podría atribuirse a algunos de los personajes.

10. ¿Tenía Liz alguna cualidad redentora? ¿Qué la hizo ser quien era?

CONFINAMIENTO - PRÓLOGO

A pesar del calor sofocante, un silencio escalofriante ha caído sobre los que estamos reunidos aquí. Mantenemos la distancia entre nosotros lo mejor que podemos, aunque de repente la amenaza de una infección por covid no parece tan significativa como lo que la policía está a punto de descubrir tras esas ventanas con cortinas.

—Nunca iba a terminar bien —murmura la mujer más cercana a mí, sin dirigirse a nadie en particular.

Es cierto. Todos hemos vislumbrado las sombras del sufrimiento en esta casa maldita, todos hemos escuchado los rumores sobre el matrimonio disfuncional que ha existido tras esas puertas cerradas.

Y ahora este último rumor, para el que todos estamos preparados: la perspectiva de al menos un cuerpo sin vida que atormentará nuestras mentes cuando volvamos a estar encerrados en nuestras casas.

Mientras la policía llega y se grita entre sí desde detrás de sus mascarillas, lo único que podemos hacer es observar, tan impotentes como nos hemos visto obligados a estar todo este tiempo.

—Regresen a sus casas —retumba una voz en el silencio, solo para ser ahogada por el golpe del ariete al estrellarse contra la puerta.

La fuerza de cada impacto resuena entre nosotros antes de que la policía irrumpa, y contenemos la respiración colectivamente.

Descubre más en Amazon

AGRADECIMIENTOS

Gracias, como siempre, a mi increíble esposo, Michael. Él es mi primer lector y es vital en mi proceso de edición para cada una de mis novelas. Su fe en mí significa más de lo que puedo expresar.

Un agradecimiento especial para mi maravilloso equipo de lectores anticipados, quienes se tomaron el tiempo y la molestia de leer una copia anticipada de Némesis y ofrecer comentarios. Son una parte vital de mi negocio como autora y no sé qué haría sin ellos.

Siempre estaré agradecida con la Universidad Leeds Trinity y mis tutores del Máster en Escritura Creativa allí, Amina, Martyn y Oz. Mi Máster en 2015 fue el trampolín para poder escribir como profesión.

Y gracias especialmente a ti, el lector. Gracias por tomarte el tiempo de leer esta historia. Realmente espero que la hayas disfrutado.

ACERCA DEL AUTOR

Maria Frankland tiene un historial de búsquedas en internet dudoso y una suegra muy preocupada. Sin embargo, ninguna de estas cosas puede impedirle escribir thrillers psicológicos cautivadores en los que nunca encontrarás un final feliz.

Sus novelas se desarrollan principalmente en Inglaterra. Son personas que podrían vivir al lado de tu casa, o más cerca aún... no digas que no te lo advertimos.

Las novelas de Maria son dinámicas, realistas y con los pies en la tierra. Nunca se sabe lo que nos espera a la vuelta de la esquina...

